



Administración, Comercio, Artes, Ciencias, Industria, Literatura, etc.—Este periódico, que se publica en Madrid los días 13 y 20 de cada mes, hace dos numerosas ediciones, una para España, Filipinas y el extranjero, y otra para nuestras Antillas, Santo Domingo, San Thomas, Jamaica y demás posesiones extranjeras, América Central, Méjico, Norte-América y América del Sur. Consta cada número de 16 á 20 páginas.—Cuesta en España 24 rs. trimestre, 96 año adelantado con derecho á prima.—En el extranjero 40 francos al año, suscribiéndose directamente; sinó, 60.—En Ultramar 12 pesos fuertes con derecho á prima.

La correspondencia se dirigirá á D. Eduardo Asquerino.

Para los anuncios extranjeros, reclamos y comunicados, se entenderán exclusivamente en París, con los señores LABORDE Y COMPAÑIA, rue de Bondy, 42.

DIRECTOR PROPIETARIO, D. EDUARDO ASQUERINO.—COLABORADORES ESPAÑOLES: Sres. Amador de los Ríos, Alarcón, Albistur, ALCAALA GALIANO, Arias Miranda, Arce, Aribau, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Auñón (Marques de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Bachiller y Morales, Balaguer, BARALT, Bequer, Benavides, Bueno, Borao, Bona, Breton de los Herreros, Borrego, CALVO ASENSIO, Calvo Martin, Campoamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Conde de Pozos Dulces, Colmeiro, Corradi, Correa, Constanza, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Cardenas, Casaval, Dacarrete, DUAÑ, D. Benjumea, Eguilaz, Elias, ESCALANTE, Escosura, ESTEVANEZ CALDERON, Estrella, Fernandez Cuesta, Ferrer del Rio, Fernandez y G., Figuerola, FLORES, Forteza, Srta. Garcia Balmaseda, Sres. Garcia Gutierrez, Gayangos, Gener, Gonzalez Bravo, Graells, Güel y René, Hartzbusch, Janer, JIMENEZ SERRANO, LAFUENTE, Llorente, Lopez Garcia, Larra, Larranaga, Lasala, Lobo, Lorenzana, Luna, Lecumberri, Madoz, Madrazo, Montesino, Mahé y Flaquer, Martos, Mora Molins (Marqués de), MUÑOZ DEL MONTE, Medina (Tristan), Ochoa, Olavarría, Olozaga, Olozabal, Palacio, PASTOR DIAZ, Pasaron y Lastra, Perez Calvo, Pezuela (Marqués de la), Pi Margall, Poej, Reinoso, Retes, Ribot y Fontseré, Rios y Rosas, Retortillo, RIVAS (Duque de), Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Ramirez, Rosell, Ruiz Aguilera, Rodriguez (Gabriel), Saco, Sagarmínaga, Sanchez Fuentes, Selgas, Simonet, Sanz, Segovia, Salvador de Salvador, Salmeron, Serrano Alcázar, Trueba, Varea, VEGA, Valera, Viédma, Vera (Francisco Gonzalez);—PORTUGUESES.—Sres. Biester, Broderode, Bulhao, Pato, Castilho, Cesar, Machado, Herculano, Latino Coelho, Lobato Pirés, Magalhaes Continho, Mendes Leal Junior, Oliveira, Marreca, Palmeirin, Rebelo da Silva, Rodrigues Sampaio, Silva Tullio, Serpa Pimentel, Visconde de Gouvea.—AMERICANOS.—Aiberdi Alemparte, Balarezo, Barros, Arana, Bello, Calcedo, CORPACHO, Fombona, Gana, Gonzalez, Lastarria, Lorette, Malta, Varela, Vicuña Mackenna.

SUMARIO.

Advertencia.—Revista general, por C.—Sueldo.—Méjico, por D. Eusebio Asquerino.—Literatura catalana, por D. J. M. Tarrats de Eixalá.—El Universal.—El siglo IV de la Iglesia, por D. Octavio Marticoarena.—Recuerdos de Córdoba, por D. F. J. Simonet.—De las marcas del Océano, por D. Manuel Rico Sinovas.—La cueva de Bellamar, por D. Eusebio Guiteras.—La buena nueva, por El Taquígrafo.—El gacón de Auzárraga, por D. Juan V. Araquistain.—Una calamidad pública, por D. P. Argüelles.—Anuncios.

ADVERTENCIA.

La redaccion, administracion é imprenta de LA AMÉRICA, se han trasladado á la calle de Floridablanca, número 3.

LA AMÉRICA.

MADRID 28 DE DICIEMBRE DE 1867.

REVISTA GENERAL.

La cárcel de Klerkenwell.—Mejor camino.—La muerte de la Conferencia.—La cuestion de Italia en Italia.—Austria y Hungría.—Humillaciones de Méjico.—Mensaje del presidente Johnson.—Presidente del Senado español.

LA CÁRCEL DE KLERKENWELL.—No creíamos tener razon tan pronto, ó que tan en breve nos la diera una catástrofe espantosa. Lamentando en la Revista anterior la suerte de los tres fenianos ahorcados en Manchester, y la resolucion al parecer tomada por el gobierno inglés de ahogar en sangre la terrible conjuración, exclamábamos: «La horca no resuelve nada; la horca no puede ser la solución del fenianismo.»

Pues bien; al patíbulo levantado en Manchester, los fenianos han respondido volando la cárcel de Klerkenwell.

La policía de Lóndres habia recibido aviso de que se intentaba poner en libertad al coronel Burke, uno de los jefes fenianos, preso recientemente, y encerrado en la cárcel de Klerkenwell. Agentes de policía fueron colocados de centinela en las diversas calles y estrechas callejuelas que rodean la prision. A las tres y media de la tarde en que debia tener lugar la tentativa, no se habia descubierto ningun sintoma alarmante ó sospechoso. A

las cuatro menos veinte minutos desembocó por una callejuela un carro de mano arrastrado ó acompañado por tres hombres y una mujer. Sobre el carro iba un barril de cerveza de unos cuatro hectólitros. Los agentes de policía vieron avanzar el carro, pero como en Lóndres es muy natural que circulen por las calles barriles de cerveza, no se inquietaron por este incidente. Cuando el carro estuvo cerca de la pared de la cárcel, detrás de la cual se halla el patio que sirve para esparcimiento de los presos, los hombres que lo escoltaban reconocieron atentamente el sitio. Sabian que los presos paseaban de dos á cuatro, y que si la pared se desplomaba, el coronel Burke podria escaparse. Pero la policía habia prevenido al director de Klerkenwell que cambiara aquel dia el paseo de los presos. Seguros de haber llegado al lugar conveniente, los individuos que conducian el barril, le prendieron fuego, y huyeron en el instante en que estallaban los cuatrocientos litros de pólvora, haciendo saltar la pared de la cárcel de Klerkenwell en una longitud de cuarenta pies, demoliendo completamente dos casas próximas, y destruyendo los cristales y los muebles de algunas otras. Cuatro personas resultaron muertas y cincuenta heridas. En el momento mismo de la explosion fueron presos por los agentes de policía una mujer y dos hombres de los que habian conducido el carro; el tercero consiguió escaparse.

Este crimen inicuo, esta horrorosa tentativa, han causado en Lóndres una indignación difícil de explicar. Todo el mundo pide que se empleen los medios mas rigurosos contra el fenianismo; que se declare á los fenianos fuera de la ley, y que se los persiga en sus antros, no ya como á hombres sino como á fieras, cuyo corazon han demostrado tener, ocasionando tantas desgracias por salvar á dos de sus compañeros.

La explosion de la cárcel de Klerkenwell no es un suceso aislado. Se temen incendios en Lóndres y en las principales ciudades de Inglaterra, y todo esto anuncia que se ha planteado un duelo á muerte entre la autoridad y los conspiradores.

Ahora bien; ¿de qué le ha servido al gobierno inglés, de qué ha servido á la causa del orden la horca levantada en Manchester? Solamente para provocar las mas bárbaras represalias. Cuatro muertos y cincuenta heridos son hasta ahora las víctimas ofrecidas por los fenianos en el altar de la venganza á los manes de Allen, Gould y Larkin. El patíbulo que debia aterrar á los conspiradores fenianos, se ha desacreditado por completo, y en vez de producir una correccion saludable, ha avivado los odios entre el pueblo inglés y el irlandés, foco del fenianismo. Sensible seria que el gobierno de la Gran Bretaña, dejándose arrastrar por la irritacion general que ha producido el bárbaro suceso de Klerkenwell, siguiera empleando la horca en escala ascendente. El fenianismo no es una conspiracion vulgar. Posee fe bastante para sufrir el martirio, y conspirará á pesar del patíbulo. Cuatro millones de irlandeses emigrados en los Estados-Unidos se proporcionan

recursos. La evasion del jefe Stephens, tan extraordinaria que aun no ha podido ser comprendida, ha demostrado la existencia de una vasta organizacion. Los agentes inferiores encargados de ejecutar el pensamiento que la cabeza les trasmite, no vacilan ni por temor, ni ante el sacrificio de personas inocentes. Sus adeptos mueren como mártires.

Por una especie de lógica fatal, la horca que como remedio bárbaro y absurdo no podia producir el resultado que buscaba el gobierno inglés, ha impellido al fenianismo á un acto que le ha deshonrado, y así se ha venido á parar á que el patíbulo de Manchester ha hecho igualmente censurables á perseguidos y perseguidores. El gobierno inglés se ha engañado creyendo herir de terror el alma de los fenianos con la ejecucion de Allen, Gould y Larkin; no ha conseguido mas que aumentar los odios, y engrandecer ese duelo á muerte en que se hallan empeñados desde hace dos años Irlanda y el gobierno. Los fenianos á su vez cegados por el deseo de venganza ó por el de librar del patíbulo á otros compañeros, han deshonrado su causa con la empresa de Klerkenwell.

MEJOR CAMINO.—El pueblo inglés debe comprender que se extraviará mas cuanto mayor sea la venganza que pida al gobierno. En vez de fijar la vista en la horca, dirijala hácia el lado que con gran contraste le señalaba el conde de Russell en la Cámara de los lores en los momentos de su mas extremada indignación. En lugar de pesar sobre las resoluciones del gobierno para que continúe exterminando fenianos, obligue á la Cámara alta á aceptar las ideas de nuestro siglo, para destruir absurdas desigualdades, que mantienen el malestar y el descontento en ciertas clases. El conde de Russell habia presentado varias proposiciones relativas á la instruccion pública, reconociendo al mismo tiempo que á la Cámara de los Comunes correspondia solamente el derecho de fijar los recursos necesarios para hacer frente á la ejecucion de los proyectos que pudieran adoptarse. Por el momento se limitaba á desear que la Cámara de los lores estudiase las cuestiones relativas á la generalizacion de la enseñanza, á conseguir que en las clases populares todos los niños tuviesen derecho á la instruccion, cualquiera que fuese la religion á que pertenecieran, y á que en este punto se derogaran las restricciones impuestas por los estatutos de las universidades de Cambridge y Oxford. Al pedir que desaparecieran para la instruccion del pueblo las prohibiciones y los privilegios, el conde de Russell rendia homenaje á los principios de libertad y de tolerancia que tienden á prevalecer en todas las naciones de Europa. En vano se ha dicho para justificar sin duda la desaprobacion de las proposiciones sometidas á la Cámara alta por el conde de Russell, que eran vagas y prematuras. La verdad, por doloroso que sea consignarla, es que sobre ciertos puntos el espíritu conservador que domina en la Cámara de los lores se confunde con la inmovilidad. La proposicion del conde de Russell, encaminada á crear un ministerio especial para

la instrucción pública, ha parecido á la Cámara de los lores un proyecto inadmisibile. No obstante el fracaso de su tentativa, el conde de Russell merece el aplauso de todos los que dan el mayor valor á la difusión de las luces, y quieren que por medio de nuevos reglamentos, desembarazados de antiguas y molestas trabas, se facilite la instrucción á todos los niños, cualquiera que sea la comunión religiosa á que pertenezcan. El conde de Russell ha arrojado sobre un terreno ingrato una semilla que fructificará; y veremos como á todas las reformas que Inglaterra ha realizado ya, se añade la de la instrucción pública.

LA MUERTE DE LA CONFERENCIA.—La Conferencia ha muerto: la *Gaceta de Augsburgo* en Baviera, el *Diario de San Petersburgo* en Rusia y *La Francia* (periódico) en París, se han encargado de levantar el acta del entierro del cadáver. El JAMÁS de Mr. Rouher ha asesinado á la difunta, que no experimentó en vida mas que contrariedades. Las potencias europeas no quisieron sacarla de pila, porque se presentaba sin programa, y luego el programa francés les ha parecido excesivo.

La *Gaceta de Augsburgo* dice:

«Un programa no debe ser mas que una proposición que sirva de base á las deliberaciones. La resolución firmemente expresada por Francia de no tolerar cambio alguno en el actual estado de cosas, impedirá toda discusión; por consiguiente no es posible que ninguna potencia quiera tomar parte en la Conferencia. Ha llegado el momento en que Italia y Roma tendrán que entenderse sin la intervención de Francia.»

El *Diario de San Petersburgo* no es menos explicito:

«Es posible que Francia continúe por cortesía las negociaciones relativas á la Conferencia; pero es indudable que después del discurso de Mr. Rouher, los gobiernos europeos comprenderán que la Conferencia ha perdido su oportunidad.»

Y *La France*, en tono lacrimoso y semi-arrogante, exclama:

«Francia habia tomado á su cargo una gran misión. Al proponer la Conferencia, pensó á un mismo tiempo en lo que exigen la paz de las conciencias y los intereses de un aliado querido. Si la Conferencia no se reúne no será suya la culpa. El mundo le hará justicia y aplaudirá sus desinteresados esfuerzos.»

LA CUESTION DE ITALIA EN ITALIA.—Como era natural, de lo primero que se ha ocupado el Parlamento de Florencia, ha sido de los recientes sucesos que han tenido lugar en los Estados Pontificios. ¿Garibaldi ha obrado por su propia cuenta? ¿Estaba en secreta inteligencia con Rattazzi? ¿Debió este haber dado orden para que las tropas italianas entraran en Roma al mismo tiempo que los franceses? ¿Ocupada una parte, aunque pequeña, del territorio pontificio por los soldados de Victor Manuel, debieron permanecer allí hasta que los franceses evacuaran por completo á Roma y Civita-Vecchia? Cuestiones ó preguntas son estas que han servido de tema á los discursos de varios diputados; pero como se refieren á sucesos pasados, no nos detendremos en ellas. Dos puntos llaman exclusivamente nuestra atención.

¿Cómo contestará Italia al JAMÁS de Mr. Rouher?

¿Cómo considera el gobierno presidido por el general Menabrea el Convenio de 15 de Setiembre?

En cuanto á lo primero podemos tranquilizarnos. De los discursos de los diputados y de las declaraciones del gobierno se deduce la seguridad de que á Francia, que ha declarado que Italia jamás tendrá á Roma con su consentimiento, Italia responderá confirmando el voto del Parlamento de Turin: «Roma, capital de Italia.»

Respecto á lo segundo, el general Menabrea no cree que está roto el Convenio de 15 de Setiembre, sino solamente suspendido por la intervención francesa. Cuando Francia evacúe el territorio pontificio, se negociará para restablecer el Convenio en su antiguo vigor. Esta declaración crea una situación bastante difícil. Pocas palabras bastarán para demostrarlo. Francia ha dicho que ha enviado sus tropas á Roma para proteger la seguridad del Santo Padre, y que no las retirará completamente de los Estados pontificios hasta que una combinación nueva, garantizada por las potencias europeas, preserve aquel supremo interés de las naciones católicas y aun del mundo entero. Napoleon no se fia ya de Italia. Como la Conferencia ha fracasado, y como la garantía europea que Napoleon buscaba no existirá, las tropas continuarán ocupando un punto de los Estados Pontificios, en cuyo caso Menabrea persistirá en considerar en suspenso el Convenio de 15 de Setiembre. Dadas estas premisas, la consecuencia natural es que Italia se tendrá por desligada de los compromisos adquiridos, y que el gobierno imperial se verá precisado á perpetuar la intervención, lo cual le colocará en una situación difícil, pues será objeto de antipatía para el sentimiento nacional italiano, y de los rudos ataques de la opinion liberal de Francia.

AUSTRIA Y HUNGRIA.—El partido reaccionario ha descargado el golpe de todas sus iras sobre la cabeza del baron de Beust, apremiando al emperador de Austria á que le lance de sus consejos, si no quiere ver hundirse su imperio. Seguramente que el baron de Beust no dirige los negocios políticos del imperio austriaco cuando en el año 1849 los húngaros insurreccionados, estuvieron á las puertas de Viena, ni cuando Austria se desprendió en 1859 de la Lombardia, ni mientras la Hungría comprimió por el absolutismo de Viena, paralizaba el libre desarrollo de la política austriaca en Alemania, ni cuando los prusianos impusieron á Francisco José tan duras condiciones, como su expulsión de la gran familia germánica. Los servicios que el baron de Beust ha prestado al emperador de Austria, son de tanta monta, que no creemos que se puedan ocultar á aquel soberano, por muy ciego que le supongan los que con sus consejos quieren llevarle

á que destruya las reformas liberales recientemente planteadas en Austria y en Hungría, y á que no siga adelante en las político-religiosas que ya han sido objeto de alguna negociacion con la corte de Roma. Al tomar las riendas de la política austriaca, el baron de Beust supo reconocer con mirada segura verdaderos elementos de conciliación en medio de tendencias y de pasiones contrarias de los partidos, y bases reales de legalidad entre derechos y pretensiones encontrados. Bajo el punto de vista político, lo mismo que bajo el punto de vista del derecho, la situación estaba dominada por el dualismo: el baron de Beust admitió y consagró este hecho como base de la conciliación entre Austria y Hungría. De aquí la coronación de Francisco José como rey de los húngaros, la convocación de un Parlamento especial para Hungría, y el nombramiento de un ministerio particular. Los resultados de esta política se revelan mejor que con largos comentarios, citando un solo hecho. En la sesión celebrada por el Parlamento húngaro el día 14 del corriente, M. Deak ha pronunciado un discurso, oído con muestras de aprobación, y concebido así en sustancia: «Hungría, convencida de que sus fuerzas son insuficientes para garantizar su propia conservación, vé en la dinastía de Hapsburgo, no solamente un soberano, sino tambien un apoyo. La pragmática-sanción no debe ser respetada solamente como una ley, sino tambien como la base de una alianza necesaria á Hungría.» ¿Se hallaban acostumbrados los oídos del emperador Francisco José á que les llegaran tales palabras del otro lado del Leita? ¿Consentirá en desprenderse del hábil ministro que ha cambiado los sentimientos de hostilidad de una gran parte del pueblo húngaro en sentimientos de adhesión y simpatía?

El antiguo ministro sajón no da muestras de menor habilidad en las reformas político-religiosas que ha tomado á su cargo. La corte de Roma se niega á negociar la revision del Concordato poniéndolo en relacion con las reformas liberales meditadas por el baron de Beust. El matrimonio civil, la emancipación de la enseñanza de la vigiliencia del clero, y otras semejantes, no podían hacerse caminando de acuerdo ambas potestades. Convencido de ello el baron de Beust, piensa realizarlas desde luego, y presentarlas después á la corte romana como hecho consumado. El hábil ministro conoce bien la historia de las resistencias del gobierno pontificio. Difícil con los tímidos, lo es menos con los que se presentan ante él con la plena conciencia de sus derechos, y así se vé que las potencias católicas que han planteado las reformas liberales que los tiempos modernos exigen, las tienen confirmadas como hechos consumados en los Concordatos que después han celebrado con el Papa-Soberano.

HUMILLACIONES DE MÉJICO.—Es ya cosa convenida y reconocida entre nosotros los defensores de la independencia mejicana, y los mantenedores de la intervención extranjera, que Méjico es un país anárquico, abyecto y humillado desde que ha vuelto á ser víctima del despotismo presidencial de Juárez. Los hechos hablan con tal evidencia, que no podíamos ya resistirla y continuar mas tiempo en nuestra ceguera. Ha sido preciso que al fin nos rindiéramos á la multitud de pruebas acumuladas por los intervencionistas, y sobre todo á la siguiente. El emperador de Austria, que experimentó el profundo dolor de una pérdida irreparable, mandó á Méjico al almirante Tegetoff para reclamar los restos mortales de su infortunado hermano. Desgraciadamente no se le envió con la credencial necesaria para tratar con el jefe del Estado. Puesto tan grave reparo al enviado austriaco, negóse la entrega del cadáver, lo cual produjo la siguiente carta dirigida por el baron de Beust al ministro de Negocios extranjeros de D. Benito Juárez, que reproducimos como prueba preciosa de las humillaciones que imponen á Méjico las potencias europeas, y del desprecio con que le tratan desde que ha cometido la gran falta de recuperar su independencia, renunciando á la felicidad que le tenia prometida y preparada la intervención.

«Viena 25 de Setiembre de 1867.

«Excmo. Sr.: Habiendo arrebatado una muerte prematura al archiduque Fernando Maximiliano al amor de su familia, S. M. I. R. y A. siente el deseo muy natural de que los restos de su infortunado hermano reposen al lado de los demás príncipes de la casa de Austria.

«El padre, la madre y los hermanos del augusto finado experimentan el mismo ardiente anhelo, así como tambien todos los demás individuos de la familia imperial.

«El emperador, mi augusto amo, abraza la convicción de que el gobierno mejicano, escuchando la voz de la humanidad, no se negará á aliviar la justa aflicción de S. M., ni pondrá ningun obstáculo á su deseo. Se ha enviado á Méjico con este fin el vice-almirante Tegetoff con orden de presentar al presidente una súplica para obtener la entrega de los restos del muy amado hermano de S. M. y para traerlos á Europa.

«Estoy encargado, en mi calidad de ministro de la casa del emperador, de suplicar á V. E. que facilite al vice-almirante la autorización necesaria para el cumplimiento de su misión.

«Tengo el honor, Excmo. señor, de rogar á V. E. que haga presentes de antemano al jefe del Estado los sentimientos de gratitud que animan á la familia imperial, y de aceptar para sí mismo la expresión de iguales sentimientos por los servicios que pueda prestar.—BEUST.»

Si continuáramos hablando con los intervencionistas y reaccionarios de Europa los preguntáramos: «¿No es verdad que humilla á Méjico el tono arrogante y despreciativo de esa carta, y que Juárez y el pueblo mejicano, ese presidente de un país de bandidos y ese pueblo degenerado, no han entregado el cadáver del infortunado Maximiliano por ningun sentimiento de humanidad, sino por el miedo que los ha impuesto el almirante Tegetoff con su fragata *Novara*?»

Pero no; tratándose de tan triste y conmovedor episodio, preferimos dirigirnos á las personas sensatas para que digan si esa carta del baron de Beust no es una obra maestra de delicadeza y sentimiento, y no guarda todas las consideraciones debidas á la susceptibilidad del jefe de un Estado que quiere que se tengan al país que representa todos los miramientos que puede exigir la nación mas eminente.

Otra humillación de Méjico nos indica una noticia inesperada, venida de no sabemos dónde. Dicese que el emperador de Francia ha enviado á cierto personaje cerca del presidente de Méjico, con una misión oficiosa ó particular. Los periódicos imperialistas lo han desmentido inmediatamente. ¿Pero quién puede fiar ya en palabras de los que aseguraban que Francia nunca abandonaría al emperador Maximiliano?

MENSAJE DEL PRESIDENTE JOHNSON.—Este notable documento, dirigido á las Cámaras al reunirse en el mes de Diciembre con arreglo á la Constitución, trata principalmente de la reorganización del Sur y del sufragio de los negros. Lamenta la desorganización de la antigua Union, que no quedará restablecida hasta que todos los Estados tengan representación en el Congreso. Recomienda la ejecución leal de las leyes constitucionales. Asegura que la supremacía de los negros en el Sur seria peor que el despotismo militar á que hoy se halla sujeto, y señala los peligros que sobrevendrían si se les concediera el derecho electoral. Consigna con satisfacción que Méjico se halla libre de la intervención extranjera, y que la paz reina actualmente en la América central y la del Sur. Termina diciendo que ha cesado en los Estados- Unidos el comercio clandestino de esclavos, y que por consiguiente han perdido su oportunidad los convenios celebrados con Inglaterra para impedir dicho comercio.

PRESIDENTE DEL SENADO ESPAÑOL.—Las Cámaras españolas se reunieron el día 27. El marqués de Miraflores ha sido nombrado presidente del Senado.

C.

EL UNIVERSAL.

Diario progresista de la tarde.

Con ese título, y segun verán mas detalladamente en otro lugar de este número, se publicará en Madrid, desde el 2 del próximo Enero, el periódico anunciado meses hace con el título de *La Idea*, primeramente, y después con el de *El Porvenir*, cuyos prospectos fueron recogidos en la fiscalía. Dirigido *El Universal* por el fundador de LA AMÉRICA, cuya revista continuará como hasta aquí, parece escusado asegurar que en sus columnas se defenderán con ardor los intereses de nuestras provincias de Ultramar. A todos los suscritores á LA AMÉRICA, se les dirige el primer número.

MÉJICO.

La lucha heroica sostenida por este pueblo para conquistar su independencia, no ha consolidado el imperio de la paz que reclama la nación mejicana, trabajada por sangrientas revoluciones y discordias civiles. Juárez, elegido presidente, ha excitado la animadversión de un competidor formidable, el general Porfirio Díaz, uno de los mas valientes caudillos de la guerra emprendida contra el desgraciado Maximiliano; y cuando parecia que iban á ser cicatrizadas las heridas abiertas en el seno de la patria, y después de terribles ejecuciones y catástrofes lamentables, habia cesado la efusión de sangre, y el poder creado por la revolución victoriosa debia consagrar sus patrióticos esfuerzos á calmar las pasiones irritadas, apaciguar los ánimos exaltados, conciliar los intereses y las voluntades, moralizando aquella sociedad combatida por los elementos disolventes que engendran las guerras mas justas, otra tempestad ha estallado en aquel horizonte, las nubes se acumulan, y no podemos predecir cuál será el término de la lucha, aunque deseamos vivamente que no se prolongue, y que la Providencia dé el triunfo al que animado de mas rectas intenciones y amor al bien público, aspire á levantar á Méjico del abismo á que le conducen las bastardas ambiciones.

¿Cómo no hemos de anhelar que se cimente el orden en la region mas privilegiada por los ricos dones de la naturaleza, con la que nos ligan vinculos que no puede destruir el tiempo, porque están fundados en el culto sagrado de los recuerdos, la comunidad de origen; el esplendor de la historia, la santidad de la religion y la magnificencia del idioma de Cervantes? Ningun otro pueblo ostenta los títulos que el español para apetecer que se regenere la República en cuyas venas circula nuestra sangre. Nuestros votos son legítimos, sinceros y desinteresados, porque nos hemos alejado del campo en que se trataba de imponer una dominación extraña, y hemos abogado constantemente por la victoria de la razon y del derecho. Hubiéramos querido que los vencedores tan grandes y heroicos en los combates, se mostraran mas generosos después del triunfo; nuestras apreciaciones nacian del noble deseo de ver tranquila, floreciente y venerada á la República. Lejos del teatro de los sucesos, sin ser ofuscados nuestros ojos por el vapor inmenso que exhalan las pasiones violentas en su explosión tumultuosa, creíamos que la magnanimidad y la clemencia eran los diamantes de mas espléndido vislumbre y riquísimo esmalte que podían ornar las sienes majestuosas de un pueblo libre. Pero así como no hacemos á todo un pueblo solidario de

los crímenes que cometan algunos individuos, tampoco le juzgamos responsable de los errores de sus gobiernos.

Tenemos simpatías por aquella raza que durante cuarenta años, destrozada por terribles convulsiones, demuestra un vigor extraordinario, porque lejos de caer abatida y postrada por el azote devastador de la discordia, sus frenéticas conmociones revelan un exceso de vitalidad que diezma sus fuerzas sin aniquilarlas, y que anudadas para mejorar su condición material, moral e intelectual, en vez de ser antagónicas y funestas, multiplican sus riquezas y dilatarían los grandiosos horizontes de su prosperidad y poderío, que solo pueden realizar a la sombra bienhechora de la paz, respetando la seguridad individual y la propiedad pública y privada; fomentando la agricultura, la industria y el comercio: abriendo caminos y canales; propagando la enseñanza; tolerando la manifestación de todas las opiniones, y gozando de los beneficios y de las conquistas de la civilización que enaltecen a los pueblos que practican la verdadera libertad.

Muchas son las vicisitudes que ha atravesado este país desde que se emancipó de nuestra patria, sin poder realizar el bello ideal de sus aspiraciones.

El Cura Hidalgo fué el primero que levantó el pendón de la independencia, aunque en sus documentos oficiales se manifestaba fiel a Fernando VII, y llevaba el retrato de aquel Rey, cuyas iniciales había colocado sobre el morrión de sus soldados. Vencido y entregado por un oficial de su ejército, fué fusilado, y la víspera de su muerte compuso algunos versos para dar gracias a sus carceleros por las atenciones que le habían dispensado. Morelos impulsó enérgicamente la insurrección, y obtuvo brillantes triunfos, debidos a la vehemencia de su carácter y a la influencia que ejercía entre los mejicanos, hasta que al fin fue derrotado por las tropas españolas mandadas por el general Calleja, que fué luego Virrey.

Bustamante, Victoria y Guerrero, héroes también de la independencia, fueron elevados más tarde a la presidencia de la república; pero desuella entre todos por un acto grandioso y magnánimo D. Nicolás Brabo, que se había distinguido en las lides, cuyo padre, D. Leonardo, fué hecho prisionero por el Virrey Calleja. Morelos autorizó a D. Nicolás que ofreciera trescientos españoles que tenía en su poder por la vida de su padre; este fué ejecutado, y D. Nicolás puso en capilla a los trescientos prisioneros para ser fusilados al amanecer del día siguiente; durante la noche, su alma, estremecida por esta horrible matanza, rechazó el cruel pensamiento y los puso en libertad al nacer el sol, ordenandoles que partiesen inmediatamente, para que su presencia no despertara en su ánimo el deseo de vengar la muerte de su padre. Este rasgo magnífico honra la memoria del ilustre Brabo.

El general Rayón, colocado a la cabeza de la junta de gobierno que se instaló en Zitacuan, provincia de Valladolid, ofreció a Fernando VII el trono mejicano, con la condición de que fuera a establecerse en el país; la villa fué tomada e incendiada por Calleja.

Reunido un Congreso en Chilpancingo, nombró generalísimo a Morelos, que rompió definitivamente con el gobierno de España. Aquel declinó el título de Alteza que le concedió el Congreso, y adoptó el de servidor de la nación. Morelos cayó en las manos del oficial español don Manuel de la Concha, que le mostró grandes atenciones, y murió con valor, diciendo: «Mi vida no es nada, si se salva el Congreso.» Pero este también desapareció muy pronto, y D. Juan Ruiz de Apodaca reemplazó a Calleja en el virreinato de Méjico, cuando Fernando VII regresó a España. Aquel valiente, recto e ilustrado marino, que había abatido el orgullo de la escuadra francesa en las aguas de Cádiz, y en la embajada de Londres elaboró el proyecto de alianza con Rusia para contrarrestar el poder de Napoleón, y que preparó su caída; el que había prestado inmensos servicios en la capitania general del ejército y de la Armada en la isla de Cuba, ostentó también sus dotes de moderación y de benevolencia en el desempeño de la misión que le fué confiada. Su actividad y pericia destruyeron las guerrillas enemigas, y se le sometieron muchos insurgentes, abrigando la esperanza de dominar la revolución. Pero Iturbide, que logró conquistar la confianza del Virrey, mostrando un celo entusiasta por España, para adormecerle en una seguridad completa, poseedor de las confianzas y planes de Apodaca, que le colocó al frente de algunas tropas, en vez de batir a los soldados de la Independencia, la proclamó él mismo con un programa que ha sido célebre, bajo el nombre de *Plan de Iguala*.

Este *Plan* establecía el gobierno monárquico, bajo la denominación de imperio, con una Constitución en armonía con las costumbres del país. El trono ofrecido a Fernando VII, rehusado por este, debía ser brindado a sus hermanos los infantes D. Carlos y D. Francisco, y después al archiduque Carlos de Austria. Iturbide, que había peleado en las filas del ejército de España, quería la conciliación de españoles y mejicanos; los asimilaba en la participación de los derechos políticos, y concertaba los empleos que disfrutaban los peninsulares, cuyo proyecto obtuvo la adhesión de Guerrero, el más famoso de los generales mejicanos, que tuvo la abnegación de colocarse bajo las órdenes de Iturbide. Las tropas de la capital depusieron al virrey Apodaca, que bizarro en el campo de batalla, cortés y afectuoso en su trato, fiel a sus tradiciones de nobleza y lealtad a la bandera que había jurado defender, incapaz de cometer ninguna felonía en abierta pugna con su carácter generoso y honrado, era quizá más conciliador y tolerante de lo que exigen las pasiones implacables, desencadenadas por las tempestades políticas, que no respetan las prendas del caballero, si no se somete como esclavo a sus ciegos caprichos.

El virrey partió para España, donde fueron dignamente recompensados los brillantes servicios prestados a su patria en su larga carrera.

Las villas y las provincias se declararon por el *Plan de Iguala*. Los regimientos indígenas le apoyaron, y al llegar O'Donoju a Méjico para reemplazar a Apodaca tuvo una entrevista con Iturbide, y celebraron el tratado de Córdoba que modificaba el *Plan de Iguala*, en algunos artículos accesorios, tales como el de sustituir el infante de España D. Carlos Luis heredero del gran ducado de Luca al archiduque Carlos, y el declarar que no era indispensable la calidad de miembro de una familia reinante para ser elevado al trono mejicano por las Cortes, en el caso de que no le aceptaran Fernando VII y los infantes. Para ejecutar este tratado fué nombrado O'Donoju individuo de la junta de gobierno, y su muerte consumó la independencia de Méjico.

El tratado de Córdoba fué declarado nulo por las Cortes españolas, y el partido de Iturbide le elevó al imperio. Este quiso parodiar a Napoleón, y hasta pagó a un precio fabuloso un lecho modelado sobre el que ocupaba este en las Tullerías. Su reinado fué efímero, el Congreso se mostró hostil, Santa Ana que debía muchos favores a Iturbide levantó en Vera-Cruz el estandarte de la insurrección, y Victoria, Guerrero y Bravo coadyuvando a la empresa derrocaron el imperio. El Congreso reconocido a los servicios de Iturbide como campeón de la independencia, le señaló una pensión de medio millón de reales con la condición de que no volviera a penetrar en el país.

El partido monárquico de Méjico sintió que Fernando VII y los infantes no aceptaran el trono, y la expedición de Barradas para reconquistar el territorio, derrotada en Tampico, y el despeño en masa de los españoles por el Congreso en un rapto de frenesí y de pasión pública, envenenaron los odios entre dos pueblos hermanos, y otros desaciertos y antagonismos injustificables, abondaron el abismo de la división que existía entre los hijos de una misma raza y nuestros intereses comerciales, y los más sagrados y respetables, que son los de la civilización y la justicia, reclamaban imperiosamente que contribuyamos todos a destruir el germen de disidencias que nace de injustas exigencias y de funestas preocupaciones, indignas del espíritu expansivo y culto del siglo XIX.

Iturbide, refugiado en Inglaterra, concibió el desgraciado proyecto de volver a apoderarse de la Corona, y hecho prisionero por el general Garza, fué fusilado, conforme al decreto del Congreso que le había declarado fuera de la ley.

La anarquía ha dominado en Méjico bajo el nombre de República: Santa Ana, Herrera, Paredes y otros que la han presidido, hasta el actual presidente Juárez, han hecho más o menos esfuerzos para conjurarla, pero hasta ahora han sido impotentes; é invadida por la Francia y por los Estados-Unidos, ha perdido 109.945 leguas cuadradas, más de la mitad del territorio que poseían al declararse independientes, pues según afirma M. Lucas Alman, uno de sus famosos historiadores, se elevaba a 216.012 leguas cuadradas, y hoy solo contiene 106.067. Se comprenderá lo vasto de este inmenso territorio y sus considerables pérdidas, si se atiende al testimonio del eminente economista Michel Chevalier, que señala a la legua de Méjico 5.000 varas ó 4.179 metros. La legua cuadrada hace 1.747 hectáreas, de suerte que quedan todavía en Méjico 785 millones de hectáreas, tres veces y media más que la superficie de la Francia, que comprendida la Córcega contiene 54.300.000 hectáreas. Los americanos del Norte se han apoderado de la mitad de este país, tan privilegiado por la naturaleza, que si sus hijos se organizaran é hiciesen valer los dones que les ha prodigado la Providencia, constituirían una de las naciones más ricas y florecientes del universo.

Su posición ventajosa sobre los dos Océanos, frente de Europa por su ribera Oriental, y por la Occidental llamada el Pacífico, en relación con Asia, la India, la China y el Japon, puede proporcionarle inmensos bienes, en contacto con la Australia y la California, que han desarrollado en pocos años una producción vigorosa, que los ha elevado a un poder inmenso. Méjico está llamado a reportar beneficios extraordinarios, pues goza además el privilegio de que sus dos mares están muy cercanos.

Lo largo del continente hacia Tehuantepec se limita a 220 kilómetros, y si se desembarca en Veracruz y se desea pasar por Méjico para dirigirse a Acapulco, que está al pie de la otra vertiente, la distancia no es más que de 550 kilómetros.

La población de Méjico no asciende a más de ocho millones: la mitad pertenece a la raza india, el resto, en su mayoría, está formado de castas de sangre mezclada de indios y de blancos. El elemento africano es insignificante, y ha sido un bien para el país, porque los negros no escedian de 10.000 al principio del siglo, y fué fácil e espontánea su emancipación, verificada por sus mismos dueños, y ha redundado en favor de la inteligencia del pueblo, porque es superior la del indio a la del negro; ya observaron los conquistadores que los Aztecas poseían nociones de artes y de ciencias, y una literatura, y el sabio Laplace se admiró de que conociesen la extensión del año mejor que los europeos en aquella época. Sus ciudades y villas populares ostentaban ciertos adelantos, y un sistema de socialidad y de administración que revelaban su cultura.

Los blancos constituirán acaso la sexta parte de la población, aunque todavía circula en las venas de muchos la sangre india, porque las viudas y las hijas de los nobles aztecas se casaron con los compañeros de Cortés y de los españoles que han arribado sucesivamente al país.

La emigración china, protegida por el gobierno mejicano, proporcionaría un elemento poderoso a la industria, y a la agricultura un territorio tres veces mayor que la Francia: los chinos son apreciados por su amor al trabajo y su inteligencia en los negocios comerciales; los anglosajones de la California y de la Australia los tratan mal, y los agobian con exacciones, porque temen su concur-

rencia, considerados en Méjico como los naturales, correrían a sus fértiles regiones y las vivificarían con su laboriosidad é ingenio.

La tierra es tan fecunda, que Humboldt calculaba hace cincuenta y cuatro años que una hectárea plantada de bananas, bastaba a alimentar cien personas, mientras que con el trigo de Europa, suponiendo un rendimiento superior al término medio en aquella época, es decir, de ocho granos por uno, podía apenas mantener cuatro personas.

Todas las plantas que se crían en las Antillas, ó en las comarcas calientes del Asia, pueden cultivarse en este suelo mejicano; el maíz es el alimento de las clases pobres, y se eleva a dos y tres metros de altura cuando le favorecen los calores y la humedad; y en las mejores tierras, donde la temperatura está bastante elevada, brinda al labrador ochocientos granos por uno. El trigo se multiplica también de una manera admirable, sobre todo en las llanuras de Toluca y en los alrededores de la Puebla; la viña y el olivo, la caña de azúcar, el café y el cacao, la cochinilla, y todas las plantas alimenticias, prosperan en esta feraz región, que ofrece la reunión de todos los climas, porque está situada en las alturas que son más favorables para su cultivo, así como para la salud y el ejercicio de las facultades de la raza europea.

Está suspendida encima del Océano a una altura que es en el Misteca de 1.400 metros; en Puebla de 2.196 metros, y en Méjico de 22 74 1/2, y al Norte de Méjico la villa de Guajanato, célebre por sus minas de plata, está a la altura de 2.084 metros; las grandes montañas la atraviesan, prolongándose en ondulaciones que marcan las fértiles llanuras y los grandiosos lagos; los bosques de pinos y de árboles gigantes, es un plano inclinado que determina una variación rápida en el clima y en todos los terrenos que dependen del calor, y que presenta los contrastes más pintorescos y maravillosos. A media altura sobre el plano indicado, se extiende la zona templada que guarda una eterna primavera, y se cita esta región deliciosa como un paraíso terrestre, cuyo tipo más perfecto resalta a los alrededores de la villa de Jalapa. La temperatura media de Méjico es de 17 grados, un poco menos que la de Nápoles y Sicilia, casi igual a la de los meses de estío en París. Quizá no existe en el mundo otro país cuya configuración geográfica sea más ventajosa, rica de minerales, de una vegetación prodigiosa; solo necesita consolidar un gobierno recto, ilustrado y tolerante que sepa desarrollar los fecundos elementos de que le ha dotado la naturaleza, y eleve a Méjico a la grandeza que merece.

EUSEBIO ASQUERINO.

LITERATURA CATALANA.

Prometimos en el anterior artículo ocuparnos de los inconvenientes políticos que presenta el renacimiento de la literatura catalana, y vamos a hacerlo. El inconveniente más grave es el de ser un ariete contra la unidad española; por lo cual dijimos que era un edificio levantado contra las tendencias de sus conciudadanos y el espíritu del siglo. El espíritu del siglo tiende a las grandes unidades. Por la unidad ha batallado y batalla la Italia; la gran patria alemana ha sido el sueño de todos los poetas y publicistas alemanes, y una prueba de este deseo unánime, lo tenemos en la conocida poesía de Arndt, titulada: *Des Deutschen Vaterland* (la patria del alemán). En ella se pregunta al poeta, cuál es la patria del alemán; y contestándose si la Baviera, la Pomerania, la Prusia, etc., exclama al final de las primeras estrofas: Que no, que la patria del alemán es más grande.

¡O nein! ¡O nein! ¡O nein!
Sein Vaterland muss grosser sein.

La unidad alemana se vé hoy realizada por el poder absorbente de la Prusia, y digan lo que se les antoje los políticos miopes, este es el lema escrito en la bandera del partido nacional alemán, y el grito que pronunciaban los labios de los revolucionarios berlineses en 1848.

La unidad española data de los Reyes católicos, y no podemos creer que nadie piense turbarla; pues si es verdad que España desde algunos siglos no seguía el movimiento europeo, al entrar en el actual, y al cambiar de forma de gobierno, no debe ni puede contrariar la marea liberal y progresiva de las naciones modernas. Sin embargo, el espíritu provincial se atiza en Cataluña por algunos mal aconsejados poetas. En uno de los *calendaris* de Bron, salió una frívola y ligera poesía, que era una amenaza proferida por un poeta, que ya simbólicamente había tratado en otra poesía el mismo asunto. Lo que ayer era una inofensiva amenaza, en una poesía premiada últimamente por los *Juegos florales*, se convirtió en un grosero insulto. Y el grosero insulto se ha transformado en una ruina necedad, ruina necedad que fué acogida con murmullos, que honraron al público catalán que asistía a la representación del drama, del que formaba parte. Y obsérvese que, el susodicho drama, está tejido con palabras castellanas al lado de arcaísmos catalanes, lo cual es de extrañar en un poeta que menosprecia a Castilla, y por lo tanto a su literatura. Pueden imaginarse los lectores qué poco puede valer una obra con esta extraña mescolanza. Es ya tan común el uso de arcaísmos por los poetas catalanes, que uno ya no podrá leer de hoy en adelante sus obras sin un diccionario al lado; diccionario también necesario al apuntador, para que saliendo cada segundo del escondite, diga: tal palabra, usada por tal actor público indocto, significa tal cosa en tu vulgar lenguaje.

Que estas poesías sean aplaudidas y admiradas por inespertos jóvenes, no nos extraña; lo que si es de extra-

ñar, que hombres entrados en años con ínfulas de sábios y ribetes de políticos, formen corro para ensalzarlas y premiarlas. A estos hombres, que contribuyen con sus aplausos y con el voto que han dado, á difamar una provincia hermana, se les puede preguntar desembozadamente, á cuántas están de juicio. Y algunas de estas personas que oyen sin indignacion tales aberraciones, van á Madrid para representar á Cataluña en el Congreso, y callan, y ni aun piden para España la descentralizacion, tan necesaria á los pueblos para el desarrollo de sus fuerzas vivas; pero marchan de Barcelona con ideas belicosas; mas al llegar á la corte, les pasa lo que dijo tan admirablemente Espronceda:

Que pierden fuerzas, en mudando yerbas.

Pero desgraciadamente hay personas que se resignan al pobre papel de wágones, á ser arrastrados ó empujados.

Este es el gravísimo inconveniente del renacimiento de la literatura catalana. Nosotros que no atendemos al lenguaje con que se cubren los pensamientos, sino al espíritu de las obras, pues el lenguaje es siempre cuestion secundaria, y dejando probado la tendencia mezquina de muchos poetas catalanes, podemos decirles, como Mr. Jules Fabre al gobierno del Emperador, que «es tiempo ya de abandonar la indecision y los medios equívocos; ha llegado la hora de saber á dónde se vá, y de que se diga claramente.»

Los catalanes valemus mucho, y esto, con ingenuidad que les honra, lo han confesado todos los escritores castellanos que se han ocupado hasta incidentalmente de Cataluña, pero es tanta vanidad el ir pregonando siempre nuestras cualidades, y mala fé el pagar con insultos y amenazas las alabanzas. Nosotros, en nombre de la mayoría de los catalanes, en nombre del pueblo que trabaja y no asiste á esas mezquinas luchas, en donde esos talentos de pocos de sus compatriotas materialmente pelean, para ver quién es el que con sus alharacas vá mas lejos, protestamos y podemos afirmar, que nadie piensa en Cataluña turbar la unidad española, y que los versos de tales poetas no hallan eco en el corazón de ninguno de los buenos catalanes. Viendo estos poetas el vacío que les rodea, se han dado el nombre de catalanistas, nombre que no deben dejar, y que les vá divinamente, pues los catalanes son muchos, los catalanistas pocos.

El argumento de mas valor en contra de la nacionalidad española para los catalanistas, es el de que la historia nos dice que existió un reino de Aragón, y añade que debe existir. Qué manera de falsear la historia. Para rebatir este argumento, basta contestarles que, durante la monarquía goda, la España era un reino y no varios; que la invasion árabe fué tan rápida, que desbarató las huestes godas, no dando tiempo á la reunion de las que quedaron bajo el mando de un solo jefe; que entonces empezó, como era natural y lógico, la reconquista por varios puntos y al mando de diferentes caudillos; que estos caudillos y sus sucesores, con las victorias alcanzadas á los árabes, fueron posesionándose de parte del territorio perdido, formando condados, reinos, etc.; que con los casamientos efectuados entre las casas reinantes en estos condados y reinos, se llegó, en tiempo de los Reyes católicos, á la unidad española. Tenemos, pues, rebatido el único argumento, á primera vista muy sólido, á mas de que la historia nos dice, que han existido muchos imperios que se han derrumbado; pero la historia no nos dice que hayan de volver á existir, pues entonces no sabríamos cómo arreglar el mundo. Y una prueba de que la España estaba destinada para formar un solo reino, la tenemos que, cuando tuvo lugar la union de Aragón y Castilla, á pesar del odio que profesaba Cataluña al rey Fernando, por creerle causa de la muerte del príncipe de Viana, no hubo revueltas en la capital del antiguo condado. Pero por la muerte sin descendencia de Carlos II, en la guerra que promovieron los pretendientes al trono español, Castilla se declaró en favor del francés, y Cataluña se puso al lado del austriaco. La victoria, deidad caprichosa, se decidió por Felipe V, que hizo trizas los fueros de sus enemigos; pero es necesario que no olviden los catalanes, que rigiendo en España el absolutismo, quien mandó quemar los fueros no fué el pueblo castellano, sino el rey español Felipe V. A mas de ser este acto propio de los vencedores, como observa el Sr. Olóza, no vió tranquila Cataluña y Aragón tambien (nótese que el Sr. Olóza es un admirador de la constitucion aragonesa), la muerte de las comunidades castellanas en la funesta batalla de Villafar, y envió socorros Cataluña cuando la temblorosa mano de Felipe II acabó con las libertades aragonesas. Habiendo visto impasible la destruccion de los fueros de las demás antiguas nacionalidades, justo era que estas le pagasen con la misma moneda. Pero ha pasado felizmente, para jamás volver, el gobierno absoluto, y bajo un gobierno representativo, en las naciones no hay provincias vencedoras y provincias vencidas. La libertad y la igualdad se halla consignada en las constituciones para todos, y cuanta distancia media desde estos tan cacareados fueros, con el último de nuestros derechos. Media la distancia, como observa el mismo Sr. Olóza, como del singular libertad al plural libertades, pues hay palabras que dicen tanto, que no pueden tener plural; libertades, es sinónimo de privilegios, y privilegios eran, pues no se extendían á todas las ciudades, sino á ciertas ciudades y villas.

Este inconveniente da origen á otro, que es el de perder Cataluña la influencia que tiene derecho á ejercer en los negocios de la nacion española; pues si continuamos por este camino, llegaremos á hacer vida aparte del resto de España, y no podremos quejarnos, ya que la culpa sea nuestra, por habernos dejado dirigir por unos pocos.

Existe otro inconveniente que caracteriza al mismo tiempo á la literatura catalana, el espíritu retrógrado. Para los poetas catalanistas los siglos no han pasado. Su

eterna taravilla es un tiempo fué, como ya dijimos en el artículo que dedicamos al examen de las obras de Pitarra. Esto lleva consigo el apego al cultivo de la poesia popular, con los defectos propios de dichas poesías, y sin ninguna de sus bellezas, poesías fastidiosas como aquellas en que solo ve el amor del yo: tres defectos gravísimos de la poesia catalana; pues el poeta que no cae en uno de ellos cae en el otro, con ligeras excepciones.

Examinados quedan los inconvenientes políticos; pasemos á los literarios. El primero de sus inconvenientes consiste en que Cataluña, desde el momento que cultivó su lengua, pierde su influencia literaria, que podría ser mucha, en la literatura general. La maldita restauracion de los *Juegos florales* distrae á los jóvenes de sus estudios, ya que dominados por la idea de alcanzar un premio, por lo gratos que nos son los aplausos en aquella edad, olvidan el desarrollo de su inteligencia, y su ocupacion constante es la de fabricar versos, para que un día se fijen en ellos las miradas envidiosas de sus amigos y condiscipulos, y las graciosas sonrisas con que les saludan coquetuelas niñas.

Para rebatir el primer inconveniente, se repite continuamente que el genio debe escribir en su lengua materna; pero á mas de otras razones que podríamos aducir, el estudio de la lengua catalana es hoy mas difícil, no solo que el de la castellana que se nos enseña desde tierna edad, sino que el de la francesa, inglesa ó alemana. Y como no queremos que se nos dé fé por nuestro simple dicho, copiaremos algunos párrafos de un artículo que un catalanista restaurador de los *Juegos florales*, ha publicado hace pocos dias en un periódico de Barcelona, y como prueba tambien del espíritu de pandilla que domina ya en la literatura catalana.

Los artículos llevan por título «*Escollas de la lengua catalana*» y el primero (el único publicado) el novelesco título de «*Los influentes*.» Hablando de los restauradores dice: «Uno de los primeros cuidados de los restauradores habia de ser fijar la lengua, porque dejando de tener esta uso oficial, precisamente cuando los demás idiomas adquieren perfeccion gramatical y literaria, y sufriendo por razon de su mismo abandono diferentes giros y transformaciones en los distintos extremos donde antes fué general y única, al restaurarse ahora, habia de procurarse que ni adoleciera de la incultura de los tiempos antiguos, ni comprendiera entre sus voces los vulgarismos hijos de su abandono, ni los caprichos vulgares que no siempre son razonados.» Después añade: «A los que se precian de conocedores de la lengua catalana correspondia ir estudiando y proporcionar los medios de uniformar el lenguaje, de hacerle fácil, gramatical, literario é inteligible.» (De suerte, que segun confesion de un catalanista, no es fácil, gramatical, literario é inteligible. Vamos andando, eso sí que ha sido, pues, mala noche y parir hija). «A los amantes de la lengua, á los aficionados á la poesia, á los concurrentes á los certámenes importantes á saber cómo escribir sus composiciones.» Mas abajo se queja el escritor aludido de la profusion del arcaísmo y del vulgarismo y de la introduccion del mallorquinismo, hablando de paso de misteriosas influencias (alusión á un poeta mallorquin, presidente de uno de los consistorios) y ve cerca (tambien nosotros) «la anarquia de la lengua y el descrédito del consistorio.» Y añade que «*tocante á la lengua, en vez de adelantarse se ha retrocedido, ó mejor, en vez de perfeccionar la lengua la han desfigurado los influentes de manera que no la conocieran quantos han escrito en ella desde Aurias March acá.*» Le es, pues, mas difícil al catalan escribir en su propia lengua que en la castellana, pues ha de caer en uno de los escollos que señala el autor del citado artículo, ya que la lengua catalana es, segun el mismo, «ininteligible, múltiple é incorrecta.»

La restauracion de los *Juegos florales*, que aun cuando fuéramos partidarios del renacimiento de la literatura catalana, mereceria nuestras censuras, fué debida, y con imparcialidad lo decimos, á algunos poetas catalanes que después de haber escrito á destajo en castellano, se acordaron de renacer la literatura catalana, con el intento, lo sospechamos, de adquirir la nombradía mas fácil en una literatura naciente ó renaciente, que en una literatura formada.

Tales son los inconvenientes políticos y literarios de la literatura catalana, presentados con el desenfado que nos es habitual. Esta literatura egoísta, olvidándose que vive en pleno siglo XIX, quisiera cerrar con una muralla, semejante á la de China, las fronteras catalanas; no vé, tanta es la ceguedad de sus afiliados, que todas las clases de la sociedad catalana la miran como un juego de niños; y una prueba de ello, la daremos con un dato económico, que para nosotros, son los mas convincentes. Del tomo de poesías premiadas por los *Juegos florales* del año anterior, los ejemplares vendidos en Barcelona no llegaron á treinta, y esto que en el periódico de mas circulacion de la ciudad condal, no anduvieron escasos los anuncios; esta poca venta no sería á causa del precio, pues por 12 rs. poseía cualquiera un tomo de los anales de la literatura catalana. De modo que, en una poblacion de mas de 200.000 habitantes, treinta partidarios del renacimiento. La cifra es reducida, no la creíamos tanto.

La literatura catalana será un paréntesis en la historia de la literatura general; un capítulo mas, como dijimos, en el libro voluminoso de las ridiculeces humanas. No es mas ahora que un juego de niños; pero como por la mala tendencia que lleva, podría mañana arrastrar tras sí atolondrados jóvenes, hemos dado el grito de alerta. Nuestro carácter indomable no permitía que, conociendo y palpando las malas consecuencias que puede traer consigo el renacimiento, calláramos ante mezquinas consideraciones. Nuestra espina dorsal no se ha doblado, ni se doblará nunca; y como no somos patrióticos, no ocultamos ni las miserias de nuestra amada Cataluña.

Dejamos para el siguiente y último artículo demostrar que varios hijos de Cataluña que han sido considerados en un discurso leído ante la Real Academia de Buenas letras de Barcelona con el título de «*Datos y apuntes para la historia de la moderna literatura catalana*» como los primeros que iniciaron con sus obras el renacimiento, le hubieran atacado.

Dejamos de contestar á unos comentarios que á nuestros dos anteriores artículos ha puesto un periódico diario de Barcelona, cuya existencia aun ignoráramos si no fuera por los escritos de un conocido crítico, por no descender al género de gacetilla y porque mas que un ataque á nosotros es un ataque brusco á dicho redactor, al cual encargamos nuestra defensa. Se nos ha asegurado que su autor era un poeta dramático, de cuyas obras no nos hemos ocupado por no bajar á minuciosos detalles. Sirva de aviso á todos los que al contestarnos imiten al referido, pues si intentan ponernos en escena, sepan que en el drama que se representará nos hemos reservado el papel de protagonistas y á ellos les reservamos el de comparsas.

Antes de concluir, debemos hacer una advertencia al anterior artículo; se nos ha pedido por algunos amigos del Sr. Vidal (Eduardo), que le escluyésemos de entre los poetas catalanes que denigran á los castellanos, pues que el Sr. Vidal muy al contrario de rebajarlos, estudia sus obras. Hacemos con gusto esta rectificacion pero una excepcion en vez de negar la regla general, la confirmamos.

J. M. TARRATS DE EIXALÀ.

EL UNIVERSAL,

DIARIO PROGRESISTA DE LA TARDE,

QUE VERÁ LA LUZ PÚBLICA EL 2 DE ENERO DE 1868.

Director. D. Eduardo Asquerino.
REDACTORES.—Seccion de fondo. D. Eusebio Asquerino, D. Angel Castro y Blanc, D. Manuel Maria Flamant, D. José Sanz Perez, D. Eugenio de Olavarria, y otros.
Seccion de noticias. D. José Bravo.

Correspondencias extranjeras y revistas europeas. Varios de nuestros primeros publicistas residentes en París y otras cortes de Europa.

Teatros, literatura, artes, etc. D. Federico Balart, D. Eladio Lezama, D. Juan Alonso y Eguilaz y otros.

Colaboradores. D. Juan Bautista Alonso, D. Francisco Salmeron y Alonso, D. Pedro Mata, D. Manuel Ruiz de Quevedo, D. Víctor Balaguer, D. Antonio Garcia Gutierrez, D. Ramon Pasaron y Lastra, D. Antonio Ferrer del Rio, D. Manuel Gomez, D. Cayetano Manrique, D. José María Diaz, D. Ventura Ruiz Aguilera, D. José Torres Mena, D. Cristóbal Valera, D. Francisco Navarro Aznar, D. Bernardo Lopez Garcia, marqués de la Florida, D. José María Mosquera, D. Balbino Cortés y Morales, D. Mariano Ballester, D. Laureano Gutierrez Campoamor, D. Jacinto Ballester y muchos otros, ya de provincias y ultramar, ya residentes hoy en el extranjero, cuyos nombres aparecerán desde el primer día al pié de sus artículos.

Corresponsales. En todos los puntos de España, Ultramar y extranjero.

Colaboracion. Literaria, científica, de comercio, agricultura, etc., mas de cien conocidos escritores, cuyos trabajos alternarán en el folletín y la seccion de variedades.

Novelas. En el folletín del primer número comenzará una interesante novela original, inédita en España, de la eminente escritora doña Gertrudis Gomez de Avellaneda, á la que seguirán otras de los primeros novelistas extranjeros y nacionales, cuya propiedad esclusiva hemos adquirido.

Ediciones.—Dos; una de provincias y otra de Madrid, que contendrán cuanto pueda interesar al público no solo de la corte, que es á lo que generalmente se atiende, sino de todas las poblaciones de España, con numerosas correspondencias, artículos cortos en lo posible de política; una seccion satírica encomendada á distinguidos escritores, y los intencionados cuadernos de bitácora del capitán Bombarda que tan justa popularidad han alcanzado en años anteriores; partes teatralógicas, extracto de las sesiones de Cortes, lecciones populares, revistas de teatros, salones, modas, etc., y cuantas novedades de universal interés lleguen á nosotros hasta última hora: además, é independientemente de la política habrá una gran seccion que cuidaremos con particular esmero, de

Noticias generales, encargada al director que fué muchos años de *La Correspondencia de España*, D. José Bravo, auxiliado por cuantos medios están á los alcances del mas diligente y eficaz.

Tamaño. Mayor que *La Correspondencia de España*, y no lo decimos en son de competencia, pues es muy distinta la índole de nuestro diario, sino por ser el punto de comparacion mas conocido; pero *El Universal*, á pesar de no ofrecerse en gran tamaño, por su confeccion y tipos contendrá tanta lectura como el mayor de los periódicos de la corte y comparando el precio de estos generalmente de 44 á 46 rs. al mes en Madrid y de 50 á 60 por trimestre en provincias, nuestra publicacion resultará sumamente barata, pues serán los

Precios de suscripcion. En Madrid, 8 rs. al mes. En provincias, 30 rs. al trimestre directamente por libranzas ó sellos; 32 por comisionado. En Ultramar y extranjero, directamente por libranza, 70 rs. por trimestre; por comisionado, 80.

Venta de números sueltos. Cada mano (25 ejemplares) en Madrid ó cualquier punto de la Peninsula, 4 rs. satisfechos al hacerse el pedido.

No se insertará ningún anuncio, reclamo, etc. cuyo importe no se satisfaga anticipadamente.

La correspondencia toda se dirigirá al director D. Eduardo Asquerino. No se devuelven los originales que se envien.

Suscripciones y anuncios. Se admiten en Madrid en la *Redaccion y Administracion*, calle de Floridablanca, núm. 3, y en las librerías de Cuesta, calle de Carretas; Lopez, Cármen; Durán, Carrera de San Gerónimo; Moya y Plaza, Carretas; Escribano, Príncipe, y San Martin, Puerta del Sol. En provincias, extranjero y Ultramar, en las principales librerías y corresponsales de LA AMÉRICA.

EL SIGLO IV DE LA IGLESIA.

(Fragmento de una obra inédita titulada *La Iglesia española en los Concilios generales.*)

El siglo IV es la edad heroica de la Iglesia. Persecuciones, cismas, heregias, conflictos con el poder civil, profundas controversias dogmáticas, intrigas palaciegas, asambleas inmortales, oradores eminentes, grandes caracteres, sofistas temibles, mártires innumerables... todo existió y todo concurrió en definitiva a engrandecer y afianzar la existencia de la Iglesia. Antes del siglo IV, solo los ojos piadosos ó sagaces podían distinguir el cristianismo como doctrina de vida entre tantas sectas filosóficas-religiosas, como en aquel tiempo de poderosa excitación intelectual pugnaban por el señorío del espíritu humano: una vez pasado, á nadie fué lícito ya separar los destinos del mundo y de la Iglesia. Y dos siglos después de los oscuros y horribles sacrificios de los jardines de Nerón, aquellos desvalidos sectarios, cuyos lamentos no habían logrado animar la pluma vengadora de Tácito, llenaban la sociedad romana, mejor aun, eran la esencia, la vida, la explicación entera de aquella, no solo poblaban sus foros y palacios, como había anunciado Tertuliano, sino que alimentaban su literatura, transformaban sus costumbres, levantaban sus creencias, y decidían de su suerte. El cristianismo ha sido ante todo, hasta aquí, la aspiración de los humildes y de los desheredados; de hoy mas, es la ley del género humano.

El viejo y exclarecido Diocleciano, había tenido á principios de esta época como un presentimiento de las trascendentales noveladas á que dejaba expuesto su imperio. El también había sido en mejores días un inteligente innovador; él también había observado en la sociedad romana signos de muerte, presagios de próxima é infalible ruina, y acaso no desconoció la fuerza progresiva que el cristianismo encerraba en los momentos en que meditaba la reconstrucción del Estado. Ciertamente es, al menos, que los historiadores eclesiásticos de aquella edad, testigos, tan imparciales en este punto, han observado su primitiva benevolencia con el cristianismo, y atribuido principalmente sus posteriores edictos á las sugerencias de sus colegas Maximiano y Galerio. Pero hombre al fin, de su época, sin el géneo necesario para destruir un orden de cosas que no le era posible regenerar, limitóse Diocleciano á proveer á la seguridad interior y exterior del Estado; á robustecer el poder; á mejorar la organización militar; á moralizar la administración; á asegurar la inviolabilidad de las fronteras; á sustituir, en fin, aquellas últimas formas y reminiscencias republicanas que nada decían ya á una sociedad servil, con las pompas y la unidad de las monarquías absolutas. Innovador en las formas, Diocleciano fué, en suma, conservador en los resultados, y el imperio romano, que hubiera perecido sin remedio entre aquellos tremendos y repetidos choques de los legionarios entre sí, y de los legionarios y los relátricos de Roma, debió todavía dos siglos de existencia.

¿Pero qué iba ser del cristianismo después de esta mezuquina revolución, de esta reconstrucción material, casi mecánica del imperio? El, el cristianismo, era quien en medio del abatimiento general de los espíritus levantaba el ánimo de las gentes hácia un ideal: él era también, quien al materialismo de la vida presente oponía las dichas inefables y los sublimes esplendores de la Jerusalén celestial: él era todavía quien buscaba en el mismo fondo de su abyección al municipal, al libertino, al colono, al esclavo, las razas malditas de la civilización antigua, y les fortalecía el ánimo, y las convidaba á la vida: él era aun, quien á las usurpaciones constantes de la monarquía, á las violencias diarias de la soldadesca, á la implacable tiranía de la administración, oponía inalterablemente la santa inmunidad de la conciencia; él era, finalmente, quien traía en pos de sí y ya revelaba claramente estos dos grandes dogmas de la igualdad religiosa y la libertad de la Iglesia, que junto con su elevado espiritualismo debían darle definitiva victoria sobre el mundo antiguo.

Inquiérase aun, inquiérase ahora cuáles pudieron ser los móviles de Diocleciano al dictar sus edictos contra los cristianos; discúrrase sobre las personas ó los sucesos que pudieron comprometer en una senda de violencia á un príncipe de natural ilustrado y humano. Nosotros tenemos por cierto que la última y mas célebre de las persecuciones estaba en la naturaleza misma de las cosas: que entre Diocleciano y los cristianos hubo y debió haber la primitiva concordancia, y al fin la decidida ruptura que hay siempre entre los reformadores y los revolucionarios; que el primero solo deseaba la regeneración política del imperio; mientras los segundos aspiraban claramente á la regeneración moral y social del mundo; que aquel solo se dirigía á la defensa y salvación de la sociedad, mientras estos hollando y elevándose sobre la ciudadanía romana, último límite que concediera al cosmopolitismo el orgullo de las razas antiguas, tendían y hablaban sin rebozo de la salvación del género humano. Así es como al terminar Diocleciano su obra, todavía no creían iniciada los cristianos la suya, y como prosiguiendo estos en su incansable predicación esencialmente subversiva del orden social antiguo, cuando ya el emperador la creía restaurada y á cubierto de toda tacha, vino á ser considerado el cristianismo como un peligro público, y entregado por ende á la venganza de los dioses y los hombres.

Cuál fuese aquella bárbara acción, escrito está en las primitivas crónicas de las Iglesias locales; en las piadosas leyendas de millares de mártires; en las actas de los mas remotos concilios; en las historias eclesiásticas, en las historias profanas, en los lamentos todavía vivos de la Iglesia. Desde España hasta la Bythia, desde la Thra-

cia hasta la Numidia, sin exceptuar las mismas provincias que el César Constancio Chloro protegía por humanidad, astucia ó piedad oculta, la sangre cristiana corrió á torrentes.

Presidentes inhumanos, cuyos nombres ha conservado en gran número la inexorable curiosidad de la historia, cuya memoria han entregado á perpétua infancia las artes y la poesía, partían fastuosamente de las capitales, recorrían las diócesis y las provincias llevados ¡ay! menos por un fanatismo disculpable que por un detestable cálculo político y mutilaban horriblemente los cuerpos, ó segaban sin piedad las cabezas de los confesores. Millares de cristianos, temerosos de sí mismos, mas aun que de la crueldad del César, huyeron y se refugiaron en las mas escondidas soledades del Egipto y la Tebaida; algunos buscaron una patria mas clemente entre las legiones de Constancio, y hasta en los campamentos de los bárbaros muchos también adjuraron y se sometieron. Pero hubo á la vez, para honra de la naturaleza humana, quienes arrostraron sereos la cólera y el desenfreno del poder: hubo no pocos que á los honores y los gozes de una posición social preeminente, prefirieron la profesión de fé de cristiano, la proscripción y el martirio, y hubo muchos que en medio de los tormentos mas crueles, proclamaban con inquebrantable entereza la próxima regeneración del mundo, y hubo, en fin, como siempre, pero acaso mas que nunca, un inmenso número de vírgenes y niños, esa vanguardia heroica y poética que precede á todas las ideas nuevas, esos coros celestes que descienden hasta nosotros siempre que hay necesidad de anunciar, no ya la verdad, sino la belleza del progreso, y hubo, repetimos, un inmenso número de vírgenes y niños que con la sonrisa de la pureza en los labios, sumergida el alma en candorosa fé, aclamaron á su Dios, le adoraron y murieron.

Empero aquella sangre debió merecer bien del cielo. Un día Diocleciano, horrorizado, se sepultó en Nicomedia, resuelto á ahogar en el fondo de una innoble sensualidad, su confusión y sus remordimientos. Murió trágicamente Galerio: murió también el feroz Maximiano, y el Cristianismo vivía aun. ¿Vivía decimos? ¿Pero cuál era el místico *Labarum* que daba la victoria á Constantino y sus legiones galas en el puente Milvio? ¿Quién sino él era quien arrollaba, menos por su poder físico que por su superioridad moral, á Maximino tras de Maxencio, á Licinio tras de Maximino, quien destruía pieza á pieza la obra de Diocleciano, quien á despecho de las preocupaciones y de las instituciones antiguas, hacia prevalecer el poder tan nuevo y tan grande á la vez de Constantino? Sobrevivió en verdad el Cristianismo á sus perseguidores, pero los venció además, y los venció definitivamente. Antes de morir pudo ya el terrible Diocleciano percibir los primeros rumores del famoso edicto de Milan (Marzo del 313) en que se ordenaba al Occidente, mientras la pacificación del Oriente permitía ordenar á todo el imperio, que los cristianos fuesen reintegrados de cuantos derechos civiles y religiosos hubiesen sido injustamente despojados; que los templos y las tierras que habían sido confiscadas fuesen devueltos á la Iglesia sin dilación y sin litigios; que sea reconocida, así á los cristianos como á todos los demás, la libre y absoluta facultad de seguir aquella religión que cada uno crea preferible, sea por un instinto de su corazón ó porque la crea mas adecuada á sus costumbres. Y había trascurrido apenas aun un cuarto de siglo, cuando ya se reunía en Nicea (325) en nombre del Cristianismo, y para definir solemnemente el Cristianismo, la mas memorable Asamblea que hubiese visto el mundo, después del esclavizamiento del Senado romano.

El Paganismo no se resignó aun. Era en aquel mismo siglo cuando vio entre la descendencia de Constantino un príncipe adicto y lo coronó. Pero si Juliano participaba de las creencias y de prevenciones de la filosofía, no abrigaba las pasiones del Politeísmo. Dominábale, á pesar suyo, la atmósfera de su tiempo, y antes de comprometerse en la lucha estaba ya casi vencido. ¿Cómo era posible, en efecto, que aquel príncipe de aire meditabundo, de natural melancólico y reflexivo, y de hábito desaliñado; que aquel príncipe, que si había logrado alcanzar el amor y la adhesión de los legionarios de las Galias, jamás, ni aun después de haberles conducido á numerosas é insignes victorias, había podido merecer su respeto; cómo es posible, decimos, que un príncipe así poseyese aquellas pasiones energicas, semi-salvajes, que habían brillado poco há en el ánimo de los Maximianos y Galerios, y contra cuyos embates se había con todo mantenido erguido y vencedor el Cristianismo? Luchó, sin embargo, con él, luchó con perseverancia, pero sin grandeza; con violencia, pero sin ira; con destreza, pero sin fé; prefiriendo siempre el sarcasmo á la persuasión, la mortificación á la violencia, la coacción al terror; volviendo también no pocas veces la vista á los mismos á quienes combatía, y exponiendo con amargura sus progresos á sus propios partidarios, atrayendo constantemente sobre la cabeza de sus enemigos todo lo que podía quedar de vivo, bello, sano y creyente de la civilización antigua, hasta que tres años después de su advenimiento, perpétua víctima de la fatalidad, este príncipe tan ilustre, por lo demás, tan jóven, tan generoso, tan culto, tan probo, tan humano, véase envuelto en un inmenso desastre, y muere en las soledades del Asia, no diremos murmurando, pero seguramente vagando al rededor de aquella terrible frase que la leyenda cristiana le ha atribuido: *Venciste Galileo.*

El Paganismo no murió con él: pero bien pronto dejó de ser una creencia viva para convertirse en fuente de frios temas retóricos, mientras el Cristianismo para quien las asechanzas de Juliano habían sido no mas la intempestiva distracción de un instante, ascendía cada día mas rápidamente á sus altísimos destinos. Nuevas y diarias dificultades surgían sin duda en camino. ¿Debia ser una creencia ó un dogma? ¿Sería una escuela ó una religion? ¿Dejaría el mundo huérfano de toda autoridad en un

tiempo en que todo anunciaba un cataclismo inminente, ó se rodearía de la fortaleza necesaria para dominar las terribles borrascas cuya proximidad ya por entonces se presentía? Tal fué el grande y profundo sentido de sus luchas con el Arrianismo, de cuyo origen, vicisitudes y glorioso fin, bien pronto vamos á ocuparnos especialmente, como que todo fué obra de este gran siglo, cuyo conjunto bosquejamos. Y sin embargo, no es esto todo. Una vez definido el dogma y constituida la Iglesia, hay que decidir si esta augusta depositaria de la tradición divina permanecerá avasallada y como solidaria de la potestad secular, si esta gloriosa y triunfante defensora de la inmundicia de la conciencia humana, pondrá á los pies del poder amigo lo que durante tres siglos negó heroicamente al poder airado; si la moral y el derecho se han de confundir aun por mas tiempo; si la Iglesia y el Estado han de vivir todavía en su antigua tiránica confusión. Y hé aquí que no bien obtenida la libertad por el edicto de Milan, empéñase la Iglesia en una lucha singularmente dolorosa con sus mismos protectores, sorda y profunda al principio, viva y elocuente después, llena siempre de rasgos valerosos y brillantes hasta obligar á reconocer su existencia como entidad perfecta y soberana, á aquel Estado monstruoso que en su desoladora carrera había devorado las franquicias todas del universo.

Tal fué este gran siglo, el mas glorioso, si no el mas fácil de cuantos haya atravesado la Iglesia. Sus últimos años fueron también los que presenciaron los postreros incidentes de esta última y gloriosísima empresa de la Iglesia en favor de la libertad, que suspendida un instante desde la publicación del Edicto de Milan, hasta algunos años después del concilio de Nicea, merced á la primitiva prudencia de Constantino, latente ya en las protestas de San Atanasio al sufrir la primera persecución viva y ardiente bajo el reinado de Constancio, encarnizada, casi feroz en tiempo de Valente, no se decidió sino en los días del gran Teodosio, aquel señor del mundo, que habiendo aniquilado á la triste Thesalónica por un acto de su omnipotente voluntad, retrocedió humillado, contrito, duramente castigado ante las severas palabras de San Ambrosio. Y entonces fué cuando pudo observarse, cuanto había caminado el mundo en un siglo. En tiempo de Diocleciano, los cristianos, entregados á la venganza de las furias infernales, y fuera de la ley humana, reclamados á la vez por las fieras de los circoes y los sicarios de los Presidentes, pudieron dudar del porvenir del derecho en la tierra. Cien años después, un arzobispo fragelaba públicamente á un emperador, y la sede de San Ambrosio, de este hijo de los antiguos proscripitos, representaba la primera autoridad moral, el tribunal del universo.

OCTAVIO MARTICORENA.

RECUERDOS DE CÓRDOBA.

En el corazón de Andalucía, al pie de Sierra Morena, y á las orillas del caudaloso Guadalquivir, se asienta una ciudad famosa, rica en bellezas y recuerdos; la *colonia patricia* de los romanos; la corte del califato occidental; la población mas floreciente de toda Europa en el apogeo de la dominación sarracena. La hermosura de su cielo y de su suelo, ha inspirado siempre grandes ingenios, siendo la patria de Séneca, Lucano, Osio, San Eulogio, Alvaro, Samson, Recemundo, Aberroes, Mainiódides, Juan de Mena, Ambrosio de Morales, Pablo de Céspedes, Don Luis de Góngora y otros mil Santos, héroes, sábios, poetas y artistas. Esta ciudad es Córdoba.

Hubo para ella una época de grande esplendor y prosperidad bajo la poderosa dinastía de los Humeyas, y reinando en ella Abderraman III el Grande. La antigua princesa de la Bética romana, convertida entonces en la Saltana sin rival del Occidente, retrataba en los cristales del Guadalquivir las azoteas de sus ciento setenta mil casas y numerosos alcázares, las cúpulas y alminares con bolas de oro; de sus tres mil ochocientas mezquitas y las altas almenas de sus torreados muros de catorce millas de circuito. Entre el frondosísimo y florido follaje de sus deliciosas riberas y campiñas, sembradas de huertas, olivares y jardines, ostentaban su deslumbrante blancura las casas de sus veintiocho arrabales, sus tres mil alquerías y sus cuatro mil trescientos axarifes (1). De sus nueve puertas principales que miraban á las ciudades mas considerables de la España sarracena y cristiana, salían los numerosos y ordenados escuadrones de á pie y de á caballo, árabes y bereberes que marchaban á derramar el terror en las comarcas mas remotas de España y Africa, y por ellas tornaban á entrar, enarbolados los pendones del falso Profeta, con los trofeos y pompa del triunfo. Sus muros y almenas, guarnecidos noche y dia por innumerables velas y guardas, veíanse con frecuente y sangriento espectáculo coronados con millares de cabezas de cristianos, segadas, como abundante cosecha, por la hoz de la guerra exterminadora en los campos de batalla y en la conquista de los castillos. A ella acudían las demás ciudades y provincias de la España árabe, depositando anualmente á sus régias plantas, como pecho y tributo, la enorme suma de mas de seis millones de doblas de oro, sin contar las ricas párias que pagaban al Califá otros señores y estados feudatarios de aquende y de allende el mar. A su aljama ó mezquita mayor, rival en magnificencia de la Caba de la Meca, llegaban peregrinos sin cuento de Oriente y Occidente; y sus *madricas* ó academias eran frecuentadas por los talbes y ulemas de todo el mundo sarraceno, que acudían allí á buscar la luz del

(1) Cortijos, haciendas de campo.

saber, apagada al parecer en el resto del orbe. Y no es extraño, por cierto, el que todo el muslim ansiase ver la ciudad, que según cierto poeta árabe andaluz, encerraba cuatro maravillas: su soberbio puente sobre el Guadalquivir, su aljama, su universidad, y sus prodigiosos alcázares de Medina Azzahra.

Así discurría yo, dirigiéndome á Córdoba, movido de su fama, cuando de improviso la realidad vino á sacarme de mis imaginaciones. Penetré en la ciudad, la recorri en todas direcciones, visité su interior y sus afueras, y el desencanto se apoderó de mí. Su situación, en verdad, me pareció magnífica. Una pintoresca sierra la corona, sírvela de alfombra una amealá es inmensa campiña surcada por un gran río. Pero ¿dónde está la ciudad de los poetas é historiadores árabes? ¿dónde sus soberbios alcázares, sus innumerables mezquitas, sus veintiocho arrabales, su medio millón de habitantes, en una palabra, toda su antigua grandeza?

Increible y fabuloso parece á primera vista todo lo que nos cuentan de esta ciudad los autores árabes: ni aun espacio y asiento se encuentra para tantos edificios, para tan grande poblacion. Pasó el arado sobre los escombros de los antiguos monumentos, y son huertas y tierras de labor los que antes fueron suntuosos palacios y mágicos jardines. Todo pasó allí. Mas no: hay cosas que pasan destumbrando los ojos humanos, y sin embargo, pasan para no volver jamás. Así pasaron las maravillas del arte y ciencia de los musulmanes, como el pueblo y la civilización que los produjo. Otras hay menos deletzables que solo se ven con los ojos del alma, y que el islamismo no puede producir: estas subsisten y subsistirán para siempre.

La Córdoba de los árabes encerraba en su recinto dos pueblos y civilizaciones muy distintos y contrarios entre sí: el musulmán y el cristiano. El pueblo musulmán, poderoso, magnífico y sensual, dado á los gozes de los sentidos, al lujo y al perfeccionamiento material, creó moradas de placer, alcázares y verjeles y otras delicias, creó mezquitas para un culto puramente externo, abrió aulas para millares de estudiantes que cursaban allí la teología y el derecho musulmán, las tradiciones mahometanas, la gramática, la historia y la medicina; produjo, en fin, una ciencia sin originalidad, progreso ni porvenir, una civilización refinada y corruptora, digna rival de la que realizaron en los últimos tiempos del paganismo Roma y Grecia. Pero ni supo formar la familia, ni supo desterrar la esclavitud y la tiranía, ni acertó á cultivar y mejorar la parte moral del hombre, ni pudo, en fin, crear nada sólido, fecundo y durable, nada acomodado á nuestros futuros é inmortales destinos.

Por el contrario, el pueblo cristiano, conocido con el nombre de *mozárabe*, vivía pobre, perseguido y humillado. El despotismo musulmán le habia despojado poco á poco de sus primitivos fueros, derechos y propiedades, le habia convertido en objeto y espectáculo de suplicio y de afrenta para el populacho infiel. Pero desheredados en la tierra, los mozárabes se volvian hácia el cielo. A costa de su sudor y sangre, mantenian el culto católico en numerosos templos y santuarios, profesaban la vida ascética y penitente en muchos monasterios, conservaban florecientes los buenos estudios eclesiásticos y seculares en las aulas de sus conventos, no menos célebres y concurridas que las madricas árabes; daban á sus contrarios el ejemplo de todas las virtudes; y finalmente, cuando la opresion sarracénica atacaba á su fé, y los obligaba á elegir entre la muerte y la apostasia, ellos acudian á la palestra del martirio, prodigando heroicamente su generosa sangre para honor de Jesucristo y bien de sus hermanos.

Por eso la civilización musulmana, obra de los hombres y destinada á un fin puramente terrenal, pasó brillante para no volver, dejando en pos de sí algunos restos para trofeo de sus vencedores; y por eso la civilización cristiana, obra de Dios, ahogada y muerta al parecer en aquellos tiempos calamitosos, renació con mayor fuerza, y hoy vive y vivirá eternamente.

No lamentamos, pues, la actual decadencia de Córdoba, ni recordemos con elogio la prosperidad y el poderio del califato de Occidente, ni ensalcemos la cultura, sabiduría é ilustracion de nuestros árabes, motejando de bárbarie y fanatismo á los españoles cristianos. Así lo ha querido algun tiempo la moda; pero el estudio razonado de esta parte de nuestra historia, no nos permite sostener por mas tiempo un juicio tan injusto.

Esos españoles cristianos de la Edad media, tan ultrajados por los escritores racionalistas, fueron los maestros y civilizadores del pueblo árabe en todo aquello que no se relaciona con las creencias mahometanas. De aquellos cristianos tenidos por rudos é ignorantes, aprendieron los árabes y bereberes, verdaderamente bárbaros, que invadieron nuestro suelo, la agricultura, la arquitectura, la historia, la filosofía, y en una palabra, casi todas las ciencias y artes útiles. Al ingerto de la raza y de la ciencia cristiana debe la literatura de los árabes españoles, toda su riqueza, toda su excelencia. A la raza indígena, aunque ya islamizados, pertenecen los grandes historiadores de la escuela cordobesa, y casi todos los mas insignes ingenios que ha producido la España árabe. Pero á pesar de tan buenos maestros, el islamismo opuso una barrera impenetrable al progreso de la cultura árabe, y falta de buenos fundamentos religiosos, la sociedad musulmana, civilizada exteriormente, volvió presto á su primitiva bárbarie.

¿Qué subsiste ya de la decantada civilización arábigo-cordobesa? Entremos en la antigua aljama. Admira desde luego lo inmenso de su recinto, el primor de su arquitectura oriental, la espesa selva de columnas de mármol y de jaspe, ordenadas en diez y nueve naves, la suntuosidad de algunas capillas árabes, como las del Mihrab y Villaviciosa, de peregrina ornamentacion: ¡Cuán varios han sido los destinos de este lugar! Antes de la invasion

sarracena hubo aquí una catedral dedicada al ilustre mártir San Vicente; tomáronla para sí los Moros, engrandeciéronla repetidas veces, apoyando su techo en 1.093 columnas, ornamentándola riquisimamente, y alumbrándola durante las salaes nocturnas con 4.700 lámparas, que producirian la mas vistosa iluminacion, reflejándose en los ricos mármoles y esmaltes, y en sus puertas de bronce y de oro. En su recinto penetraron esforzadamente durante el siglo IX, los santos monges Rogelio y Servio Deo, pregando las maldades de Mahoma, y amonestando á los musulmanes para que abandonasen su ley de perdicion: arrojó heroico que les valió la palma del martirio. A fines del siglo X, el terrible Almanzor trajo en hombros de cautivos cristianos, y colgó de estas bóvedas, á modo de lámparas, las campanas de la catedral de Santiago.

A mitad del siglo XII, el emperador Don Alfonso el VII, entrando vencedor en Córdoba, se metió con su caballo bajo las bóvedas de esta mezquita, atándole á una de las columnas del recinto reservado de la *maesura*, y hollando con sus piés un antiquísimo Alcorán, que allí se guardaba con veneracion. Restituyóla, finalmente, al culto católico, purificándola de las abominaciones de Mahoma, y dedicándola á la Reina de los cielos, el glorioso Rey San Fernando (año 1238). Entonces las campanas traídas por Almanzor fueron restituidas en hombros de cautivos musulmanes á la catedral de Santiago: que tan ciertos é inevitables son, por mucho que se dilatan, los agravios y reparaciones de la Providencia.

Hoy solo queda de la gran aljama de Occidente un laberinto de arcos y columnas que disgusta por su estrechez y oscuridad, y algunos bellos trozos ornamentales, que á pesar de su gentileza quedan humillados ante la riqueza y magestad de la parte nueva de la capilla mayor y el coro, que son magníficos.

Y, ¿dónde está el grandioso alcázar de los califas? ¿Dónde sus ricos y brillantes salones, sus fuentes, sus jardines, su harem, sus fastuosos cortesanos y lucida guardia de blancos y negros? ¿Dónde la pompa y tumulto de sus recepciones y fiestas? Hoy no quedan de él sino restos informes y una huerta que conserva su nombre. En cambio, se muestra con veneracion la vasta llanura que se extendia desde el antiguo alcázar hasta el río, hoy llamada *Campo Santo* en memoria de los numerosos mártires que allí sacrificó la tiranía musulmana. Aquel fué el glorioso palenque donde lucharon heroicamente contra la impiedad mahometana, ciñéndose la corona de la inmortalidad, San Perfecto, San Aurelio, San Jorge, San Jerónimo, San Eulogio, San Pelayo, Santa Flora, Santa Maria, Santa Leocricia, Santa Aurea y otros innumerables campeones cristianos de ambos sexos. Allí dieron grato espectáculo á los ojos de los feroces sultanes y aliento invencible á la perseguida cristiandad cordobesa. Allí muriendo triunfaron de sus enemigos, y su memoria vive inmortal, no solo en el campo regado por su sangre, sino en toda la Iglesia cristiana.

En las amenas orillas de este río, en las vistosas laderas de esa sierra buscaba en vano mi vista los restos de aquellos gallardos y célebres alcázares de *Medina Azzahra*, *Azzahira*, el *Bostan*, la *Ameria* y otros sin fin, donde los reyes y magnates de aquel pueblo magnífico y sensual habian procurado erigir moradas eternas para la dicha y el placer. Entonces, insultados por el lujo é insolencia de sus enemigos los cristianos mozárabes de Córdoba, huían á esconderse en lo mas ágrío é intrincado de aquella sierra, en las asperezas de Peñamelaria, Armilat y Tábanos. Hoy nada queda de los arruinados alcázares arábigos, sino es algunos quebrantados restos, que se descubren trabajosamente debajo de la maleza; pero ahora, como en aquellos siglos remotos, muchos piadosos solitarios viven en las ermitas de esa sierra, sustentándose pobremente con el sudor de sus manos; y apartados del mundo, elevan sus corazones á Dios.

Para el que visite á Córdoba no puede pasar desapercibido el contraste que ofrecen los recuerdos históricos de cristianos y musulmanes, ni ocultarse la vanidad de una civilización y un poder, que despues de algunos dias de pasajero esplendor y gloria acabó tan completamente. Los pomposos anales de los Umeyyas están completamente olvidados en la Córdoba moderna, y sus monumentos destruidos, mientras que los templos de Cristo derribados por aquellos sultanes, ocupan hoy el asiento de las antiguas mezquitas, y en sus altares reciben la debida veneracion las gloriosas victimas de las persecuciones sarracénicas.

F. J. SIMONET.

DE LAS MAREAS DEL OCEANO.

CAUSAS ASTRONÓMICAS DE LOS MOVIMIENTOS DEL FLUJO Y REFLUJO DE LOS MARES.

En el siglo XIII, tratándose en España de la astronomía, se escribió con la simplicidad y correccion de la primitiva y veneranda lengua castellana, que el estudio del firmamento de los cielos era uno de los mas nobles saberes de la mente de los hombres antiguos y modernos, relativamente á la referida edad. Con mucha posterioridad D'Alembert amplificaba á mediados del siglo XVIII aquel concepto escrito por D. Alfonso el Sabio, diciendo: que si la astronomía teórica y de observacion era una de las ciencias que mas nobleza habian dado á la inteligencia de los hombres, la astronomía física, por su origen moderno, era sin duda la que mas honor habia proporcionado á las ciencias filosóficas de la actualidad. Tales fueron las palabras con las cuales aquel sabio francés amplificó uno de los conceptos que se halla escrito en la astronomía cas-

tellana ildefonsina, al comenzar D'Alembert la descripción de su sistema del mundo, dando á conocer las grandes y difíciles cuestiones resueltas y estudiadas por la astronomía física de su tiempo.

Entre estas cuestiones, Newton, Maclaurin, Bernoulli, el padre Cavallieri, Eulero, Laplace y otros, consideraron como una de las mas importantes y mas dignas de estudiarse la de las mareas del Océano, ó sean los movimientos que se presentan periódicamente en las aguas de los mares, creciendo estas en la apariencia, ó elevándose é inundando las costas durante un periodo de seis horas próximamente, para bajarse las aguas por otro espacio de seis horas, volviendo á elevarse y descender conforme los periodos de seis en seis horas pasan, y los dias, los meses y los años trascurren, cuyos movimientos la generalidad de las personas los conoce bajo el nombre de mareas, y tambien con el de flujo y reflujo de los mares.

El estudio de las leyes á que están sujetos los movimientos periódicos de los mares, ha dado, pues, origen cuando le verificaron los matemáticos y astrónomos anteriormente citados, á importantes trabajos de astronomía física, que se conservan en los anales de las ciencias; pero tambien con anterioridad al gran Newton se habia intentado dar la explicacion de las mareas, como fenómeno que interesaba en sumo grado á los navegantes y á los pueblos de las costas. Estas explicaciones antiguas tienen todavia hoy una cierta importancia, pues son en las que cree la generalidad de las personas que, no poseyendo los conocimientos de las ciencias matemáticas necesarios, admite y conserva en su memoria aquellas explicaciones, como expresiones de la verdad fundada en los numerosos hechos observados secularmente en los movimientos de los mares.

El cordobés Seneca, Albumazar de Sevilla, Aberroes de Córdoba trataron del flujo y reflujo del mar; el primero y mas antiguo señalando el hecho como uno de los mas admirables que presentaban las aguas del Océano (Seneca, de las cosas naturales, lib. 3.º); los dos últimos, en la Edad media, haciendo depender la elevacion y bajada de las aguas del mar, tales como se observaban en las costas de la Peninsula ibérica, de la accion y curso de la luna, diciendo «aquellos físicos árabes,» que las vueltas que daba el astro referido en derredor de la tierra de Oriente á Occidente y la luz que le comunicaba el sol, eran, aquel movimiento y esta luz las dos causas del flujo y reflujo del mar. (Albumazar, introduccion magna á la astronomía, lib. 2.º; Aberroes de los meteoros, lib. 2.º).

Esta explicacion antigua de las mareas sostenida por los dos astrónomos árabes andaluces que arriba se citan, como se vé tiene dos partes; con la primera, que se refiere á la influencia del curso de la luna en la produccion de las mareas, estuvieron conformes las ciencias españolas en los siglos XV y siguientes; y hoy lo están las de toda Europa que continúan repitiendo, si bien modificadas las palabras que escribieron sobre las mareas lunares el maestro Pedro Medina de Sevilla, Nájera, Cortés, Ferrer Maldonado, Chaves, Jiraba de Tarragona, el valenciano Pedro de Siria y otros al tratar de este asunto en sus regimientos, artes y libros de la navegacion española.

La explicacion de la influencia del curso de la luna en las dos subidas y dos bajadas de las aguas del mar en cada periodo de veinticuatro horas próximamente, tales como se tienen observadas en las costas de España, la hemos hallado tan sencilla en los libros antiguos castellanos, que no podemos menos de transcribir aquí aquella explicacion, como la dejó el licenciado Murcia de la Llana, que decia al tratar del mar y sus movimientos: «Vése en las mareas por continua experiencia que como la vuelta que la luna da cada dia se divide en cuatro partes, así tambien son cuatro las entradas y salidas del mar.

»Lo primero, la luna sale en el Oriente y sube hasta la meadad del cielo, et entonces sale el mar de sí, et se entra por la tierra, durando en esto casi las seis horas que tarda la luna en subir desde el Oriente hasta la meadad del cielo. (Subida de la marea.)

»Lo segundo, baja la luna desde medio cielo hasta el Poniente en casi otras seis horas, et estas mismas se veen, que el mar se torna á retirar y se vuelve hácia dentro de sí mismo. (Bajada ó reflujo del mar.)

»Lo tercero, la luna desde el Poniente torna á subir hasta la otra meadad del cielo del lado oposito de la tierra, gastando en esto otras seis horas, et en estas mismas torna el mar á inchar et venirse hácia la tierra. (Segunda subida de la marea.)

»Lo quarto, la luna en otras seis horas baja del medio cielo del lado oposito hasta el Oriente nuestro, et en las mismas horas torna á bajar el mar y recogerse dentro de sí mismo; resultando que todos estos movimientos (las mareas), segun lo demuestra la experiencia se encuentran tan claramente concertados con el de la luna, que es inquestionable el dominio que aquel astro tiene sobre el mar.»

Con estas palabras se halla descrita en las obras castellanas la periodicidad diaria del fenómeno de las mareas; pero Albumazar y Aberroes, y con ellos la generalidad de los que por necesidad ó gusto se dedicaron al estudio de las ciencias antes y mucho tiempo despues de aquellos, no se contentaron con el conocimiento de las relaciones observadas entre el camino que sigue en los cielos, el que se llamaba en castellano antiguo, el luminar de la noche (la luna) y los movimientos del mar; desearon mas, buscando, fundándose en la observacion de las mareas, las relaciones que existen entre las principales fases de la luna (sizigias y cuartos) y la altura periódicamente variable de los mares. Tambien este conocimiento de las referidas relaciones mensuales es muy antiguo, y por lo tanto se le halla vulgarizado entre todas las gentes que viven en las marinas donde las aguas con sus subidas ó grandes mareas de las sizigias (novilunio y plenilunio, aguas vivas) inundaron muchas veces grandes extensiones de las tierras bajas de las costas, favoreciendo en unos

lugares al comercio y extracción de la sal de las lagunas antiguas, que periódica y mensualmente recibían nuevo caudal de aguas salobres, perjudicando en otros a la agricultura y cultivo de ciertos lugares inmediatos al mar; haciendo en ocasiones retroceder extraordinariamente las aguas de los ríos con perjuicios incalculables ó beneficios recíprocos para la navegación fluvial, obras civiles, diques, estacadas y riegos de los ríos cerca de los lugares por donde desembocan sus aguas en el mar.

Conocidos que fueron los periodos diarios y mensuales de las mareas y mientras las gentes ó la generalidad á falta de libros, escribía para conservar en los anales de su memoria los beneficios y los daños periódicos mensuales de las grandes y bajas mareas, relacionándolas con cuatro de las fases de la luna, los astrónomos y los navegantes estudiaron cuidadosamente en diferentes siglos los lugares de los luminarios del día (el sol) y de la noche (la luna), conforme estos se hallaban mas ó menos apartados de los puntos y lugares en que, encontrándose el sol según las apariencias, eran iguales en realidad las noches con los días. Aquellos lugares para los antiguos astrónomos constituían en el cielo y recíprocamente en la tierra la que llamaron *línea equinocial*; pero para la generalidad de las personas extrañas á los conocimientos astronómicos que observaban los mares en las costas españolas, la referida línea astronómica la han considerado mas bien como ciertos días del año que como línea, llamándoles días de los equinocios. Pero simultáneamente en aquellos tiempos en que la luz del día y las tinieblas de la noche duraban por igual, las mareas se había notado que eran de las mayores de todo el año; el vulgo y los astrónomos de todos los tiempos, que ya conocían los periodos diarios y mensuales de los movimientos de los mares, anotaron la existencia del periodo anual de las mareas llamadas equinociales, notables por el exceso de las aguas que acudían á las costas, pretendiendo, al parecer, inundar la tierra con su máxima cantidad y fuerza.

Estos conocimientos muy antiguos de las tres periodicidades en los movimientos del flujo y reflujo del mar durante el año, el mes y el día, es evidente que fueron de utilidad inmediata para los hombres. El camino que siguió la inteligencia para saber que aquellos periodos existían en las mareas, nada es mas fácil de averiguar, recordando la influencia que han debido tener para el estudio de aquellas: 1.ª la sorpresa y la curiosidad provocadas por la bravura y la violencia de las fuerzas, y hasta por el espantoso ruido de las olas mugientes y encontradas de los mares al elevarse y chocar contra otras aguas y contra las peñas, ó bien al inundar, arrastrar y traer trasportados de lejos los restos orgánicos y las arenas inertes del fondo de los mares; y 2.ª la necesidad de las observaciones dirigidas por el natural deseo de predecir, si fuese posible, con tiempo y oportunidad los males y los beneficios de las mareas: buscando en los astros, y entre ellos en los mas inmediatos á la tierra, medios, reglas, indicaciones, para anunciar la llegada y los momentos de las mayores y de las mas bajas alturas periódicas del mar.

Los astrónomos y la generalidad de los pueblos marineros, movidos por la curiosidad y la necesidad referidas, marcharon unidos en el estudio de las mareas hasta el lugar últimamente indicado, sobre las tres periodicidades observadas en los movimientos de los mares; pero los primeros desearon tambien desde muy antiguo penetrar mas en sus estudios sobre aquella cuestion, buscando en un principio las esencias, y despues pretendiendo estudiar las leyes de las causas físicas, mecánicas y astronómicas del flujo y reflujo del mar. En el supuesto de que la posición de la luna y del sol en un lugar ó en ciertos lugares aparentes del espacio con relación á la superficie de la tierra, no podía considerarse, según los antiguos filósofos, mas que como un accidente, suficiente tan solo para producir el mas, el menos y el momento de las mareas, pero insuficiente para explicar la elevación y bajada de las aguas con independencia del mas ó del menos en dos días diferentes, y en los meses diversos de los años.

De las causas físicas y naturales de las mareas, uno de los que primero se ocuparon fué Aristóteles; pero este filósofo, según dice San Justino mártir y San Gregorio Nacianceno, (oracion primera contra Juliano), trabajó tanto y con tan poca fortuna, para explicarse los movimientos del flujo y reflujo del mar, que enfermó de tristeza en vista de la inutilidad de sus esfuerzos, y como consecuencia de aquella, murió.

San Agustín tambien se ocupó del estudio de las mareas, (de los hechos admirables de las Sagradas Escrituras, libro I, capítulo VI), y con este motivo dijo: «que quien pretendiese saber enteramente lo que hay de mas oculto en las mareas, que son sus causas, debe librar el cumplimiento de sus deseos para el cielo, que por acá en la tierra mas es lo que se ignora que lo que se sabe.»

Muchos químicos antiguos, (los alquimistas), que creyeron en la posibilidad de hacer oro y en buscar los medios de prolongar la vida, hallaron en los movimientos del flujo y reflujo de los mares, enlazados con las fases y movimientos de la luna, un hecho para sostener su opinion de ser este astro el embudo y filtro, (así llamaron los alquimistas á la luna) por donde pasaban y se esparcían en la superficie de la tierra cubierta ó no por los mares, las fuerzas, cualidades y todas las acciones ó actividades de los planetas y de todas las estrellas. Aquel flujo y reflujo, según los alquimistas, era, pues, un efecto, y su causa residía en la luna como lugar donde primero concurrían, y despues de reunidas actuaban en las aguas de los mares todas las influencias de los cielos.

Albumazar, Aberroes, que se citan anteriormente, y con ellos la generalidad de los astrólogos y astrónomos, cosmógrafos y marinos españoles que les siguieron, han sostenido, hasta casi principios del siglo pasado, la opi-

nion de que si las fases de la luna y sus movimientos con los del sol eran las causas mas principales de las periodicidades observadas en los movimientos de los mares, la causa real no de dichas periodicidades, sino de la hinchazón ó elevación del nivel de las aguas en el Océano, tan perceptible cerca de las costas, consistía en la luz que el sol comunicaba á la luna. Luminosidad que por el hecho de reflejarse en el satélite de la tierra, si bien se conservaba con todas las condiciones de la luz, esta adquiría al reflejarse en la luna ciertas cualidades ó fuerzas ocultas entre las cuales se contaba una suficiente por su energía, para hacer que oscilasen siempre y temblasen periódicamente las aguas del mar.

Los restos de estas opiniones de las ciencias antiguas sobre las mareas, todavía los conserva la tradición en la mente de muchos de los rudos y atrevidos marineros de las costas cantábricas, cuando desde la costa guardan, vigilan y observan la movilidad de las barras peligrosas de los ríos de aquella localidad, y la agitación, fuerza, resacas y reveses de las olas, cuando suben ó bajan las mareas que les hace decir, con la simplicidad de la inteligencia, cuando solo posee algunos de los restos que nos quedan del inmenso monton de ruinas de las ciencias antiguas: *las aguas de los mares nunca paran, porque si se parasen, se pudrirían*. A las mismas opiniones pertenecen los dichos poéticos y uneridionales de los pescadores de las costas de Huelva y Sevilla, al hablar de la luna se hace, en su relación con la notable *coz* que ellos creen ó dicen reciben del mar y de la luna, las ondas tranquilas del Guadiana y Guadalquivir, con lo cual las aguas dulces de dichos ríos, son enviadas hácia atrás por espacio de veinte leguas. A estos restos de la ciencia pasada, corresponde tambien aquel dicho que se conserva tradicionalmente en la memoria de los hijos de aquellos atrevidos marinos castellanos que, acompañando al primer almirante español del Océano, entendieron que Cristóbal Colon escribía en el diario ó cuaderno de bitácora de su tercer navegación, en vista que en alta mar, entre trópicos, las mareas no se percibían, y se habían convertido en corrientes que *las aguas en aquellos mares se movían arrastradas por los cielos*.

Muchos otros dichos castellanos, hoy vulgares y ayer todavía científicos, podríamos citar referentes al conocimiento de las mareas en los mares de las costas de España y América; pero dejando á un lado esta ligera digresión, que si se prolongase nos apartaría de nuestro objeto, continuaremos con las dos explicaciones que nos faltan dar del fenómeno de los movimientos del mar.

La propiedad, la influencia ó la fuerza oculta y desconocida con que la luz, reflejada por la luna, actuaba en las aguas de los mares que se elevaban y bajaban constituyendo las mareas lunares, según la opinion de los astrólogos y astrónomos antiguos, al principiarse la época, llamada en la historia de las ciencias, de la reforma filosófica, se interpretó de dos maneras. Aquella luz, capaz y suficiente para conmovier y elevar las aguas de los mares, se entendió, ó debieron entenderla algunos en sentido figurado; pues se puede asegurar, con mucho fundamento, que con dicha luz los astrónomos antiguos habían querido expresar la presencia del luminar de la noche, aproximándose en la apariencia y ocupando diferentes lugares, respecto del punto en que se observaban las mareas, quedando en este supuesto, que nosotros creemos fundado y racional, un vacío para la explicación de la verdadera causa dinámica de las mareas.

Para hallar esta causa y poderla medir considerada como una fuerza, Descartes rodeó ó envolvió á la luna en la materia luminosa de propiedades ocultas de los astrólogos y astrónomos antiguos, constituyendo el torbellino de materia etérea que era propio de la luna. Este inmenso piélagó de la materia etérea cartesiana, según su autor, llegaba y tocaba en la superficie de los mares de la tierra. Con este torbellino, y la presión variable que la luna con sus posiciones, ejercía por su intermedio sobre las aguas de los Océanos, creyó Descartes y su escuela haber hallado la verdadera causa de las mareas.

A la interpretación que dió Descartes á la opinion astronómica, de las propiedades ocultas de la luz de la luna, consideradas como causas del flujo y reflujo del mar, se siguió la opinion de Keplero, á quien por ella, entre otras, se le contempla como uno de los fundadores de la astronomía física, y de la filosofía natural de la actualidad.

Los torbellinos hipotéticos de Descartes no pasaron de ser, para explicar las mareas según Keplero, un bello supuesto lleno de la bizarría y del atrevimiento de su autor; mientras que las opiniones mas antiguas referentes á las cualidades ocultas de la luz de los astros, con las cuales actuaban los unos sobre los otros á grandes distancias, no le satisfacían por lo indeterminadas y vagas. Keplero creyó que en su caso era necesario dar á aquellas ideas, que habían dejado escritas en sus libros, ó conservado los astrólogos y astrónomos árabes y castellanos antiguos, una forma concreta, precisa, y que si debía servir de base incontrastable de la astronomía física, se pudieran fundar en ella todos los fenómenos observados hasta la época de Keplero y los futuros, en las estrellas tanto fijas como movilizadas, nombre que, con suma propiedad de lenguaje, se dió en castellano por muchos siglos á los planetas.

Keplero, refiriéndose á las mareas del Océano, reconoció como principio de su escuela, que la verdadera esencia de las causas de la naturaleza, según la opinion que anteriormente hemos citado de San Agustín, quedaria eternamente desconocida; pero que esta imposibilidad de conocimiento no era un obstáculo, apartándose de aquel extremo imposible, para dar una idea clara y sencilla de alguna de aquellas causas, las cuales, si se acertaban á definir con exactitud, estarían tan apartadas del conocimiento imposible de las esencias, como del extremo opuesto, ó sea aquel en que voluntariamente y sin trabajo

alguno se había colocado la inteligencia de los que sostenían que tal ó cual fenómeno de la naturaleza física, era producido por agentes ocultos y desconocidos.

El principio que el gran Keplero estableció para servir de lazo á todas las explicaciones de los fenómenos astronómicos, en que la antigüedad observadora creía haber reconocido la influencia que ejercían los astros los unos sobre los otros. A la luz de propiedades ocultas de Albumazar y Aberroes, con la cual se explicaron los movimientos de los mares, las dió el sabio astrónomo citado una forma concreta, definiéndola por uno de sus efectos dinámicos al decir: «Todos los cuerpos celestes están dotados ó poseen desde el día primero de su creación una tendencia mútua á aproximarse los unos á los otros.»

Establecido este principio de Keplero como base fundamental de la astronomía moderna, la cual poco tiempo despues del descubrimiento de dicho enunciado, le cambió por abreviar con la sola palabra de *gravitacion y atraccion universal*; el flujo y reflujo del mar se han explicado fácilmente, según un raciocinio muy sencillo, fundado en las siguientes premisas:

1.ª Existiendo una tendencia mútua á aproximarse la luna y la tierra, en estos dos astros, se podría producir un movimiento de traslación que acortaría ó disminuiría la distancia que los separa, si obedeciesen á las referidas tendencias ó fuerzas naturales.

2.ª Estas actuarán con mas energía, supongamos la de la luna sobre un punto de la tierra, cuando el luminar de la noche en lugar de obrar oblicuamente lo haga mas directamente desde la mitad del cielo ó en el meridiano de aquel punto en que se pretenden observar y explicar los efectos de la atraccion lunar desde la superficie de la tierra.

3.ª La fuerza atractiva que ejercen los astros unos sobre otros, se disminuye conforme son mayores las distancias que median entre ellos y entre las diferentes partes que pueden considerarse los componen. Esta tercera premisa la conoció y estableció Keplero para explicar, entre otros, los fenómenos numerosos observados desde muy antiguo, referentes á las influencias mucho mas señaladas de la luna, que se decía ocupaba el cielo primero ó mas próximo á la tierra respecto del sol Júpiter, Saturno y las estrellas que al remontarse ocupaban cielos y esferas mas y mas distantes de la tierra. Esta tercera premisa astronómica de Keplero, la modificó Newton que señaló el cuanto se disminuía en todo el Universo la atraccion de los astros, conforme se aumentaban las distancias.

De las premisas referidas, Keplero para explicar las mareas dedujo una consecuencia y fué, la de que la tendencia que tenía la luna y la tierra á unirse, y la atraccion que la primera ejercía sobre la segunda, cuando se hallaba en el meridiano de un lugar de nuestro globo cubierto ó no por las aguas de los mares, se debía ejercer con un grado de energía sobre aquel punto referido. En el mismo instante con otro grado menor de energía en el centro de tierra, suponiéndole por un momento con independencia, y con menor energia aun en los lugares de la tierra opuestos diametralmente á los primeros puntos, en los dos últimos porque las distancias á la luna se habían aumentado.

Una vez que llegó Keplero á esta consecuencia para explicar las mareas, la mente de aquel, á nuestro juicio y es muy probable, debió volver en pasiva el famoso axioma de Descartes *del yo soy luego existo*: considerando como el criterio de la verdad y de la evidencia en la buena filosofía diciendo: si la tendencia á aproximarse la tierra á la luna existe, deberá ser, y si es, puede y debe sentirse y percibirse de un modo ostensible en la tierra.

En este supuesto del trabajo intelectual y final de Keplero, este abordó la explicación de los movimientos periódicos de los mares, considerándolos como Bacon y la escuela filosófica actual lo han hecho, de la clase de los efectos necesarios en la naturaleza, discurrendo ó raciocinando del modo siguiente:

Si la tierra fuese perfectamente sólida toda ella, la tendencia que posee para aproximarse á la luna sería, aunque real, imperceptible en la superficie de nuestro globo: pero si este en lugar de ser todo el sólido estuviese formado por una esfera sólida cubierta é inundada su superficie por una capa de un líquido como el mercurio (azogue), ó por grandes masas estratificadas de agua que cubriesen los dos tercios de la tierra, y una atmósfera tambien estratificada de gases como los del aire que la envolviere por todas partes, en estos dos últimos casos, que no son supuestos, sino la realidad de lo existente, tendríamos:

1.ª Que en la superficie seca y sólida de nuestro globo, podría no notarse ó observarse fenómeno alguno de elevación, debido á la atraccion lunar.

2.ª Si la indicación anterior es cierta, tambien lo será, que en las partes de la superficie de la tierra cubiertas é inundadas por las aguas, y en la atmósfera, atendiendo á la movilidad que tienen los cuerpos líquidos y gaseosos, es donde deberán percibirse las señales de la tendencia natural en la tierra para aproximarse á la luna.

Estas señales podrán ser infinitamente pequeñas por sus resultados de elevación con relación á todo el globo terrestre; pero sin embargo, pueden percibirse en los mares; resultando en definitiva explicado el flujo y pleamar según Keplero, que le consideró como un efecto ostensible de la tendencia á aproximarse la tierra á la luna (la atraccion lunar) que elevaba ó entumecía sobre su nivel las aguas obedientes hasta cierto grado de los mares, y cuya elevación llegaba á su máxima altura ó aproximación á la luna separándose del centro de la tierra, cuando el luminar de la noche actuaba desde el meridiano; porque entonces era cuando su energía atractiva era mayor en los puntos directantes debajo de aquella línea del medio cielo. Disminuyéndose y bajando el nivel de los mares

en otra cierta cantidad (los reflujos) conforme la actividad lunar actuaba mas y mas oblicuamente al apartarse de la referida línea del medio cielo de un lugar para ocupar la de otros puntos diferentes.

Tal fué la explicacion que, combinada con la atraccion solar, nos legó Keplero de las mareas; actualmente es la que se sigue concluyendo aquel astrónomo por sentar el hecho evidente en vista de la realidad del flujo y reflujo del mar, y de los principios de su teoría astronómica, que la luna y el sol con su acción atractiva sobre la tierra hacían cambiar, aunque infinitamente poco, la figura de la última; puesto que la superficie de los mares en ella, estaban constantemente verificando oscilaciones por la elevacion y depresion de su nivel.

Conocida y enunciada por Keplero la causa real y verdadera de las mareas, faltaba en esta cuestion de astronomía física, segun dijo Bernoulli á mediados del siglo pasado, manejar y desenvolver el sistema de aquel sábio astrónomo sobre las mareas, aplicándole á la explicacion de todos los fenómenos resultantes de los movimientos periódicos de las aguas del mar que fuese posible sujetar al cálculo y á las medidas. Esta senda señalada y recorrida con singular acierto por Bernoulli, la tomó y tambien la siguió Laplace, llegando ambos á muy notables consecuencias sobre las leyes y fenómenos de las mareas, cuyo extracto y resumen vamos á presentar á nuestros lectores, siguiendo al ilustrado astrónomo y marino español Sr. Mendoza y Rios, al tratar en su obra sobre la navegacion de las leyes del flujo y reflujo, considerados como fenómenos periódicos de las aguas de los mares, en su parte regularizada por el movimiento de los astros. Segun aquel marino y conforme con todos los astrónomos de estos tiempos, se tienen comprobadas las consecuencias siguientes:

Resumen de las reglas y leyes del período diario de las mareas.

El período diario de las mareas cuando son regulares, consta de unas veinte y cuatro horas y cuarenta y nueve minutos; esto es, del tiempo que la luna gasta en su revolucion diurna, durante cuyo intervalo, el flujo y reflujo se verifica dos veces cada uno. En este período se tiene además averiguado principalmente:

- 1.º Que la pleamar ó sean los momentos de la mayor altura de las aguas, sucede mas temprano en las radas y lugares orientales que en las occidentales.
- 2.º Que entre los trópicos por causa de las mareas, la mar parece tener un movimiento constante del Este hácia el Oeste.
- 3.º Que en las proximidades de los polos, si los mares no estuviesen helados, las mareas deberian ser inapreciables y nulas.

Resumen de las reglas y leyes de los períodos mensuales en las mareas.

El período mensual de las mareas consistiendo en que estas son mayores hácia las syzias (luna llena y nueva) que hácia las cuadraturas lunares, ó para expresarnos con mas exactitud, en que las mareas máximas de cada lunacion se verifican despues y á la distancia de unos 18º mas allá de los novilunios y plenilunios; y las mínimas mareas á la misma distancia poco mas ó menos despues de cada cuarto. Además de esta diferencia de grados y tiempo, los marinos han observado en los períodos mensuales:

- 1.º Que las mareas van aumentando de las cuadraturas á las syzias, y disminuyéndose de las syzias á las cuadraturas.
- 2.º Que dos mareas consecutivas son algo diferentes en las alturas y duracion segun las circunstancias.
- 3.º Que segun algunas observaciones, las mareas de los novilunios son algo mas fuertes que las de los plenilunios.
- 4.º Que estando la luna en las syzias ó en las cuadraturas, la pleamar sucede como dos horas despues del pasaje de la luna por el meridiano; pero corriendo la luna de las syzias á las cuadraturas, el tiempo de la pleamar sucede antes de las dos horas, y al contrario en el movimiento de las cuadraturas á las syzias.
- 5.º Que la luna se halle en el hemisferio austral ó en el boreal, el tiempo de la pleamar no por eso sucede mas tarde en las costas septentrionales.

Resúmenes de las reglas y leyes del período anual de las mareas.

Consistiendo el período anual de las mareas en que generalmente las que ocurren en los equinoccios son muy considerables, aunque no las mayores, en todas las costas se tiene observado:

- 1.º Que las mareas de los solsticios de invierno, son mayores que las de los solsticios de verano.
- 2.º Que las mareas son tanto mayores, cuanto la luna se halla mas próxima á la tierra, y por consecuencia, que las mareas máximas de los años serán aquellas que correspondan á las syzias y cuando á la vez el sol y la luna se hallen en perigeo, ó á la mas corta distancia de la tierra.
- 3.º Que en las costas septentrionales las mareas de las syzias en el verano son mas altas por la tarde y noche que por la mañana, y en invierno mayores por la mañana que por la tarde y noche.

La explicacion mecánica astronómica que dió Mendoza de todos y cada uno de estos fenómenos propios de los tres períodos de las mareas, corresponde á las teorías mas exactas de la filosofía actual, en la cual se consideran todos los hechos referidos como efectos y consecuencias necesarias en el universo, mientras las leyes á que están

sujetas las acciones atractivas de la luna, del sol y de la tierra no se varien ó cambien. Por esto el marino referido para explicar los fenómenos mas principales del flujo y reflujo de los mares, supuso combinadas en sus explicaciones sobre las tres periodicidades de las mareas, las fuerzas del sol y de la luna, cuando estas concurren á levantar y entumecer las aguas de los mares actuando en una misma direccion y sentido, en la misma direccion y sentido opuesto, respecto de un lugar dado en la superficie de la tierra; y formando aquellas fuerzas ángulos variables entre ciertos limites, ó sea á partir de un novilunio hasta llegar el plenilunio inmediato. Además tambien Mendoza procuró distinguir los efectos periódicos solares en las mareas (marea solar) de los efectos lunares (mareas lunares) que son las mas señaladas; porque es evidente como arriba se indica, que pueden concurrir en tiempo con las segundas las primeras, elevándose mas las aguas de los mares ó disminuyéndose la altura de las pleamures en el caso contrario en ciertos dias.

Se comprende tambien que puede, atendiendo á las posiciones del sol y la luna, estar principiando en un lugar el flujo lunar, cuando principia el reflujo solar; y en los rios cerca de las costas, en los que se retrasan las mareas, principiar el flujo en la desembocadura de alguno de aquellos cuando el flujo anterior llega á treinta, cuarenta ó mas leguas dentro del rio ó rios de que se trate; resultando por consecuencia de estas causas y de otras muchas que se podrian citar, cuáles son las corrientes en los mares, los vientos, los bajos y arrecifes, las puntas y cabos, los canales, los estrechos, la forma de las ensenadas y puertos, su anchura y profundidad, la infinita variedad de fenómenos que son propios de las mareas al estudiarlas, observarlas y compararlas en las costas mismas de todos los mares.

De muchas de las irregularidades que presentan las mareas, tanto en las horas y momentos de la pleamar y bajamar, como de sus alturas tan grandes como las de Tonquin, islas Filipinas y mares del Norte de Francia, moderadas como las de la costa Cantábrica, menores en las islas Canarias, Fernando Póo, Madera, Azores, apenas perceptibles en Málaga y en la Cabrera del grupo de las Baleares, muy complejas de estudiar por las corrientes en el Estrecho de Gibraltar. De todos estos hechos irregulares se ocuparon para señalarlos é indicarlos sin poderlos explicar de una manera completa á principios del siglo XVI, el maestro Medina; en el XVII el marino Seijas Lobera; en el XVIII, el citado Mendoza, Tofiño, Luyando y otros navegantes españoles; á quienes contrariaron mucho la suma complicacion del estudio de las mareas; pero no se crea por ello que la cuestion fué difícil para los españoles y tal vez fácil para los marinos y astrónomos extranjeros, pues todavia en 1840 la Sociedad Real de Londres repetía, al reconocer el estado de los estudios prácticos de las mareas, para ser escuchada por todos los astrónomos y por la ilustracion de los marinos de sus numerosas escuadras de guerra y mercante y por todos los teóricos y prácticos de las ciencias de la marina de las naciones del mundo, las palabras siguientes:

«Los conocimientos actuales sobre las mareas se hallan tan imperfectos, que son rarísimos y muy contados los lugares de las costas en la tierra, en los cuales una sola y buena observacion (una sola) bien verificada sobre los flujos y reflujos del mar, de los que muchas veces dependió, en lo antiguo y depende todavia, la vida de mil y mil criaturas, y sus riquezas y fortunas embarcadas, que no tenga un gran valor para la ciencia de navegar, con especialidad si la referida observacion se ha verificado conforme á un plan sistemáticamente establecido con anterioridad.»

Muchas consideraciones científicas y de grandes utilidades, porque todas se refieren á la defensa de la vida, con especialidad de la clase marinera y pescadora de las costas de España, podriamos exponer en este lugar, sobre los planes seguidos actualmente por Palmer, Lloyd, por el capitán Beaufort en las costas de Inglaterra, y por otros cien y cien marinos en Francia, Holanda, Dinamarca, Noruega, en las costas de la Union anglo-americana para estudiar las mareas; pero creemos que á pesar de nuestras indicaciones, las personas que las leyeren, aunque muy interesadas, no podrian realizar aquel plan sistemático en las costas españolas, sirviéndose para el estudio de observacion de las escalas trazadas en pies derechos de madera, hierro ó mampostería; de otras trazadas en tubos verticales; de aquellas que tienen flotadores que indican las alturas y bajadas de las aguas, y en definitiva de los mareómetros que recogerian y conservarían la curva de las mareas y de cada una de sus olas al inundar y dejar en seco las costas de España.

Mientras que nuestros lectores no podrian realizar el plan á que se refiere la sociedad real de Londres de 1840, hoy hace setenta años que el plan de un estudio sistemático sobre las mareas en los dominios de España, remitido por el marino Malaspina desde el Callao, al ministro Sr. Valdés, y presentado por este con singular y casi apasionada recomendacion científica, yace perdido ó olvidado en lugares á que no llegarían nuestras palabras.

MANUEL RICO SINOVAS.

LA CUEVA DE BELLAMAR.

Por mucho tiempo tuvimos los matanceros la satisfaccion,—al hacer los honores de nuestra ciudad,—de enseñar la cueva que esconde bajo sus pintorescas lomas el valle de Yumuri. Su formacion, aunque tosca, era bastante á revelar los caprichosos juegos de la naturaleza; y así dieron motivo á infinitas descripciones, en que

mas de una vez los ingenios poéticos dieron libre rienda á su acalorada imaginacion.

Lejos estábamos, por cierto, cuando nos complaciamos en enseñar la cueva de Yumuri, que al lado opuesto de la bahía se ocultaba á los ojos de todos un alcázar de espléndida belleza bajo las tierras á que el labrador solo pedía los frutos de la vegetacion.

Bien podemos imaginar cuál debió ser la sorpresa del dueño de aquellas tierras, cuando el dia 17 de Abril de 1861, extrayendo con sus trabajadores piedras para un horno de cal, supo que á uno de estos se le habia ido la barreta á una especie de pozo; y cuando quiso conocer la causa de aquel fenómeno, halló una inmensa cavidad en que la naturaleza, en silencio y por espacio de siglos, habia estado labrando un mundo de maravillas.

Fortuna fué que tal lote tocara á un hombre como don Manuel Santos Parga, que inmediatamente supo medir la importancia de su tesoro, y con el entusiasmo de un verdadero admirador de las obras de Dios, se dió á recorrer su dominio subterráneo; y, arrojando todos los obstáculos y aun peligros que se le oponian, no levantó mano hasta que llegó por fin á presentarlo al público admirado, dando un nuevo objeto de interesante curiosidad á Matanzas, célebre ya, así en Cuba como en el extranjero, por la belleza y variedad de sus alrededores.

Unas pocas casas construidas para veranear en las playas que corren al Sur de la bahía de Matanzas, han tomado de poco acá el nombre de Bellamar; y como quiera que en aquella direccion se halla la Cueva del señor Parga, ha venido esta á recibir la misma denominacion.

Tomando el camino que conduce á esas casas, y que vá precisamente orillando la bahía, se llega, á distancia de una milla ó poco mas del puente de Bailen, á tres de ellas de construccion norte-americana, que forman un grupo aislado al pie de ligeras lomas incultas. Pasadas estas casas, se encuentra á la derecha un camino trasversal de tierra colorada y pedregosa, que es el que se toma para ir á la Cueva. Este camino trasversal vá subiendo á terrenos altos en direccion al Sur, atraviesa en un mismo punto las líneas de los ferro-carriles de Matanzas y el Coliseo, y vá en derechura á parar al batey de la finca del Sr. Parga, cuyo excelente horno de cal se vé á alguna distancia. Desde el punto en que se toma el camino trasversal hasta el batey, habrá asimismo algo mas de una milla de mal camino, que el Sr. Parga se esfuerza por componer, obra en que debian ayudarle las empresas de ferro-carriles, de hoteles y de establos que cuenta Matanzas, y aun el mismo municipio, atendiendo al número considerable de personas que visitan nuestra ciudad, con el solo objeto de admirar la Cueva.

A unas doscientas varas del batey ha levantado el señor Parga un pabellon donde se halla la entrada á la Cueva de Bellamar. Aquí reciben al viajero los guias armados de hachones de cera y faroles, y se le dá desde un elegante cuadro y en distintos idiomas la importante advertencia de que no debe considerar como propias las maravillas que de derecho pertenecen al dueño de aquella tierra; el cual (como el mismo anuncio reza), ha extraído y conserva bastantes preciosidades para expender á aquellos que deseen llevar una memoria de tan interesante excursion. Y (sea dicho de paso), ni el cuadro, ni el estar la leyenda en distintos idiomas, ha sido parte á que algunos ociosos hayan dejado de considerar las obras naturales de la Cueva como cosa pública, arrancándolas contra los derechos legítimos del Sr. Parga, y sin consideracion al menoscabo que á los mismos visitantes resulta de la destruccion de piezas preciosas y tal vez únicas.

El Sr. Parga ha dado á la boca de su palacio subterráneo una forma regular, rodeándola de una baranda. Penétrase en él bajando inmediatamente y en direccion del N. E. por una escalera de veinte y cuatro escalones, guarnecida de seguros pasamanos, y apoyada en un muro artificial. Vá esta á parar á una eminencia interior, que se ha arreglado y rodeado de una cómoda balaustrada para que los viajeros puedan despojarse de aquella parte del vestido que crean les sea molesta recorriendo las galerías, precaucion que no es de todo punto necesaria.

De codos en esta balaustrada, ya dá uno por bien empleado el viaje; porque desde ella se domina el sorprendente espectáculo que presenta la primera cavidad.

La longitud de este digno vestibulo, que lleva el nombre de *El templo gótico*, es de trescientas varas, con una anchura de mas de ochenta. La altura es asimismo considerable, pero difícil de medir; porque, á causa de la eminencia que se alza en el centro, el piso es en extremo irregular. Por esta eminencia, que es de cascajo cubierto de una capa de cristalizaciones, se ha abierto un camino que vá siempre serpenteando hácia abajo. Ya por medio de cómodas escaleras para salvar las pendientes demasiado rápidas; ya por medio de terraplenes ó escalones abiertos á pico; ya, en fin, por un sólido puente provisto de balaustradas, que atraviesa una profundísima grieta, se recorre con comodidad y seguridad el Templo gótico en toda su extension.

A medida que va bajando el viajero, no puede menos que detenerse á contemplar la variedad de objetos que le rodean, alumbrados con bastante profusion de luces fijas. Al frente ve dos oscuras entradas, por donde puede penetrar en lo interior de aquel recinto subterráneo. A la derecha se alzan gruesos pilares, que sirven de sosten á la alta bóveda, y que recuerdan las soberbias columnas de antiguas catedrales, que debió la arquitectura gótica á las elegantes palmeras ó á los robustos troncos de la secular encina. Uno de estos pilares es particularmente digno de llamar la atencion: tiene por nombre *El manto de Colon*, y arranca desde lo mas profundo del Templo gótico. Forman sus estrias magníficos pliegues en que puede ocultarse un hombre, y que van abriéndose á medida que se

acercan á la parte superior. Tiene veinte varas de altura; y su ancho varia de siete varas á dos y media. La piedra es de un blanco brillante con alguna tinte oscura que hace resaltar sus gigantescas proporciones. Al pié del Manto de Colon se ven numerosas piedras de formas caprichosas: algunas parecen hombres postrados en reverente adoración ó echados en el suelo envueltos en sus mantas; otras figen animales, también echados, dando todas, en medio de su inmovilidad, vida y animación á la escena.

En dirección opuesta al Manto de Colon, y á la izquierda del viajero que va bajando, se ve un gran nicho, que siu un gran esfuerzo de la imaginación, puede pasar por el altar de aquel templo; pues del fondo oscuro de la cavidad sale una como cornisa coronada de piedras que parecen imágenes, tales como las presenta en sus toscas proporciones una escultura primitiva. Mas abajo del altar se ve también una de estas caprichosas esculturas, como sentada sobre una gran piedra; y por su posición aislada y prominente, así como por su actitud, puede bien caracterizarse como el *Guardian de la Cueva*.

Las paredes del Templo gótico corren en una forma ovalada. La parte opuesta á la que se ha descrito, aparece envuelta en negra oscuridad; pero allí trabaja el señor Parga por presentar al público nuevos subterráneos que ha descubierto, y que son tan magníficos como los ya conocidos.

Si esta ojeada sirve para dar al lector una idea del aspecto general del Templo gótico, de todo punto imposible creo que pueda la pluma dar idea de sus adornos. Su belleza y variedad son inconcebibles para los que no los hayan visto.

Las estalactitas y las estalagmitas son el adorno de las cuevas. Las estalactitas son unos conos colgantes ó cilindros de carbonato de cal, pegados á las bóvedas ó paredes de las cavidades subterráneas. Producidas la filtración, al través de las rocas, de agua cargada de cal. El agua, al desprenderse, de la roca primero y despues de la estalactita, va dejando pequeñísimas porciones de la cal que lleva en solución. Estas porciones van haciendo con su cristalización, crecer la estalactita; pero como el agua, al desprenderse de ellas gota á gota, conserva todavía alguna parte de cal, resulta naturalmente que, cuando las gotas caen al suelo forman aquí otras cristalizaciones. Estas son las que llevan el nombre de estalagmitas.

Las cuevas de la clase á que pertenece la de Bellamar, se encuentran en terrenos calcáreos. Son diversas las opiniones sobre su formación primitiva: unos la atribuyen á la acción de torrentes subterráneos, que en épocas anteriores han tenido que abrirse paso; otros á la disolución de las rocas calcáreas por la acción de capas de ácido carbónico; y por fin, creen otros que la causa existe en los movimientos que ha sufrido la superficie del globo.

Las estalactitas y estalagmitas que presenta el Templo gótico, son de dimensiones y formas colosales; y considerando el lento procedimiento de su formación, la primera idea que salta á la imaginación del visitador, es el largo espacio de años que la naturaleza ha tardado para poner en el estado actual su espléndida obra.

Las estalactitas tienen formas mas variadas que las estalagmitas. Ya se ha hablado del gran pilar que con el nombre de Manto de Colon, constituye el objeto prominente del Templo gótico, y se conoce que otros del mismo género pueden formarse con el tiempo por la unión de la estalactita, que va progresando hácia abajo, y la estalagmita que va creciendo hácia arriba. Las estalactitas se mezclan á veces y confunden de una manera caprichosa, mientras que la estalagmita es un cuerpo compacto y liso, que, ó se eleva tomando la forma cónica, ó se derrama como cuerpo derretido que se ha dejado enfriar.

El Manto de Colon es una estalactita ya completa, como otras que se ven en el Templo gótico; pero la Cueva de Bellamar presenta en otros puntos estalactitas nacientes, ya en forma de tubos de cristal, ya á manera de telas delgadas adheridas á las rocas, muy semejantes en el color y general apariencia á la pulpa del coco tierno. En el Templo gótico se ve una estalactita, formada por una plancha transparente de mas de dos varas de ancho y vara y media de alto, que parece una cascada de mármol blanco con el borde inferior simétricamente irregular. Está casi frente á la escalera de entrada; pero las hay todavía de la misma forma, mas grandes y hermosas, en otros lugares de la misma Cueva de Bellamar. Fuera del material que las constituye, ningún otro punto hay de contacto entre esta última y pilares como el Manto de Colon; de modo que el visitador desde luego observa el manantial de belleza que se encierra en tanta y tan grande variedad de formas.

Las estalactitas cuelgan á veces de las bóvedas en blanquísimas planchas tan delgadas, que son transparentes y sonoras, é imitan en sus curvas las orejas de ciertos cuadrúpedos: otras veces, sin perder la deslumbrante blancura, cristalizan formando cilindros que se cruzan en todas direcciones, y reflejan la luz como facetas talladas de piedras preciosas. Piezas estalactíticas hay en esta Cueva, que asombran por su rareza y recrean por su hermosura: ya ve uno pequeños ángeles ó pájaros sostenidos por delgadísimos hilos de cristal; ya menudas cabezas de animales extraños; ya delicadas plumas cuajadas de luciente filigrana, salpicadas de abriantadas puntas teñidas con los suaves colores de la rosa y la violeta; ya cristales al través de los cuales aparecen dobles los objetos; ya en fin, transparentes dalias brotando de magníficos cuernos de color de oro.

He dicho que al fondo del templo gótico ve el viajero las dos entradas que conducen á otras cavernas interiores. Siguiendo el itinerario de los guías, se pasa por la mas central á una galería llamada de *La fuente*, por una de purísima agua que en ella se encuentra. Tiene de largo ochocientas varas, y corre como toda la parte des-

cubierta de la cueva de Bellamar, de Oeste á Este. A la entrada de la galería de la fuente se ven las paredes cubiertas de preciosas cristalizaciones, muchas de ellas de formación reciente. En algunos puntos cubren el tosco cascajo como cristales entre algodones; en otros cuelgan de la bóveda formando un cono cubierto de cilindros caprichosamente entrelazados, ó se derraman como cascadas. Una de estas últimas, por la simetría de sus bordes, es conocida de los guías con el nombre de *La manteleta*.

A pocos pasos de estas cristalizaciones, se entra en una bóveda de cascajo con hondas cavidades á la izquierda, donde algun día aparecerán nuevas galerías. Los guías llaman esta parte de la galería *El cementerio*.

La fuente que da nombre á la galería está encerrada en una taza que parece del mas puro mármol, y sus inmediaciones, cuajadas de cristalizaciones, forman el compartimiento llamado *El camarín de la India*. Tal es la profusión y variedad de sus adornos, y tan menudos son en su mayor parte, que bien puede el camarín de la India compararse á aquellos que ostenta en sus salones el encantado palacio de la Alhambra. Las estalactitas juegan por la bóveda con todo el bello desorden fantástico de los arabescos: ellas descogen graciosos cortinajes, caen en delgadas columnas, forman bovedillas y guirnaldas, y hasta ponen simétricas orlas de cristal á las pesadas molles de las estalagmitas.

Como para hacer descansar la vista, deslumbrada con las bellezas del camarín de la India, se presenta luego la naturaleza en toda su desnudez. Pero corto es el trecho: pues llegamos ya á las bellas cristalizaciones que forman el arco á que se ha dado el nombre de *La garganta del Diablo*. Aquí por primera vez, y eso muy ligeramente, tiene el viajero que inclinarse; pero antes de hacerlo y pasar adelante, se detendrá á admirar la gran estalactita que está junto al arco de la Garganta del Diablo, y que baja desde la bóveda hasta el suelo, formando pliegues tan regulares, que se le ha dado el nombre de *El órgano*. Cualquiera diría que es una cortina de luciente brocado que se acaba de descorrer para dar entrada al curioso viajero.

A los pocos pasos que da este, despues de atravesar la Garganta del Diablo, llega á un punto en que las estalactitas son grandes y compactas, de tal manera, que se confunden con las estalagmitas. Dos de ellas á la izquierda, y á solo diez ó doce pasos una de otra, son huecas y transparentes, de manera que se les hace producir un bello efecto por medio de luces colocadas en el interior. La primera es una gran plancha horizontal, un tanto convexa, que parece haber despertado tétricas memorias en alguno de los visitantes, que la ha bautizado con el nombre de *El sepulcro*.

La otra despierta menos lúgubres ideas, y en una de las piezas mas bellas y raras que se hayan hasta ahora descubierto en la cueva de Bellamar. Llámase *La saya bordada*, por la semejanza que tiene con esta parte del traje femenino. Toda ella es lisa y perfectamente torneada; el color es algo amarillento, y la cerca en su base una bellísima orla de gruesas cristalizaciones blancas. La saya bordada mide mas de una vara de altura, y la orla unas seis pulgadas de ancho.

Junto al sepulcro hay una columna, pegada á la cual cuelga de la bóveda, á modo de lámpara, una hermosa estalactita cónica cubierta de menudas cristalizaciones.

Despues de la Saya bordada se encuentra, también á la izquierda, la estalactita llamada *El sofá*, lecho magnífico de unas tres varas de largo, con alta cabecera que sobresale de la pared en casi toda su anchura de mas de media vara, y adornado con derrames que forman bellas franjas. Muy cerca del Sofá se ve una estalactita cónica que acaba de unirse á la estalagmita, cónica también, para formar una de las muchas columnitas que dan tanta belleza á esta Cueva.

Con el Sofá terminan las curiosidades notables de esta singular galería de la Fuente. El piso es en toda ella firme y seco; el descenso suave; la altura, aunque irregular, suficiente para poder recorrerla sin molestia en toda su extensión. Los tramos en que se presenta el cascajo desnudo, son en esta, como en las otras galerías, dignos de repararse con atención por los innumerables fósiles de conchas que hay adheridos á las paredes.

Sola la galería de la Fuente sería bastante para atraer de todas partes á los curiosos; pero nuevos y mas sorprendentes espectáculos esperan al viajero.

El último punto de la galería es un paso estrecho llamado *La cabeza del Verraco*; porque en la bóveda que lo cubre hay una estalactita amarillenta que remeda exactamente aquella cabeza, con la oreja y los colmillos representados por cristalizaciones.

Este paso da entrada á la espléndida *Sala de la Bendición*.

Llámase así, por ser este el lugar en que el ilustrísimo señor Obispo D. Francisco Fleix y Solans, entusiasmado con la contemplación de tantas maravillas, bendijo las Cuevas de Bellamar.

La sala de la Bendición tiene catóree varas de largo, por ocho de ancho y doce de alto. El piso se ha allanado completamente, y brilla, como la bóveda y las paredes, con la mas deslumbrante blancura. Al entrar se ven á la derecha enormes masas estalactíticas, que forman por este lado la pared, y entre ellas llama al punto la atención una hermosa cascada de cristal del color y transparencia del mas puro alabastro, que ha merecido el bello nombre de *El Manto de la Virgen*. La abriantada superficie, ligeramente ondeada, resplandece con las anchas facetas cuadradas de su cristalización: la parte superior está un tanto separada de las paredes á que se halla adherida, y la inferior se divide en elegantes conchas prolongadas que llegan al suelo, y al través de las cuales se ven las puras aguas de *La Fuente Misteriosa*.

Es este un purísimo hilo de agua que se ve perderse

en las sombras, entre un bosque de estalactitas, y cuyo término el Sr. Parga y sus exploradores no han podido encontrar todavía.

Una vez lo intentaron, y consiguieron penetrar hasta mil quinientas varas de la sala de la Bendición. Aunque el agua no es profunda, las cristalizaciones, sin embargo, impedian el paso lacerando sus cuerpos. Pero los dolores físicos fueron de poca monta al lado de las horribles agonías que tuvieron que experimentar. Cuando mas internados estaban, apagánselos de repente las velas: acuden á los fósforos, y ven con indecible horror que, mojados por las aguas, no dan luz. La completa oscuridad, la dificultad de los movimientos, el camino incierto, todo puso á aquellos desgraciados en el duro trance de pensar que iban tal vez á perecer. Pero por fortuna, mientras el Sr. de Parga pensaba que no volvería á ver el cielo, y que no estrecharía otra vez en sus brazos á sus hijos y á su esposa, esta velaba por su seguridad, y desasosegada con su tardanza, mandaba á sus gentes á aquellas cavidades. ¡Cuál no debió ser el gozo del Sr. Parga al oír los ecos de las voces y ver los lejanos reflejos de las luces de aquellos que en su auxilio venían! Pálidos, magullados, heridos, volvieron, pasada ya la media noche, á la casa, despues de haber errado por los subterráneos desde las siete de la mañana.

La sala de la Bendición es una de las piezas que el Sr. Parga mas se ha esmerado en arreglar. Y bien lo merece. Allí todo es hermoso, el conjunto y los detalles, y todo está por la mano sábia de la naturaleza, colocado de manera que resplandece y brilla en medio de su singular blancura. La pared opuesta á la que está el manto de la Virgen, se halla, así como la bóveda, cuajada de pequeñas estalactitas, que por sus caprichosos dibujos, pueden llamarse de *arabescos*. Muchas de ellas han tomado cuerpo y descenden de la bóveda; pero toda su superficie se ha cubierto de estalactitas de arabescos, que las hacen parecer lámparas de alabastro. Una de estas mide mas de vara y media de largo: la anchura, confundida entre cristalizaciones de la bóveda, es considerable, y va disminuyendo hasta terminar en punta. Los guías tienen cuidado de señalarla á los viajeros,—como que es una de las joyas de la Cueva de Bellamar,—y le dan el nombre de *La Lámpara de D. Cosme*; porque un caballero, así llamado, ha ofrecido por ella una suma considerable de dinero. El Sr. Parga no consintió en realizar la venta, por no privar á los visitantes de vista tan preciosa.

Las planchas estalactíticas de la sala de la Bendición, se extienden por la bóveda formando elegantes cortinajes; una de ellas la atraviesa simétricamente partiendo del Manto de la Virgen. Muchas columnitas hay también en esta sala fantástica, que uniéndose á las cristalizaciones de la bóveda, forman lindos retretes y bellas perspectivas.

La sala de la Bendición, así como el Templo gótico, merece verse con mas detención que la que generalmente gastan los visitantes. La primera impresión,—por mas que le señalen á uno ciertos objetos en particular,—no es producida mas que por el conjunto. El que quiera gozar de todo el encanto que ofrecen aquellas grutas, es preciso que se detenga, que se recoja un tanto, hasta que cesando el ruido de las voces y de los pasos, llega uno á hacerse cargo del solemne silencio que reina en aquellas cavidades, interrumpido solamente por el golpe de las gotas de agua que acompasadamente caen de las bóvedas, despues de haber brillado suspendidas en las puntas de las estalactitas.

Poco ofrece la cueva de Bellamar cuando se pasa la sala de la Bendición; no porque deje de haber nuevas maravillas, sino porque estas son, hasta ahora, de difícil acceso. Al extremo de la sala, se entra en *La Galería del Lago*, de corta extensión, en la cual hay un gracioso nicho y un enorme derrame estalactítico llamado *El Banco de Nieve*. Concluye esta galería en la boca,—inaccesible todavía á los viajeros,—que conduce *Al Lago de las Dalias*, bajo cuyas aguas se encuentran las preciosas cristalizaciones transparentes, que partiendo de un centro común, imitan perfectamente la vistosa corola de aquella flor.

El visitador tiene que renunciar al placer de ver el lago de las Dalias, y volver por el mismo camino á la sala de la Bendición para entrar de nuevo en la galería de la Fuente. Recorriendo, al volver en dirección opuesta, los objetos ya vistos, el viajero goza de nuevos puntos de vista; pero al llegar á la Fuente, sale de la galería de este nombre para tomar otra á la izquierda, llamada *La galería de Hatuey*.

A los pocos pasos se llega á una altísima bóveda, sin otro adorno que sus bellas proporciones, bajo la cual se alza, derecha y delgada, una larga estalagmita llamada *La lanza de Hatuey*.

La parte de la galería que sigue á esta bóveda,—aunque sin otras curiosidades que los fósiles ó alguna capa de arcilla plástica, que por donde quiera se encuentra en la Cueva de Bellamar,—es en extremo pintoresca; porque el sendero sube y baja serpenteando, de modo que produce perspectivas extrañas. En ella se encuentra una estalagmita, rara por su color azulado, que marca la entrada á un bello camarín llamado *El retrete de las bellas Matanceras*; tan bello como el de la India; pero mas simétrico en la distribución de las bóvedas y pilares.

Termina este lindo dije en una bovedilla baja revestida de preciosas estalactitas, cuya extensión es de unos siete pasos, al fin de la cual hay á la izquierda un grupo de estalactitas, dispuestas con tal simetría, que figura con toda exactitud uno de esos nichos de altar en que la arquitectura gótica despliega todo el lujo de su brillante ornato. Llámase *El nicho de María*.

A pocos pasos se llega al arranque de la galería de Hatuey, que es el Templo gótico.

La boca por donde se sale á este se halla á alguna distancia del piso del Templo; por lo cual el Sr. Parga ha construido una baranda, que, no solamente hace seguro el paso, sino que proporciona al viajero la ocasion de detenerse á contemplar un nuevo y mas hermoso punto de vista de aquella imponente caverna. El Manto de Colon, con sus soberbios pliegues, queda á poca distancia frente al espectador, y los demás pilares que sostienen la augusta bóveda, se ven perderse en dilatada perspectiva. El gran Altar, la figura del Guardian de la Cueva, lo tenebroso de los subterráneos no descubiertos, la escasa luz que entra con algun rayo de sol perdido, alguna partida de viajeros que tal vez atraviesan aquel recinto con paso lento y cirios en las manos, todo forma un conjunto de majestad y belleza, que hiera vivamente el alma y hace que se eleve á las altas regiones de la eterna Sabiduría.

Al volver á la luz, preocupado quizá con las dificultades y molestias de un viaje por las entrañas de la tierra, siente el viajero que todo ha sido una serie de gratas impresiones. Efectivamente, á pesar de que, segun las observaciones del ingeniero de minas, Sr. Fernandez de Castro, llega el visitador en la Cueva de Bellamar á una profundidad de mas de ciento cincuenta varas; sin embargo, el aire es siempre respirable y la temperatura no pasa de ochenta grados de Fahrenheit. Ademas de estas ventajas naturales, otras ha añadido la constante laboriosidad del Sr. Parga, ensanchando las bóvedas, abriendo caminos en el duro suelo, y por fin, estableciendo un sistema de alumbrado bastante completo. El mismo Sr. Parga, auxiliado de guías inteligentes, conduce al viajero por su mundo subterráneo, dejándole una grata impresion con su cuidadosa amabilidad.

En su casa se conserva un libro donde los viajeros dejan sus nombres. En poco mas de dos meses han visitado la Cueva mas de dos mil personas, entre las cuales, además de un considerable número de extranjeros, se ven los nombres de muchas familias matanceras. La delicada jóven, el anciano y hasta el niño, se han llegado á la Cueva de Bellamar, ansiosos de contemplar una de esas obras raras que Dios se complace en presentar á los hombres para elevar su espíritu.

EUSEBIO GUITERAS.

Matanzas.

LA BUENA NUEVA.

Asistíamos, no ha mucho, á una fiesta teatral de las en que se representa el Nacimiento del Salvador, y nos tocó estar al lado de un padre y de un hijo, de esos que siempre que se ven juntos, de los que se exhiben tan constantemente unidos, que no se concibe ya la aparicion del uno sin la del otro. Había en este caso ocasion triste y motivo justificable para ello. El niño era huérfano de madre, y el padre sentía por el hijo ese afecto que lleva la relacion y tutela paternal al extremo de la pasion. Pretendía el padre ser para el hijo el todo de su ser, lo que realmente era, la madre que le faltaba, los hermanos de que carecía, los amigos á que nunca lo confiaba, el maestro que no le consentía su sociedad, sus libros, su atmósfera, en todos sentidos. Contaba el niño á la sazón doce años de edad, y no sabía otra cosa que leer y mal escribir, únicas artes con que el padre había ejercitado su actividad, temeroso, de un lado, de que su precoz inteligencia obluiese un desarrollo, por prematuro, nocivo para su salud y bienestar sucesivo, y de otro, de que aficiones á él extrañas, lo sustrajeran de su autoridad. Y aunque mayor confianza debiera abrigar de que el cultivo de sus facultades morales no perjudicaría su desarrollo físico, pues bien robusto y brioso se mostraba, y por temor á las amonestaciones del padre, tenía que violentarse con frecuencia para contener la vivacidad de sus juveniles movimientos; tal era la rigidez de este y el escrúpulo de sus prevenciones, que aquella era la primera vez en que el chico disfrutaba de un espectáculo de este género, siendo así, que, segun pudimos entender, anhelaba el chico desde mucho tiempo hacia, el goce de esta distraccion, y vivía el padre en estado de holgura suficiente para haber, sin sacrificio, complacido al hijo en este deseo. Debíase, pues, su retraimiento, al sistema de educacion que había elegido.

El chico, por consiguiente, aparecía encogido, mientras se sentía dominado por la presencia del padre; el temor dominaba la serie de sus actos, pues aunque no lo maltratará, comprendía que el rigor de sus extremos respondería á la sumision ó rebeldía con que ante él se manifestara; por el hábito contraído de ceder á tal presion exclusivamente, había ejercitado la sagacidad de su intencion, y poseía el arte de disfrazar sus naturales inclinaciones: y asimismo, habíase despertado á la reflexion concentrada antes que á la cordialidad expansiva. En cambio, luego que se reconocía libre de la dominacion paterna ó se descuidaba en refrenarse, mostraba impetuoso lo inculdo de su carácter, lo dominador de sus pretensiones, lo exigente de sus deseos y lo limitado de sus conocimientos.

Desde que empezó la representacion, hasta el final del primer acto, en que tuvieron lugar las escenas de aparecerse el ángel á los pastores, anunciándoles que había nacido el esperado Mesías, cuya mision se inauguraba con la solemne proclamacion de *Gloria á Dios en el cielo y paz á los hombres en la tierra*; la en que buscan posada inútilmente los esposos José y María, viéndose obligados á acogerse en un grosero establo, donde los animales que pernoctan son mas hospitalarios que sus semejantes, para ellos, y la en que los cándidos pastores aparecen fervorosos buscando al nuevo recién-nacido, y trayéndole en ofrenda sus mas delicados obsequios, á la vez que sus rendidos

corazones, estuvo el chico como encantado y sin distraer su atencion ni un momento de la accion representada.

Pero en el instante en que bajaron el telon, como fuera de sí, se levantó de su asiento, y dijo al padre:

—Vamos á buscar á José y María, y á ofrecerles nuestra casa, que por mal que estén en ella, mejor lo pasarán que en ese establo; por lo menos, de mi cama pueden disponer para que descansen la señora.

Todos los que oimos esto nos reimos sin reserva, incluso su padre, cuya risa contrarió en tan gran manera el entusiasmo del mancebo generoso, que las muestras de la ira se ostentaron en la lividez que cubrió su semblante, en los convulsivos movimientos de su boca, y en la tension en que puso sus puños.

—Ten en cuenta, le advirtió el padre, que esto que has visto no es mas que una representacion artificiosa de lo que sucedió hace muchos años, cuando Dios vino al mundo á redimir al género humano de la esclavitud pecaminosa en que yacía. Y nada de eso sucede actualmente, sino que lo fingen. Solo que lo hacen con tales caracteres de propiedad, que en tu inexperiencia no aciertas á distinguir lo que hay aquí de fingido, de lo que hay de verdadero.

—Entonces, hemos venido aquí, repuso el chico, á dejarnos engañar...

—Con su cuenta y razon, amplió el padre.

—Luego, advirtió el muchacho, ¿esos que se llaman Jusepe y Rebeca y José y María, no son los que aparecen ser?

—Ni el ángel es ángel, ni los montes montes, ni esa poblacion que se veía á lo lejos y que llamaban Betlen, es mas que unos cuantos lienzos pintados. El Betlen verdadero está á mucha distancia de aquí, y hace 1867 años que sucedió el acontecimiento de que aquí se hace relacion. Ahora que, en vez de referirlo sencillamente como yo te lo pudiera referir, lo cuentan esos que han hablado, como si estuviera actualmente sucediendo; y se visten, y adornan esa parte del teatro que llaman escenario, adecuadamente para que se asemeje la relacion presente, lo mas posible, á lo que debió ser y fué en esos lugares y tiempos.

—Pues eso, bien podia Vd. habérmelo dicho antes de entrar y no me hubiera engañado, observó el chico.

—No creí que te entusiasmaras tanto, replicó el padre: mas ya lo sabes para otra vez, añadió como amostazado de la observacion del párvulo.

Con motivo de este altercado entramos en conversacion con el padre, y nos enteramos de las condiciones que anticipadamente hemos expuesto. La ilusion que el arte había producido en el niño había sido tan completa, que había confundido la ficcion con la realidad.

Volvió á levantarse la cortina escénica, y continuó la representacion simulándose la llegada de los Magos, que extraviados por el receloso Herodes, solo á favor de la providencial estrella pudieron descubrir el humilde santuario del Rey de los Reyes, no sin que advirtió el tiránico dominador en aquellas regiones de que habían salido frustrados sus intentos, no diese la órden de degollar á todos los infantes menores de dos años existentes en su jurisdiccion, por lo que José, María y el divino recién nacido, hubieron de huir á Egipto. Con lo cual se daba por cumplidas las profecías, segun las que era ya notorio que la Redencion humana había comenzado.

Mientras tuvo lugar la representacion de esta jornada, no dejó de tener el chico algunas ocurrencias naturales, pues á cada nuevo acontecimiento preguntaba: «¿y esto es verdad ó no?» y cuando se habló de que no degollarían mas que á los inocentes, dijo: «eso me tiene sin cuidado, que ya pasé de la edad.» Luego que la representacion terminó, se le notaba haber vuelto á la concentracion habitual de su espíritu, y no hablaba palabra.

—Vamos á ver, ¿te ha complacido esto? le preguntamos.

—Sí señor, contestó.

—Parece, así, como que la primera jornada te gustó mas que la segunda.

—Sí señor, pero estuve engañado.

—No tanto; en ambas hay una verdad grande que aprender, y es que Dios quiere que los hombres vivan en paz.

Mas viendo que el chico no se daba á partido, y que el padre se reservaba, temeroso sin duda de que las salidas de aquel le hicieran arrepentirse de su condescendencia, y como quiera que andaba por allí un muchacho ofreciendo periódicos de noticias á los que quisieran entretener el tiempo con su lectura, yo compré una *Correspondencia*, y me puse á leerla.

—Trae algo de nuevo? me preguntó el padre luego que la hube dado un vistazo.

—Lo de siempre, le contesté; los recelos de guerra entre Francia y Prusia; las diferencias entre Italia y Roma; que parece que se agrava la cuestion de Oriente; que los Estados- Unidos quieren mezclarse en los asuntos europeos; que Rusia no cesa en su lucha con Polonia, etc., etc.

Y estando diciendo esto, sentimos ruido hacia la derecha de donde estábamos, y era que en una de las butacas delanteras, dos jóvenes se daban de puñadas, lo cual puso en conmocion al teatro entero, curioso y ofendido del accidente. Mas hé aquí que en un momento de silencio que reinó por la estupefaccion general, salta nuestro chico sobre su asiento y exclama:

—¡Paz á los hombres en la tierra!

Fué tan bien elegido el momento, que llegó la expresion á los oídos de todos los concurrentes, y entusiasmados al percibir su acento, y gozosos de la oportunidad del dicho, comenzaron á aplaudir estrepitosamente, y el chico, confuso y sorprendido, se bajó temiendo el enojo de su padre.

—Has hecho mal, le dijo; cuando se está delante de gentes, hay que tener mas respeto á los hombres.

—Y ellos, repuso el chico, ¿por qué no se lo tienen á Dios?

—Bien, bravo, digeron los que nos rodeaban; habla como un oráculo.

—Estoy por creer que tienen razon, nos dijo el padre volviéndose hacia nosotros, como para contribuir á que cesara el incidente por sí mismo.

—No solo la tienen, repusimos confidencialmente al padre, sino que seria de desear que esa voz llegara á dejarse oír de los gobiernos del mundo como se acaba de hacer lugar en estos momentos.

Nuevos detalles pudiéramos referir de lo acaecido en aquella fiesta, pero en razon á ser todos análogos á los apuntados, los omitimos, pues creemos que basta con lo expuesto para explicar cómo este hecho pudo impresionarnos lo bastante para que nuestra atencion se fijara en el asunto á que observando este hecho se despierta el ánimo.

En efecto, no puede menos de excitar á graves y serias reflexiones la consideracion de que, con ser tan manifiesta la voluntad divina respecto de cómo han de hacer los hombres su peregrinacion terrena, con ser una verdad completamente comprobada que no creó Dios el hombre para ser, como una frase célebre afirma, el lobo de sí mismo, sean todavia posibles, no ya esas luchas sangrientas y fratricidas en que se empeñan unos pueblos contra otros, que esto con ser anómalo y violento se debilita grandemente á medida que la racionalidad va entrando como término en el tejido histórico, ni esas otras colisiones individuales y bárbaras por las que se entiende que la recámara de una pistola ó el filo de un sable, son depositarios del honor del hombre, que tambien en este sentido se va acreditando que hay muchas cosas que sufrir en la vida á cuyas angustias son preferibles las de la misma muerte y que no es el valor de la entera dignidad humana la que se acredita con la asistencia á un duelo ó la estóica y diabólica formalizacion del suicidio; antes bien se cree que nunca es justificable en razon ni en conciencia tributar culto á los errores, sean quienes sean los que los tengan por verdades, sino que todavia subsistan con arraigo tan hondo como de continuo se observa, y con dominio tan extenso como todavia manifiestan tener, las preocupaciones en que se fundan los sistemas científicos, políticos, religiosos, artísticos que tienen por carácter la intolerancia.

Pues si la guerra lleva la devastacion consigo y es á manera de una calamidad como la peste, como los trastornos atmosféricos y como las conmociones terráqueas; y el suicidio y el duelo producen el mismo espanto que el rayo súbito que en el caminante se ceba, de modo que hasta parece que calca su tumba; la intolerancia, por su carácter tenaz, sutil é insidioso, por la exaltacion que produce en la generalidad de los ánimos, esclavizando el sentimiento á la estrechez de sus miras, y convirtiéndolo en brazo ejecutor de sus sentencias, trocando la virtud en hipocresía, la generosa indignacion en envidia, la defensa del derecho en estúpida venganza y la fortaleza de la voluntad en cruel ensañamiento, es una de esas enfermedades que como las afecciones del pecho reinan en todos los climas, en todos los tiempos, atacan en toda edad, son continuas en su deletérea accion y causan por sí solas mayores desgracias que las guerras y las pestes juntas. Solo que las enfermedades físicas obedecen á leyes superiores, de cuyo hecho no siempre es responsable el individuo y las guerras, por no depender su comision de determinadas voluntades y llevar consigo una especie de limo que bonifica de algun modo los terrenos que inundan, son menos temibles y los demás hechos de esta índole con ser abominables, trascienden solo de la rama á la hoja, no de la rama al tronco; pero la intolerancia, ¿qué raiz deja sana, qué hoja no marchita y á qué voluntad que la abrigue no se la puede acusar de criminal y perversa? Y cuenta que fácilmente se discierne entre lo que es consecuencia de carácter y sistematizacion de principios y amor al prójimo, y lo que es hipócrita mascarilla y procaz resentimiento y cinica rebeldía, pues claro se ofrece en el hecho, cuando se odia el delito y se compadece el delincuente, y cuando se odia á este y se guarda la compasion para el delito; que no nos cria Dios tan ciegos que no podamos distinguir las diferencias existentes entre lo que es un hombre y lo que es una idea, ni menos la distancia que va de un Capitolio á una Roca Tarpeya. Si á eso fuéramos, demás estaria toda discusion y todo progreso, pues todavia está por derogar la virtud legal porque fueron victimas los apóstoles y mártires de todas las doctrinas lanzadas en los siglos á la propagacion de los vientos.

¿Quién no se desencanta, desalienta y descorazona si atiende á que se viene predicando de antiguo y por inspiracion divina la paz entre los hombres, para que caractericen con ella su vida—no para que de todos sus actos resulte una armonia absoluta—para que encuentren soportables los quebrantos que con paz y todo le acompañarian en su jornada—no para que imaginen que la tierra es el cielo—para que reconozcan, en fin, en cada hombre un hermano, y tan ineficaz ha sido la predicacion hecha que solo en raras individualidades se encuentra una ejemplarizacion propia de este ideal eterno! ¿Qué hacen los hombres que oyen y no entienden, ó entienden y no piensan, ó piensan y no sienten ó sienten..... y no obran en conformidad á lo que pensar y querer debieran?

Mas ¡ah! que con negarse de continuo al reconocimiento de la verdad y de su luz mas clara, no hay otro remedio que aplicar á la torpeza de su descamino que iluminar su inteligencia con la pura antorcha de las verdades absolutas, para que, por sí mismos, si es posible, rectifiquen su errada marcha. ¿Qué podemos hacer por nuestros semejantes, nuestros inmediatos y próximos, sino es le-

vantarla hasta donde nuestras fuerzas y la escabrosidad del terreno nos lo permita!

Cuando oíamos al espectador joven disculpar su osadía para con los hombres, en la de estos para con Dios, cierto que encontrábamos no-justificable su conducta, pues la falta ajena no disculpa la propia, y antes bien la carencia de ejemplares sometidos al cumplimiento del deber aumenta la obligación de la voluntad recta á obedecerlo y afirmarlo; pero cautivados por sus originales manifestaciones, hemos llegado á encontrar mas de una relacion de semejanza entre el carácter del chico y el hombre histórico, tal como en lo general lo entendemos, y entre el carácter del padre y la tutela con que los poderes públicos rigen los destinos de los pueblos. Igualmente se nos representa ahora la ficción dramática como siendo el ideal que la Providencia ha puesto al alcance de los hombres, el faro luminoso y bastante á señalar cuyo es el puerto á que en los mares de la vida debe dirigirse el rumbo, cuál es el principio en que debe fijarse la brújula de su pensamiento, y cuál debe ser la estrella polar de sus mas ambiciosos deseos.

Mientras asistíamos á la representación, cierto es que no aspirábamos á mas que á distraer el ánimo, y parece que ahora abusamos del hecho mismo á favor del que llamamos nuestro deseo en tal sentido, sacando de él consecuencias que tan poca realidad tienen como la acción allí figurada, mientras se la figuró; pero si bien se atiende comprenderá que no hay tanta diferencia del sueño á la vigilia, de la realidad á sus representaciones, que lo que aparece como verdad y bien en unos estados no deba ser tenido en cuenta en los otros, y que es bueno imitar al Segismundo de *La vida es sueño*, que aprendió por experiencia á que conviene obrar el bien hasta cuando se cree estar soñando, pues es el modo de no sentir remordimientos luego que llegamos á despertar. Además, la vida, por su brevedad, y en los últimos días de la existencia, sobre todo, mas parece cosa soñada que acción real y tangible, aunque lo es hasta cuando se sueña.

La verdad aparente de la representación sedujo el ánimo del espectador inexperto, como tantas otras representaciones han seducido en la historia á las generaciones siempre nuevas y en lo general cándidas; la intuición racional de que la verdad en tola su pureza es lo primero que debe ser mostrado al hombre, se encontraba en él, presentada, tal como á su edad se perciben los conceptos; que entre la verdad, con este carácter, y la ficción, por justificada que esté, debe mediar la verdad misma, con que se hace posible apreciar en cuanto lo fingido responde á la realidad y en cuanto no, tambien lo afirmó al extrañar que lo hubiesen llevado á ser sorprendido sin su conocimiento, pues dicho se está que careciendo de semejante luz se corre gran riesgo de tomar por personajes reales los actores, por seres las estatuas, por mundo el escenario, y de pecar de ridículos cuando se quiere ser generosos. Por haber sido cándidos los pueblos y haberse dejado ofuscar, han adorado ídolos informes, han sacrificado sus mas queridos seres en aras de ridículos altares, y muchos hay todavía que no se atreven á hacer la pregunta del muchacho: ¿Pero esto es mentira ó es verdad?

Oyó proclamar la buena nueva por boca de los ángeles anunciadores de la venida del Mesías, y que esta se cifraba en afirmar en la tierra un reinado de paz que venía á constituir Dios mismo, hecho hombre, y creyó que, pues Dios manifestaba su pensamiento, y en esta manifestación no cabía engaño ni ficción posible, se hacia la proclamación de su doctrina, para que los hombres la aprendiesen y la practicasen, y la tomó tan en absoluto, que hasta la cachetina de los espectadores la consideró comprendida en su categórico dictado. No de otro modo han entendido los pueblos que la palabra divina debe ser acatada y practicada, que se dijo á los hombres para que la obedeciesen, no para que de ella se burlasen, y que donde quiera que hubo guerra, después de haberse pronunciado la palabra de la paz, habria derecho y deber y todo lo que se quisiera, pero no habia sumisión al precepto divino. Asimismo, que todo debe enmudecer antes que oponerse á lo que Dios ha dicho; que pues no hacen caso de El merecen que un chico los amoneste, y que no deben estar muy de acuerdo con su tenor los gobiernos que rigen el mundo, si es exacto lo que dice *La Correspondencia*.

Experimentó luego el desencanto de ver que habia sido víctima de una ilusión, que todos aquellos milagros que se exponían á su vista (volar los ángeles, aparecer las estrellas, etc.), eran ó podían ser figuraciones contrahachas, con un fin pueril y determinado y se retrajo de afirmar su verdad sin mejores fundamentos, que es cabalmente lo que ha venido constituyendo en la historia el progreso por el cual pudo librarse la Humanidad de los errores del paganismo y de otras religiones igualmente falsas.

Como la Humanidad en su infancia, se hizo egoísta cuando comprendió que la degollación de los inocentes no le alcanzaba, y de aquí que no sintiera todo el dolor que debía inspirarle la injusticia con que en la acción se los atropella, ni que se mueva á protestar contra el abuso de la tiranía.

Y como cada hombre que siente y conoce la dignidad de su ser, se creyó autorizado á exclamar, en medio de la contienda:

—«Paz á los hombres en la tierra,» sin tener en cuenta que la sociedad no le habia conferido título alguno para alzarse tan alto.

Mas para eso estaba allí su padre que nunca pensaba llegado el día de que comenzara á ser hombre, siendo así que la infancia es un estado tan humano como la juventud y la virilidad, que por temor de perjudicar su salud prolongaba su estado de incompetencia, que por falso juicio de lo que es la vida en los párvulos, llegaba tarde

á satisfacer sus naturales exigencias, que le enseñaba la verdad envuelta en errores y ficción, el ropaje que peor le sienta, que fiaba mas en la virtud de la corrección que en la eficacia de la prevención ilustrada, y que últimamente, era vencido por la espontánea vivacidad del joven, dejándole creer que, pues los hombres no hacian caso de Dios, no habia que acusarle de que él no lo hiciera de los hombres.

Pero seamos mas justos. No es culpa solo de los gobiernos, que ellos se forman de los pueblos mismos, los que en último término tienen la culpa de cuanto les sucede. Mas ahora bien: ¿á que se debe el que á pesar de propagarse en todas las formas la doctrina de paz preconizada en la comedia ante-expuesta, sea todavía el estado presente tan de lucha y de violencia como si estuviera por venir el Mesías prometido?—Innumerables concausas sostienen este estado; pero entre ellas figura como muy principal, á nuestro juicio, la de que no bien es pensada una cosa como buena, entra el sentimiento á absorber su virtud, suplanta su razon de ser é impera con intolerante dominio. La intolerancia, pues, que tiene por principal carácter el no consentir nada que la moleste y menos que nada lo que á razon apela, fué la que inspiró al Herodes de estas jornadas, para que cebara su saña en el sacrificio de las mas inocentes existencias; y es de tal magnitud este hecho, que en su conciencia (si es que los tiranos la sienten), debió pesar la idea de que á ciencia cierta iba á causar innumerables é inocentes víctimas.—Mas: ¿qué importaba todo si así caminaba derecho, segun creia, á la realizacion de su propósito?—Tambien podria creer que eso era gobernar y ser libre! ¡asi es como los tiranos se pueden decir liberales!

Apesar de todo, así como el público que asistia á la representación del nacimiento, llevó á mal la contienda de los jóvenes y aplaudió la sentencia del muchacho, se debe esperar que mañana aplaudirá que los padres eduquen á los hijos en mejor sentido que lo hacia el rigorista de que hemos hablado, que influirá en que la tolerancia que hoy ya en él radica, se eleve á las esferas gubernamentales y que comience á ser una verdad práctica la de *la buena nueva*.

EL TAQUIGRAFO.

EL GAVON DE AUZARRAGA (1).

LEYENDA VASCONGADA.

I.

En un vallecito próximo al venerable santuario de Nuestra Señora de Iziar, se ve un caserío cuyas paredes ennegrecidas por el tiempo, y cubiertas de yedra, revelan su inmemorial antigüedad, así como declara su origen solariego, el pequeño y toscó escudo de piedra arenisca que se destaca sobre el cabezal de la puerta, medio oculto entre el volado de su único balcón y el ramaje de una encina que se levanta en la plazoleta de entrada.

Y en efecto; así en los remotos tiempos de que vamos á ocuparnos, como todavía en los nuestros, era *Auzarraga* una de las casas que en Guipúzcoa se conocen con el nombre de *eche-aldea*, y en Vizcaya con el de *eche-jaurza*, significando de uno y otro modo, *Señorio de casa*, y las cuales se diferencian de las demás solariegos en que se hallan habitadas por sus dueños, que viven en ellas, cultivando sus tierras en épocas de paz, y saliendo al campo en las de guerra á luchar con sus deudos y sirvientes bajo la bandera de su *Aide-Nagusia*, Pariente mayor.

Eran segun se cree generalmente, las primitivas casas pobladoras del país vascongado; y de ellas salieron mas tarde las familias que ilustrando su originaria nobleza con su valor y sus virtudes, y enriquecidas por medio de enlaces, herencias ó otros medios, fueron levantando las casa-torres y castillos que pueblan ahora su suelo.

El caserío de Auzarraga ha sido, pues, constantemente una de esas *eche-jaurzas* cuyos propietarios han venido sucediéndose de padres á hijos en ella por largos siglos, viviendo modesta, pero holgadamente, con los frutos de sus campos y con el ganado que criaban con abundancia en sus extensos montazgos, consiguiendo además todos los años ahorrar sus buenos ducados, para dotes de las hijas y de los segundones de casa.

Hacia los años de 1838, era jefe de ella un honrado anciano, llamado Inigo de Auzarraga, de alta calva y blanca cabellera, de hermoso y venerable semblante, y cuya elevada estatura se hallaba muy encostrada bajo el peso de noventa navidades.

Vivia en compañía de una nieta de diez y ocho años de edad, tan bella como hermosa, é hija de su primogénito, que murió casi á la vez que su esposa, dejando huérfana á la niña apenas venida á luz.

Al verse solo con ella, el viejo Inigo trajo á su lado á otro nieta que habia nacido en Motrico de su hijo segundón, que se hallaba casado en aquel puerto; y como con pocos años de diferencia, era de la edad de la niña, pensaba unirle con ella en tiempo oportuno para que continuara á su muerte en el solar de sus mayores la raza y el apellido que no han faltado ya.

No parece sizo que los dos niños comprendieron los deseos del abuelo, segun el cariño y la ternura que llegaron á profesarse. Es verdad que la doncella era un ángel de bondad y de dulzura, y el muchacho uno de esos caracteres francos, generosos y alegres que se hacen querer de todo el mundo.

Y si dignos eran uno del otro por sus cualidades morales, no lo eran menos por las físicas.

Dominica, que así se llamaba ella, tenia una estatura regular, cara ovalada y tez blanca y delicada. Su abundante cabellera castaño-oscuro, llamaba la atención en un país en que es tan comun el buen pelo. Eran garzos sus ojos y dulcísima la expresion de su mirada; la nariz correcta, la boca fina;

y habia un aire de modesta gravedad en todo su ser, que la hacia aparecer de mas años que los que tenia realmente.

El en cambio, era un poco moreno, alto y gallardo de estatura, y con unos ojos negros que revelaban en su limpia y resuelta mirada la franqueza y generosidad de su carácter. Tenia alta la frente, la nariz aguileña y los labios un poco abultados, prontos siempre á entreabrirse, con risa burlona á veces, pero nunca con doblada intencion.

Por lo demás, él con su eterna bulliciosa alegría, y ella con la inagotable ternura de su alma inmaculada, eran el consuelo del pobre anciano, que estaba chocho con ellos.

Sin embargo, por mas que el buen viejo comprendiera todo el valor de la inteligencia y del corazon de su nieta, por muy agradecido que se reconociera á la bondad y á la abnegacion con que se consagraba á cuidarle, casi se sentia mas inclinado al mancebo, y era porque este le divertia con su buen humor, haciéndole olvidar sus años; y nada se desea con mas ansia que la distraccion y el olvido, en esa edad en que abandonándonos el calor y la alegría, se va apoderando del alma la tristeza mortal que da la proximidad de la tumba.

El día que Ortuño, que era el nombre del joven, llegó á sus 22 años, Inigo, que cuando menos, tenia tantas ganas como sus nietos de verlos ya casados, les citó á uno tras otro, al salon que él llamaba de ceremonia, con la grave solemnidad de que gustaba revestirse en las grandes ocasiones.

Por supuesto, que el pretendido salon, no era mas que una gran pieza desmantelada, con el techo y los muros ennegrecidos de humo; y que tenia por todo adorno, dos grandes armarios de roble, arrimados á las paredes de derecha é izquierda: dos arcas talladas que flanqueaban por uno y otro lado la puerta de entrada abierta en el centro; y unas cuantas sillas de madera, con mas en los muros un crucifijo en el testero del balcón; y colgados aquí y allí, azconas, ballestas y espadas enmohecidas, en amable marriage con un yugo de carreta, unas bridas de caballo, media docena de relucientes layas y otros objetos de labor.

Junto al único balcón que daba al campo, y frente á la puerta del salon, se veia un sillón de baqueta con clavos dorados; y sentado gravemente en él, se hallaba el buen Auzarraga esperando á sus nietos, con las manos apoyadas en el pomo de concha de su palo de acebo, y con la cabeza inclinada sobre las manos.

Muy satisfecho de sí mismo, y gozando con el efecto que iba á producir, miraba con impaciencia á la puerta, cuando entraron de pronto los jóvenes cantando alegremente.

El mozo, que segun hemos dicho, era tentado á la risa, soltó el trapo á carcajadas, al ver la aparatosa seriedad del anciano, y dijo dirigiéndose en voz baja á su compañera:

—Mira á nuestro Aitona (1), Dominica, ¡qué ancho y satisfecho está en su tronol! ¡No le falta mas que la mitra para parecerse á un obispo!

—No está bien que te burles del pobre viejo, murmuró la joven. Cuando él hace todo esto, será porque tenga algo grave que comunicarnos.

Inigo, que á pesar de no haber oido las palabras del mozo, comprendió por sus risitas que le estaba tomando el pelo, se irguió con aire muy serio, y dijo dirigiéndose á él:

—Oidme ambos, pero tú en particular, Ortuño. Os llamaba para anunciaros que habiendo llegado tú á los 22 años, y tu prima á los 18, habia pensado en casaros; pero como el que no sabe respetar á los padres, no puede tratar á su mujer como debe, ni criar bien á sus hijos, he desistido de mi intento, y así os podeis retirar.

El arte de picaresca malicia que tomó el rostro del joven á las primeras palabras de su abuelo, fué desapareciendo, segun avanzó en su discurso, y para cuando hubo terminado de hablar, se habia trocado en un velo de profunda tristeza!

Y es que Ortuño conocia bien el carácter de aquel viejo, y sabia que habia en su fondo, á pesar de su bondad, una incontestable firmeza, que nada era capaz de doblar cuando tomaba á pecho las cosas.

Sin embargo, por una de esas bruscas transiciones, propias de los temperamentos impresionables como el suyo, hizo un movimiento, y acercándose al oido de la joven, dijo con resolucion:

—Mira, Dominica; si no conviertes á ese viejo chocho, te juro que me engancho en la primera galera de la costa, y no paro hasta hacerme ahorcar de esos bandidos charchianos (2), que Dios maldiga.

La joven, al oírle se echó á los pies de su abuelo pidiéndole que perdonara las inofensivas burlas de su nieta. Este, viendo por la cara del viejo que aquel era el camino, unió sus ruegos á los de la novia; y al cabo Inigo, afectando rendirse con mucho trabajo, concedió su perdon murmurando:

—Bien, bien, por esta vez me doy á partido; pero os aseguro que á la otra serán vanas vuestras súplicas.

Ortuño entonces con voz melosa respondió:

—¿Pero no sabes acaso, Sr. Aitona, que me retoza la risa en el cuerpo, y que, á falta de otro, me burlo de mí mismo? Mas tampoco debes ignorar que eso no impide que sepa tratarte como mereces, y tambien obligar á otros á que hagan lo mismo.

—¡No lo olvido, no lo olvido! murmuró con secreto orgullo el anciano, recordando un lance en que, habiéndole ofendido un brabucon insolente abusando de su edad, le forzó el impetuoso Ortuño á darle una pública satisfaccion.

—Mas eso no quita, añadió luego, que tengas esa mollera sin un adarme de juicio.

—¿Que no? Ya verás tú, Aitona, que echejaun tan formal hago en cuanto me echen el yugo; que, dicho sea de paso, cuanto antes fuera mejor.

—Eso queda por vuestra cuenta.

—Pues entonces á arreglar las cosas y andando, exclamó el mozo.

—¿Y qué dice nuestra echeoandra (3) á eso?

—¿Yo? contestó ruborizándose la joven, que tú eres el que mandas, Aitona, y tú, por consiguiente, quien debe disponerlo. Pero creo, sin embargo, que fuera mejor dilatarlo hasta que pase el luto.

(1) *Aitona*, de *Aita*, padre y *Ona*, bueno, con cuyo nombre llaman en ciertas zonas al abuelo, ó bien con el de *Aita Aita* en otras, y el cual significa padre, padre, es decir, dos veces padre.

(2) *Charchianos*. No es fácil averiguar si era alguna nacion marítima ó una de esas razas piráticas del Norte que asolaron por mucho tiempo el litoral oceánico; lo que quieren designar con ese nombre los pueblos de la costa vascongada, pero segun la pavorosa memoria que dejaron en ellos, y que aun se conserva hoy día, debieron ser gentes sin Dios ni ley. Saqueo y destruccion de iglesias y conventos, incendios de pueblos enteros, la matanza y la desolacion señalaban por todas partes su paso. No es, pues, extraño si es cierto eso, que fuera su nombre objeto de horror y execracion en las indensas poblaciones que hacian víctimas de sus feroces instintos.

(3) *Echeoandra*, mujer de casa. Llaman así en vascongado á las mas ó señoras de casas acomodadas.

(1) *Gavon Noche-buena*, de *Gau* noche y *on* buena.

—¿Qué luto ni qué niño muerto? exclamó con vehemencia Ortuño.

—Calla, primo, murmuró gravemente la niña. ¡No olvides que es de tu madre!

—¿Y qué cuidado le da á mi madre que nos casemos ahora ó mas tarde? Yo te aseguro que si pudiera hablarnos, nos aconsejaría hacerlo cuanto antes. ¡Tal estaria de contento la pobre!

—Sin embargo... insistió el joven.

—Bueno, bueno, repuso Ortuño; si tú crees que debemos hacer ese sacrificio á su memoria, me conformo desde luego. ¡Era tan buena... y la queria yo tanto!

Al decir esto, volvió como distraído el rostro, quizás por ocultar alguna lágrima que asomaba á sus ojos.

—¿Y cuándo concluye el luto? preguntó el abuelo.

—La víspera de Navidad, contestó Dominica.

—Pues ea, á trabajar para ello, sin olvidaros que nuestro parentesco exige dispensas, historias, y mucho tiempo.

El honrado anciano al decir así se puso en pie, apoyándose en su palo; y Ortuño, echándole los brazos y haciéndole balancear en ellos, gritó:

—¡Viva nuestro Aitona! ¡viva nuestro Aitona! ¡verás qué biznietos tan guapos te vamos á dar!

—¡Local! ¡que me ahogas! balbuceaba el abuelo riéndose á su pesar; y en seguida, apoyado en sus dos gallardos nietos, salió del salon henchido de satisfacción y de orgullo.

II.

Esto sucedía á principios de verano y antes que transcurriera un mes, la provincia llamó á sus marinos á los buques y á sus guerreros á la frontera, en defensa del Rey de Castilla á quien habia declarado guerra el francés.

El padre de Ortuño era marino, y aun él en su infancia habia andado algo en el mar, á la que siempre tenia alguna inclinación; y en su vista, en la necesidad de acudir á campaña, optó por prestar su servicio en la escuadra, y así hizo sus preparativos para marchar.

La víspera de su partida, Dominica, que no habia cesado de llorar en aquellos ocho dias, le dijo con acento suplicante:

—Oye, Ortuño, he hecho una promesa á la Virgen de Izlar, á fin de que te proteja en tu viaje; y como nada tienes que hacer, bien pudieras venir á acompañarme y á encomendarte á ella.

—Bueno, bueno! exclamó el joven con el tono de buen humor de que le era imposible prescindir, aun en las circunstancias más graves; iremos, ya que lo quieres, y eso que yo, al ver que todos te tienen por una Santa, juzgué que me bastaría con tu proteccion. Pero puesto que tambien por allá arriba los que mas pueden sacan mejor tajada, no será malo, en efecto, ponernos bien con quien es Reina y Soberana, pues donde hay pilotos no campan marineros.

—Pero es posible, Ortuño, que ni tratándose de cosas tan sagradas, ni en momentos tan tristes como estos, has de tener alguna formalidad?

—Mujer, no sé como dices eso! En los últimos treinta dias, me he confesado dos veces; me haces rezar un rosario á la mañana, sobre el que me encaja el abuelito á la noche; voy cargado con cinco escapularios que me piden una letanía de padres nuestros, y á pesar de esto, te atreves á decir que no soy formal todavía! ¡Venga Dios y véalo! Santos habrá en el cielo que no hayan hecho otro tanto! Pero hija, añadió luego:—con lo que no me conformo, es con tan largo llorar, pues te aseguro que tengo el corazon como bacalao en remojo.

—¿Y te parece que no hay motivo para lágrimas, cuando vamos á separarnos, ignorando si nos volveremos á ver?

—¡Toma! Eso nos pasa todas las noches. Y me extraña que mi Santa Dominica, que tan buenos sermones me emboca sobre la fragilidad de la vida, no haya caído en cuenta hasta ahora, que no la tenemos segura, ni ahora, ni mañana; ni aquí ni en otra parte.

—Es verdad. Pero eso de vivir constantemente en la mar, y batirse en medio de las borrascas... ¡Oh! ¡Eso es horrible, Ortuño!

Diciendo esto, la enamorada doncella rompió á su pesar en llanto.

—¿Volvemos á las andadas? exclamó su primo. No, pues por esta vez no hago coro á la música.

En seguida entonó con robusto acento una alegre canción; pero poco á poco, y sin darse cuenta de ello, su voz fué debilitándose gradualmente, hasta acabar en silencio; comunicándose á su corazon la tristeza que pesaba sobre el de su novia.

—¿Y cómo no, si aquella hermosa niña, era la mitad de su vida, y hubiera dado la otra mitad por no separarse de ella? Pero como no queria aparecer afligido, se retiró á su cuarto diciendo que volvía al punto.

Al poco tiempo se presentó, y dijo á Dominica:

—Yo ya estoy, con que así, cuando quieras.

—Al momento respondió el joven entrando en su cuarto, y volviendo con un pequeño tiesto de mimbre, que contenía una planta de rosal con dos rosas abiertas.

—¿Qué es eso? preguntó Ortuño.

—¡Mi ofrenda! contestó Dominica; y en seguida se puso en marcha.

El mancebo salió tras ella, y unidos pronto los dos, unas veces alegres y otras tristes, llegaron á la iglesia de Izlar.

No habia nadie en ella.

La joven por delante, y el novio tras ella, llegaron á la grada y se arrodillaron uno junto á otro, y permanecieron así algun tiempo rezando fervorosamente.

De pronto Dominica, dirigiéndose con voz solemne á su primo, le preguntó, tomando por testigo de sus palabras á la Santísima Virgen:

—¿Me prometes, Ortuño, serme fiel en tu ausencia, y si vuelves con salud, hacerme tuya ante el cielo?

—¡Te prometo y lo juro! respondió con firme acento el joven, añadiendo luego:—¿Quieres á tu vez hacerme igual promesa?

—Sí. Y me obligo, además, á no dar nunca mi mano á otro sino á tí.

En seguida, poniéndose en pie, se dirigió al altar, y colocó á los pies de la imagen de Nuestra Señora, el rosal que traía de ofrenda.

Volviendo luego á arrodillarse junto á su primo, le dijo con expresion de profunda confianza:

—¡Mi buena madre, que jamás me ha negado nada, me revelará en la flor de la derecha tu destino, y en la de la izquierda el mío!

Ganas le dieron al mozo de contestar, que quien podría dar pronto cuenta del destino de ambas flores, sería la hija del sacristan, que se despepitaba por las rosas; pero eran tan

les el candor y la santa unción de la niña, que no se atrevió á interrumpirla.

En fin: un cuarto de hora despues, los dos jóvenes caminaban de vuelta para casa, y al siguiente dia, Ortuño, acompañado de las lágrimas de su abuelo y de su prima, tomaba el camino de Guetaria, para embarcarse en un buque de guerra.

III.

A los siete meses de estos sucesos, se celebró la paz entre España y Francia, y con tal motivo, las fuerzas marítimas y terrestres de Guipúzcoa volvieron al pie de paz, y los que habian sido llamados para la campaña, tornaron á sus hogares.

Sin embargo, la escuadra llegó con un buque de menos, y ninguno de los demás tenia noticias de él.

Era precisamente en el que se habia embarcado Ortuño.

No es, pues, extraño que con semejante suceso reinaran la inquietud y el dolor en Auzárraga.

Y á todo esto pasaron algunos dias sin que llegara ninguna nueva, lo que hacia aumentar las probabilidades de una desgracia.

Sin embargo, ni el abuelo ni la nieta se alarmaban, lo que era de temer á juzgar por la pasión con que le querian; y era que Dominica veía todos los dias frescas y lozanas las dos simbólicas rosas; y en cuanto al viejo, ni permitía que se hablara de desgracia. ¡Tal era el espanto que se apoderaba de su ánimo, las pocas veces que se fijaba en su posibilidad!

Pero entre tanto, el tiempo corria, y llegó la semana de Navidad, que era, como sabemos, la época fijada para el matrimonio de los dos primos.

En vano se avisaba y se inquiría; en vano se pedían noticias por todas partes; nada se podia averiguar. Así es que de dia en dia se debilitaba la confianza del pobre Echejaun.

Es verdad que al verse con su nieta repetía lo mismo que hasta entonces:

—Ya verás, el corazon me lo dice; y los cánticos de nuestro buen Ortuño alegrarán como otras veces nuestro Gavon.

Pero lo que antes no sucedía, al terminar estas palabras, añadia ahora suspirando:—¡Si que vendrá! ¡Si que vendrá! Pero ¡ay! si no viniera, no alegría los ojos de su pobre abuelo el sol de Navidad!

No era extraño que el infeliz se sintiera estremecer de terror en los momentos que se apoderaba de su espíritu la probabilidad de su desgracia; que aquel mancebo era la alegría de su vida, mas triste cada dia, y la esperanza de sus ambiciones de raza!

¡Ay! ¿Si desde su marcha faltaba todo al infeliz anciano?... ¿si se le hacia eterno el tiempo y desolada la vida, sin la atonadora alegría del bullicioso joven?... ¿si habian desaparecido con su ausencia la animacion y hasta la luz del viejo solar de Auzárraga?... ¿qué sería el dia en que hubiera que renunciar hasta la esperanza de su vuelta?

Y despues... el pensamiento de dejar sola y sin amparo en el mundo á aquella niña de sus amores; la idea de ver aquel honrado techo que llevaba el apellido de su raza en poder tal vez de gentes mercenarias, y de todos modos sin un nombre que respondiera á su viejo nombre! ¡Oh! todo esto pesaba como una losa de plomo sobre el corazon del desdichado Echejaun!

Entre tanto, habia llegado la antevíspera del dia de Gavon. Dominica, como todas las tardes, se preparó para subir á Izlar.

Ningun dia habia dejado de acudir allí desde la marcha de Ortuño; y siempre habia vuelto con la esperanza en el alma, al ver sus flores brotando lozania y vida.

—¡Vive! ¡vive! solía exclamar con lágrimas de dicha en los ojos. Si se hubiera desgraciado, mi Santísima Madre me lo hubiera dado á entender!

Aquella tarde al salir de casa llevaba el corazon oprimido por un misterioso temor.

Llegó al templo, y arrodillándose cerca de la puerta, oró largo rato sin mirar al rosal, pues tenia la costumbre de hacer antes sus devociones, por ofrecer á Dios de ese modo el pequeño sacrificio de su curiosidad y su amor.

Cuando hubo terminado, se dirigió apresuradamente al altar, y vió con espanto que la rosa de la derecha, la que simbolizaba el destino de Ortuño, se hallaba mustia, deshojada y seca!

Un grito de dolor partió de su pecho herido; inundáronse de lágrimas sus ojos, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para dominarse, cayó de rodillas sobre la grada, y estampando los labios en la fria piedra, murmuró con dolorosa resignacion:

—¡Bendita sea la voluntad de Dios!

Así permaneció la infeliz con el rostro en tierra mas de una hora, pidiendo por el alma del pobre Ortuño, y por la vida de su abuelo, sobre todo por su infeliz abuelo, cuya desesperacion, al conocer su desgracia, la hacia estremecer.

Cuando se puso en pie, la grada en que habia apoyado la frente, se hallaba humedecida por sus lágrimas.

¡Desventurada niña! ¡Entonces, como siempre, solo se acordaba de los demás! Nada pedía para sí, y eso que los latidos de su corazon la decían que no tardaria en seguir la suerte de Ortuño!

Al llegar á la fuente de Lizarbe, se sentó bajo uno de los fresnos que dan nombre á aquel sitio, y allí permaneció unos momentos, llorando al recordar, que al pie de aquellos mismos árboles oyó la última amorosa despedida del infortunado Ortuño.

En seguida se levantó, y acercándose á la fuente, se lavó los ojos, para borrar las huellas de sus lágrimas.

Aunque iba oscureciendo, quiso antes de entrar en casa subir un momento al alto de Salvatore, desde donde se alcanzan á derecha é izquierda los caminos de San Sebastian y de Vizcaya, y en frente el aborrecido Océano, encerrado en un círculo que forman, por delante el horizonte, y por los lados las costas Vasco-francesas.

Allí permaneció algunos instantes dirigiendo ávidas miradas por todas partes, pero no descubriendo nada de lo que buscaba, reanudó tristemente su marcha.

Al llegar á la cuesta de Chopolo, vió á un joven que al pasar junto á ella muy de prisa la saludó alegremente, diciendo:

—¡Agur maite! (1).

—Buenas tardes, contestó la joven en vasculencia, fijándose con interés en el traje marinero que vestía.

El mancebo que se habia adelantado algun trecho, se detuvo de pronto, y volvió el rostro al oír la voz de Dominica que le decía:

(1) (Marte amada). Es el saludo que generalmente dirigen los jóvenes á las doncellas de su clase cuyo nombre ignoran.

—Perdona que te detenga un momento. ¿podrias decirme si has formado parte de las marinas de la Provincia?

—He hecho la campaña en ellas.

—¿Y has conocido ú oído hablar de un tal Ortuño de Auzárraga?

—¡Ha sido compañero mío! ¡Pobre muchacho!

—¿Se ha desgraciado, no es cierto? murmuró la niña haciendo heroicos esfuerzos para ahogar su emocion.

—No puedo asegurarlo completamente, pero será un milagro si se ha salvado.

—¿Y cuándo ha sido eso? ¿Acaso hoy mismo?

—Hoy justamente, y hará lo mas dos boras. Habiéndose detenido muy averiado el buque en un puerto de Galicia, quedamos rezagados para componerlo, pero impacientes todos por volver á casa, echamos á andar antes de tiempo, así es que al doblar este medio dia el cabo de Machichaco, nos fué rindiendo el Noroeste, y al fin nos arrojó sobre unos peñascos próximos á Undarroa. Unos cuantos pudimos cojer un bote y llegar á tierra, pero los demás han sido arrastrados á fondo por la marejada, que era fuerte, y como soy de Zarauz, á donde fácilmente pudiera llegar una falsa noticia que alarmara á mi pobre madre, me he puesto en camino por llegar cuanto antes á casa.

Dicho esto, saludó nuevamente, y desapareció rápidamente entre los árboles.

Pocos momentos despues, llegaba Dominica á Auzárraga, y en cuanto hubo entrado, su abuelo, que la estaba esperando, la preguntó:

—¿Qué hay? ¿Has sabido algo?

La joven, por no contestar, bajó la cabeza haciéndose la distraida, y el viejo, atribuyéndolo á otra causa, prosiguió con esa tenaz insistencia propia de los niños y los ancianos.

—No te alijas, hija mia, pues no tardará en venir. Tú verás como tambien este año celebramos el Gavon con él. ¿Y qué sería en lo demás de su pobre Aitona.

Dominica, con el corazon desgarrado por su inmensa desgracia, y por la aterradora confianza de aquel desdichado, se retiró á llorar á su cuarto.

El dia siguiente, que era la víspera de la Noche-buena, la joven, á la misma hora que la tarde anterior, se dispuso á subir á Izlar.

Al llegar á la puerta de casa, se encontró con su abuelo que le dijo:

—¿A dónde vas, Dominica?

—Voy allá arriba á rezar un rato.

—Haces bien hija mia. Si: vete, y pide á la Virgen, que nos traiga para mañana á Ortuño.

Dominica, que queria ir preparándole para la triste noticia que tendria que recibir antes de mucho tiempo, contestó:

—Pero Aitona, ¿por qué te empeñas en que ha de ser mañana? Lo mismo puede llegar dentro de quince dias... ó mas tarde... ó nunca tal vez!

—¡Calla, niña, calla! Te digo que vendrá mañana. Pero... si no viene, harás bien en ofrecer siempre-vivas por su memoria, porque... habrá dejado de existir! ¡Ay! En tal caso, triste será el Gavon de mañana para el viejo Echejaun de Auzárraga, pues no ha de encontrarle con vida la luz del siguiente sol!

—Siempre estás diciendo eso, Aitona, y no está bien. Dios puede querer que vaya él, siendo joven, y que vivas tú, siendo viejo; y nosotros debemos resignarnos y acatar su voluntad! Y además, ¿te parece bien, abuelito, ese empeño de dejar sola en el mundo á tu pobre nietecilla?

—¡Pero si no es empeño, hija mia! ¿No ves tú esos árboles de los bosques, que se burlan de las borrascas mientras son jóvenes y lozanos, cómo se rinden en seguida al menor soplo de la brisa, cuando los años han carcomido su seno? ¡Pues no me sucede á mí! Yo he visto morir á mis padres y mis hijos, á mi esposa y mis hermanos, sin que tantas desgracias quebrantaran mis fuerzas; y sin embargo, ahora, la pérdida de ese muchacho ó la tuya, me aplanaría de un golpe. Yo me conozco bien, hija mia. Estoy viejo, débil y triste, y así como la alegría podria reanimarme todavía, la menor desgracia bastaría para acabarme. Así, pues, si aun quieres gozar de la compañía de tu abuelo, pide á la Virgen, que tanto te quiere, la llegada de Ortuño para la cena de mañana!

Estas últimas palabras hicieron temblar á la joven. Pero de pronto sintió como una especie de inspiracion misteriosa en los senos mas recónditos de su espíritu. Se recogió un momento en extático arrobamiento, y en seguida, como despertando de un sueño, se dirigió al viejo, y le preguntó con voz solemne:

—¿Te reanimarias, segun has dicho, si le vieras mañana?

—¡Ya lo creo! exclamó ligo levantando los ojos al cielo.

—¿Y si en seguida tuviera que marchar?

—¡Pero á qué se habia de marchar?

—No es eso, señor, lo que quiero saber. Dime: ¿Si viniera á celebrar el Gavon con nosotros, aunque fuera para ausentarse luego, te sentirias con fuerzas para vivir?

—Que duda tiene, respondió el anciano. Me convenceria por mis ojos de que estaba vivo, que es lo primero; y despues, aunque se marchara, como sé que tarde ó temprano habia de volver, me sostendría esa dulce esperanza.

—Entonces... vendrá: murmuró la joven con acento de completa seguridad; y en seguida se puso en marcha para Izlar.

Entró en la iglesia, y sin detenerse como otras veces, se dirigió hácia el altar.

La rosa de la derecha continuaba sin vida, y sus pétalos, ya secos, desprendiéndose de la corola, iban esparciéndose aquí y allá.

La joven exhaló un profundo suspiro, enjugó una lágrima que asomaba á sus ojos, y arrodillándose sobre la grada, murmuró con fé sobrehumana, con esa fé que hace milagros:

—¡Virgen Santísima mia! Yo no soy digna de besar el polvo que pisan tus pies, pero te amo y creo en tí. Nada te pido para mi misma, pues mi dicha, mis amores y mi existencia, ofrezco como siempre á tus plantas. Pero ¡ay Madre mia! Consuela los últimos dias de ese infeliz anciano, que cae bajo el peso del dolor, haciendo que su malogrado nieto, volviendo á la vida, aunque solo para un dia, venga mañana á celebrar á su lado la santa noche que conmemora el nacimiento de tu Jesus.

En seguida estampó sus labios en la grada, y levantándose se llena de confianza, se dirigió al altar.

La flor poco ha marchita y seca, se hallaba erguida sobre su tallo; las hojas esparcidas por el suelo se habian unido á su corola; y su tallo, sus pétalos, su cáliz, en fin, toda ella, ostentaba la frescura y los perfumes que tenia al abrirse.

Dominica, mas conmovida que sorprendida, se prosternó en el suelo, oró largo rato, y emprendió el camino á casa, luchando entre la gratitud á la Virgen, y el espanto que le causaba la próxima aparicion.

En fin, pasó aquella noche, y vino la luz del alba, anun-

ciando el gran día de los cristianos, la víspera de Navidad, y trayendo en pos, la noche de la inmensa alegría, del júbilo santo de todos los adoradores de Jesús.

Pero si general es en todas partes la solemnidad de este día, adquiere en el país vasco, además, un carácter de patriarcal grandeza, que ejerce saludable influencia en las costumbres y en los sentimientos de sus hijos.

En la noche del Gavon, las penas se olvidan, las lágrimas se enjugan, la miseria se esconde de todos sus caseríos, ante la arrebatadora embriaguez de una alegría que raya en locura.

Y es que en ese día, no solo los hijos honrados que salen a trabajar por aliviar la suerte de sus familias, sino los que huyeron de la casa paterna echando tras sí miradas rencorosas; los que se alejaron, por encontrar humilde el pobre caserío para sus locas vanidades; y hasta los que se hallan encadenados a tierras extrañas por la ingratitud o las pasiones... todos ellos, malos o buenos, se acuerdan que allí lejos... ó entre los nogales del valle, ó sobre la cumbre de la colina, ó a las orillas de un torrente, hay un hogar en que vinieron al mundo; á cuyo calor celebraron el Gavon en su infancia, y en donde les aguardan un padre, una madre, para darles su bendición antes de cerrar los ojos, y ¡ay! ante ese pensamiento, echando un velo sobre el pasado, todo Euscalduna toma el palo en la mano, y emprende el camino para sus montañas á celebrar el Gavon.

Y en esa noche, el Patriarca de la familia, sentado junto á la lumbre, aguarda con la sonrisa en los labios y la ternura en el alma, á todos los hijos de su viejo solar. Y en el cántico de alegría que entona por el nacimiento del Dios-Hombre, en el ósculo de amor en que abraza, al terminar, á cuantos se sientan á su mesa, los odios se apagan, los agravios se olvidan, y desaparece todo resentimiento y rencor.

¿Y cómo acordarse de las miserias de nuestro amor propio, de las pequeñeces de la vida, en ese momento augusto y solemne en que las inteligencias celestiales; enajenadas ante el gran Misterio, cantan: «Gloria á Dios en los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad?»

En vista de todo esto se comprende el afán del pobre Inigo Auzárraga para la celebración de este día. A pesar del frío que hacía, aquella mañana sacó un alquí, (sillita de madera), y colocándolo al pie de la encina de su puerta, se sentó en él para aguardar á su bien amado Ortuño.

Tendido á su lado, y con la peluda cabeza apoyada en sus piés, dormita un enorme mastín, fiel guardian de todo caserío vasco.

Desde muy temprano, se ven cruzar multitud de manebos por las cumbres y por los valles, por senderos y por estradas, despertando los ecos con sus alegres alayúas.

Aquí pasa uno cantando á voz en grito; allí aparece otro sobre las rocas de una colina llamando á su compañero, que camina por la otra falda; suena acullá un tamboril á quien siguen, danzando muchachos y muchachas; y vense también de tiempo en tiempo, grupos de padres y madres de familia, que con una porción de pequeños van sosegada y tranquilamente á hacer el Gavon con el abuelo.

Y esta multitud de figuras que aparecen y desaparecen en las quebradas y barrancos, con los cánticos y los gritos que corta bruscamente una revuelta ó prolonga largamente el eco, y que aumentan y disminuyen, se tropiezan y se confunden entre las sombras de los árboles, da á aquel cuadro un carácter tan original y animado, que hubiera divertido á un espíritu menos preocupado que el del infeliz Echejaun.

Pero ¡ay! no está para eso el pobre anciano. Con el oído atento, los ojos fijos en el sendero, permanece todo el día en su puesto, aparte del breve momento en que se retira para hacer su frugal colación.

Mas pasa inútilmente la mañana, y declina también la tarde, y el sol se acerca á su ocaso, sin que venga señal alguna á alegrar su corazón.

De tiempo en tiempo, engañado su débil oído con la semejanza de una voz lejana, con la voz del hijo querido, levanta con ansiedad la cabeza y presta redobladamente atención... pero desvanecida pronto su ilusión, dobla con desaliento la cabeza y murmura tristemente:

—¡Ah! ¡dichosas las entrañas de la madre ó del padre que vayan á alegrar esos cantos!

El corpulento mastín, al ver los movimientos del anciano, pónese también en pie, clavando en él su inteligente mirada; mas al mirar luego su abatimiento, vuelve á echarse á sus plantas, y levantando la cabeza por entre las rodillas del viejo, lame sus manos yertas con cariñosa ternura.

En esto Dominica sale á la puerta, y se acerca á su lado diciendo:

—Retírate, Aitona, que hace fresco para tí.
El viejo, como si no la hubiera oído, murmura con amargo desaliento:

—¡Ay! las horas marchan como mi esperanza, y la noche extenderá pronto sus sombras sobre la tierra, como la muerte sobre mi corazón. Y entre tanto... ¡nada... nada!

Las palabras del infeliz Auzárraga desgarran el alma de la tierna doncella. Levanta los ojos al cielo, estrecha con cariños las manos de su abuelo, y exclama con fe profunda:

—¡Aitona mial! alégrate, vendrá.
—¡Así creía también yo antes! pero... ahora...
—Ahora debes esperar mejor que antes, porque yo he pedido á la Virgen que nos lo traiga, y la Virgen lo traerá.

—¡Ay! ¡ojalá, porque sino...
—Calla y reza tú también, Aitona, aquí abajo, mientras yo subo á hacerlo en su templo.

—Vete, ángel mio, vete, y Ella que es buena y te quiere mucho, querrá consolarlos tal vez.

Dominica en seguida se dirigió como otras tardes á Iziar, y después de entrar en la iglesia, rezó algún tiempo y se acercó luego al altar.

El rosal ostentaba sus dos flores frescas y lozanas. La jóven se arrodilló y exclamó besando la grada:

—¡Gracias, Madre mia, porque has oído á tu sierva! Aunque mi corazón tenga que romperse con tan aterradora aparición, veré alegrarse el alma del pobre anciano, que podrá acabar siquiera en calma sus días, sin desesperación y sin dolor. ¡Oh! ¡gracias de nuevo, Santísima Madre mia! y en cuanto á tu sierva, hágame en ella la voluntad del Señor.

Al terminar sus palabras, levantó la cabeza, y habiendo fijado sus miradas en el altar, se le figuró ver las dos flores agitarse en ténue movimiento; y en el mismísimo instante, un alayúa vibrante y sonoro sacudió los ecos del Andutz.

El anciano Auzárraga, que seguía sentado á la puerta, se puso en pie temblando de ansiedad y de esperanza; y el fiel mastín, dando un buen salto, se arrojó por las jaras del monte aullando de placer.

Poco después se oyó otro grito mas próximo, y luego otro... y otro... y otro; y antes de ocho minutos, el feliz Eche-

jaun, ébrio de placer y de ventura, caía en brazos del nieta de su corazón.

III.

Poco después que Ortuño llegó también á Auzárraga, con dos niños suyos, una hija del viejo Inigo, casada en Oiquina, con los cuales, y las gentes de la casa, sellenó cumplidamente la mesa del buen Echejaun.

No es posible describir la alegría que reinó en la cena, ni las locuras que se hicieron después, ni los innumerables versos que se cantaron.

Apenas quedó en olvido ninguna de las innumerables canciones que tiene el vasco para la celebración del Gavon. Pero la que hubo que repetir varias veces á petición del monagenario anciano, cuyas delicias hacía, ya porque armonizaba con la alegría que embargaba su ánimo, ya porque las palabras de su coro formaban un eco divertidísimo con la explosión de las castañas que sin interrupción se asaban toda la noche, segun costumbre de ese día, era una cuya primera estrofa vamos á transcribir por su cadencioso ritmo, y el aire de encantadora y primitiva sencillez que reinan en ella:

¡Mutill, artuic, artuic bisigu ta ardo
artuic, artuic guazen echerà!
¡Gavon ondo eguin dezagun,
aita ta amaren onduan.
Yeuzi coc dec aita farrez,
baita ama ere contentús!
¡Baita, neu ere, celango traguac
esanz, lenaz Jesus!

¡Eraguic mutill! Eraguic mutill
aurreco Dambolin orri,
Gastañac erre artian, gastañac erre artian
plist plóst,
Gaur gabon eguin daigun ederqui.

Pero quien estaba fuera de sí de satisfacción y de dicha era el gallardo Ortuño, quien no se saciaba de rebosar su alegría al verse en aquel nido de sus amores; al lado del bondadoso anciano á quien tanto amaba, y respirando el dulce aliento de su idolatrada niña, cuya hermosura solo podía compararse con la virginal pureza de su alma.

Pero como en todas las cosas humanas, tampoco allí dejaba de haber una sombra que turbaba la alegría general; y era el velo de tristeza que nublaba, á pesar de sus esfuerzos, el rostro de Dominica, y que en vez de dispersarse se extendía al compás de la exaltación y de la loca algazara de los demás.

—¿Por qué no ríes? ¿Por qué no cantas como nosotros? le decía Ortuño. Aun prescindiendo de la inesperada llegada de todo un mozo como yo, que basta para alegrar los ojillos de todas las muchachas del contorno, ¿no hay acaso en la solemnidad de una noche como esta, bastante motivo para despertar el inocente júbilo de una doncella tan piadosa como tú?

—¡Déjala! ¡Déjala! replicaba el viejo cuya ventura nada era capaz de turbar en aquellos momentos. La emoción y el placer de verte aquí tan de repente cuando ya te contaba con los muertos, la ha embargado los sentidos. Canta tú, Ortuño, que lo haces muy bien, y verás como también ella se anima poco á poco.

Diciendo así, Inigo entonaba una canción con voz trémula, y pronto el jóven con robusto acento, y la hija y los niños y los sirvientes hacían coro al venerable jefe.

Sin embargo, nada de esto bastaba á sacar á Dominica de su sombría abstracción.

No era pesar, no era tristeza lo que sentía su corazón en presencia de aquel desdichado que á sus ojos se hallaba allí por milagro, con el único objeto de reanimar á su abuelo, y que al día siguiente, ó en la misma noche tal vez, había de dejar la vida para siempre! ¡Era un sentimiento de angustia, de sobrehumano terror que helaba su sangre en las venas, y hacía suspender bruscamente al pensar en ello los latidos de su corazón!

¡Aquella algazara, aquellos cantos y gritos de júbilo, resonaban en su alma como las lúgubres lamentaciones de un entierro! Le parecía asistir á la fiesta fantástica de la muerte, que celebraban los espíritus enemigos en torno á la tumba de su amante, que se dejaba arrastrar á ella enloquecido por las extrepitosas careajadas de su alegría infernal.

La ligera palidez y las amarillentas ojeras que dejaron en el rostro de Ortuño las fatigas del naufragio, así como las angustias y las convulsiones de la agonía, aparecían á los ojos de Dominica como las huellas estampadas por la muerte, quien lejos de renunciar á él, expiaba el instante de verle abandonado del poder divino que le había arrancado por un momento de entre manos, para echarle de nuevo la garra.

¡No puede pintarse la dolorosa agonía que sufrió la infeliz en esa eterna noche!

Ya para el fin, sus oídos zumbaban; ahogábase el desordenado movimiento de su corazón, y el frío sudor de la agonía bañaba su pálida frente.

—¡Siquiera su alma! ¡Siquiera su alma! murmuraba con espanto al pensar que acaso dentro de pocas horas tendría que dar á Dios cuenta de su vida aquel infeliz que en la embriaguez de su dicha solo pensaba entonces en gozar y vivir!

Si aquello hubiera continuado unos minutos mas, hubiera caído desvanecida por la emoción.

Afortunadamente Auzárraga dejando la mesa, se asomó á la ventana y viendo por la posición de los astros que era ya la media noche, dió por terminada la fiesta disponiendo que en honra de la Santísima Virgen se rezara el santo rosario.

Así se hizo, y cuando después de concluir se fué todo el mundo retirando, Dominica se acercó á Ortuño y le dijo que tenía que hablarle.

—Ya lo estaba esperando, repuso con aire malicioso el jóven; ¿qué muchacha, por poco enamorada que esté, no tiene algo que decir á su novio después de tanta ausencia?

—¿Pero es posible, Ortuño, repuso con dolor su prima, que te ocupen en este instante semejantes pensamientos?

—No, que me ocuparé de las caras feas de esos horribles charchianos teniendo una tan bonita á mi lado.

—Sin embargo... Ortuño...
—Mira Dominica: ó á mí se me ha vuelto la mollera, ó á tí te pasa algo grave que te preocupa en extremo.

—Algo... ¡sí! ¡por desgracia!
—¿Y querrás decirme qué es ello?

—¡He creído que habías muerto!
—No le ha faltado mucho.

—Pero no es eso solo; sino que aun temo...
—¿Qué?

—Que no estés... del todo vivo.

Ortuño al oír aquello que le parecía un enorme despropósito, miró con atónitos ojos á su prometida, temiendo que hubiese perdido la cabeza; pero luego cediendo en vista de su

seriedad á su hilaridad habitual, soltó una extrepitosa careajada.

La jóven, como si aquella risa hubiera sido una puñalada que la hiriera en el corazón, llevó las manos al pecho y prorumpió en un triste llanto.

Entonces su novio, que la quería apasionadamente y que tenía por otra parte tan alta idea de su virtud y de su talento, sospechó que algún fundamento tendrían sus aparentes extravagancias, y la dijo estrechando con ternura sus manos.

—Vamos, Dominica mia, tranquilízate y dime lo que te ocurre; pues una muchacha tan juiciosa y razonable como tú, no hace por mero capricho lo que tú esta noche.

—Sí, todo lo sabrás Ortuño; pero necesito conocer antes las circunstancias de tu naufragio.

—Ya las has oído hace poco, pero te las repetiré si deseas.

—Sí, sí.

—Pues bien; al doblar nuestro buque anteayer el cabo de Machichaco para ganar el puerto de Guetaria, fué rendido por el horrible Noroeste que reinaba, y arrastrado por las olas y anegándose por el agua que le entraba á consecuencia de la mala reparación de anteriores averías, acabó por ser arrojado sobre unos peñascos. Algunos ganaron un bote pero pocos, y los demás quedamos entregados á las olas aunque muy cerca de tierra; á pesar de lo cual, nos fué imposible arribar á ella, porque la maldita resaca nos llevaba mar adentro. Yo ignoro cuántos se salvaron, si bien he oído decir que alguna media docena, que serían sin duda los que se embarcaron en el bote. En cuanto á mí, después de luchar desesperadamente algún tiempo, sentí que se me agotaron las fuerzas, y comprendí que ya no había salvación posible. En tan terrible instante, pedí á Dios perdón de mis culpas, invoqué á la Virgen de Iziar como á la última esperanza, y enviándome mi postre adios, me abandoné á las olas.

No puedo decirte lo que pasó desde ese punto, pues perdí completamente los sentidos; pero lo que sé es que al día siguiente, es decir, á las veinticuatro horas de haberme entregado á la muerte, volví en mi conocimiento en una pequeña playa próxima á Motrico. Ahora bien; ¿dónde pasó esas veinticuatro horas? ¡Lo ignoro! ¿Cómo volví en mí? No lo sé. Pero es de creer que en el momento de desvanecerme, vendría alguna de esas monstruosas andanadas que levanta la marejada de tiempo en tiempo, y que alzándose como una pluma, me arrojaba playa arriba dejándome en seco al retirarse.

—¿Y á qué hora perdiste el sentido?

—Hacia las cuatro próximamente.

—A la hora en que vi anteayer ya marchitada su rosa; dijo para sí la jóven. Luego añadió en voz alta:

—¿Y cuándo lo recobraste?

—A igual hora del siguiente día; es decir, ayer tarde.

—Si; y á la misma en que yo pedía á la Virgen que me volviera á la vida, pensó ella; y luego alzando la voz le preguntó:

—¿Y qué sucedió después?

—Que llegué medio arrastrándome á casa de mi padre, donde he pasado la noche. Esta mañana quisé tomar el camino para aquí, pero ya por acceder á los deseos de mi padre que quería comer conmigo, y ya también porque me hallaba un poco fatigado, me rendí á su voluntad, y allí he estado hasta las dos ó las tres, en que he emprendido el trote para esta, llegando mientras tú estabas en la iglesia.

—Y dime, Ortuño, murmuró con voz conmovida la jóven, ¿no echas de ver que hay muchas cosas increíbles, casi milagrosas, en lo que te ha pasado?

—Eso es segun se toman las cosas, repuso Ortuño.

—Tómalas como quieras; pero eso de no poder acercarte á tierra hallándote vivo y con todas tus fuerzas, y luego llegar estando desmayado ó muerto; permanecer veinte y cuatro horas sin dar señales de vida, y encontrarte de pronto en plena salud; y todo ello coincidiendo con otras cosas no menos extraordinarias que á mí me han ocurrido, da á ese suceso un carácter misterioso y terrible. Pero mu y terrible, Ortuño, añadió la jóven, por preparar á su primo á lo que le iba á decir.

—Chica, me vas á asustar, exclamó riéndose este.

—Por Dios, Ortuño, no te rías. Te se van á erizar los pelos en cuanto conozcas la situación en que te hallas.

—¡Pues esta sea la peor! Encontrarse tras una buena cena, cara á cara con una muchacha como una perla. ¡Por ahí me las den todas, hija!

—¿Y si tuviera que darte una funesta, espantosa noticia en que te fuera tal vez la vida?

—Te diría que me dejaras pasar al menos esta noche, pues lo malo, cuanto mas tarde mejor.

—Pero no puedo dejarlo. Necesito hablarle, porque un deber de conciencia me obliga á ello. Pero ¡ay Ortuño mio! apela á todo el valor que Dios te ha dado, y perdóname la pavorosa desgracia que voy á anunciarte.

—Pero mujer, acaba. No parece sino que viene el día del juicio. Tú estás buena, el Aitona está vivo, mi padre está sano... ¿qué demonio puedes, pues, decirme que haya de morirme tanto?

—¿Y tú? exclamó temblando de miedo la jóven.

—¿Yo, qué?

—¿Estás seguro... de... que te hallas... vivo?

—Pues hija, hasta eso podría llegar la broma, exclamó riéndose Ortuño.

—¿Quieres oírme un momento? preguntó con gravedad Dominica.

—No deseo otra cosa, repuso el otro.

—Escucha, pues, primo mio. Eres hombre, eres valiente, eres cristiano, y te pido que te acuerdes de esas tres cosas para oírme con serenidad. No habrás olvidado que al marcharte, ofrecí en ofrenda á la Virgen un rosal con dos flores abiertas, las cuales simbolizaban tu destino y el mio.

—Sí. El mio la de la derecha, y la otra el tuyo.

—Pues bien; mientras ha durado tu ausencia, he subido todas las tardes á la iglesia, para pedir á Dios por tu salud, y ver al mismo tiempo nuestras flores; y aquí principia lo raro; hasta ayer á la tarde, una y otra se han conservado frescas y lozanas.

—Las regaría la hija del sacristán. Mañana le daré las gracias con un abrazo; y eso que preferible sería dárselo al gorriño de piedra de la iglesia de Deva.

—¡Ortuño! exclamó la jóven con severo acento.

—Sigue, sigue y acaba, que estoy cayendo de sueño.

—Ayer á la tarde estaba yo allí, poco mas ó menos á la hora en que tú naufragaste, y la rosa de la derecha cayó deshojada y sin vida.

—¡Por cuánto vos no habia de ser yo el pagano! ¡ah! ¡pícaro sacristán. Pues que te abraze tu abuela.

Dominica sentía desgarrarse el corazón con las interrupciones de Ortuño, pero al fin, pensando en que era mejor que recibiera paulatinamente el golpe, continuó sin fijarse en ellas.

—La muerte de aquella flor, fué para mí el infalible anuncio de una desgracia tuya, y desde aquel momento, he estado aguardando la confirmación de mis temores, hasta que ayer tarde nos la comunicó un marinero de Zarauz.

—¿Es también de los que se han salvado?

—Sí.

—Pues me alegro, porque es un buen muchacho. ¿Puede que aquel me contara entre los tiburones?

—Justamente. Por lo cual ya puedes figurarte lo que yo habré sufrido amándote, acaso más de lo que debiera.

—No, chiquita. Eso no, por mucho que hagas.

—Pero como si mis penas no fueran bastantes, vino á rematarlas la sombría desesperación del pobre abuelo, que me estaba repitiendo á todas que si tú no llegabas para el Gavon, él se moriría al día siguiente.

—Pues hubiera hecho muy mal.

—Al principio no di gran importancia á sus palabras, creyendo que serían solo uno de esos desahogos de los primeros accesos de dolor; pero posteriormente, y sobre todo en estos tres días, se iba abatiendo de tal modo, que me convencí de que si tú no venías, no habría remedio para él. Sintiendo entonces dentro de mí una especie de inspiración misteriosa, le pregunté ayer tarde si se reanimaría con verte á su lado esta noche, aunque fuera para que te ausentaras luego de aquí; y habiéndome contestado afirmativamente, subí á la iglesia, y llena de una fe viva pedí á la Virgen que te hiciera volver á la vida, si quiera solo para esta noche, á fin de arrancar al pobre anciano de la sombría desesperación que le iba á llevar á la tumba.

—¿Sabes chiquita que te pierdes de generosa? Pues á fe que lo mismo le costaba á Dios darme un día que un siglo.

—Pero en ese caso, mi petición hubiera sido interesada, por lo que ni merecía, ni hubiera sido acogida; lo que no sucedía siendo movida únicamente por la aflicción de un padre desgraciado. Así es, que al terminar mi oración, sentí una segura confianza de que había sido escuchada; y en efecto, al levantar la cabeza, vi que tu flor, poco antes deshojada y seca, se hallaba ya erguida sobre su tallo lleno de lozanía y de vida. Esto sucedía ayer tarde, precisamente á la hora en que tú despertabas en la playa.

—Si te digo que hay cosas que no se explican; respondió el mozo sin saber qué pensar de tan rara coincidencia.

—¿Que no se explican? ¡Ay Ortuño! harto clara veo yo esa explicación. El caso es que por último, esta tarde, subí también á iziar, y al dar las gracias á la Virgen por el milagro que ya para mí era indudable, vi agitarse las flores al mismo tiempo que resonaba por allí tu primer alayta.

—Mira Dominica, repuso con gravedad Ortuño; no dejes de conocer que hay cosas muy raras en lo que nos ha pasado, y yo sin meterme en honduras, doy muchísimas gracias á Dios y á la Virgen por verme sano y alegre entre vosotros. Así, mañana me confesaré, y á la tarde haré cantar una salve en su honra.

—Harás bien, muy bien, Ortuño; mas no eches en olvido que esa vida que tienes, te se ha dado por momentos, y que debes prepararte á dejarla con santa resignación!

—Lo que es eso, protesto ¡hija! Yo me encuentro perfectamente bien con mi vida, y no pienso en soltarla así ni mas ni menos. ¿Y ahora que se me hace agua la boca al pensar que vamos á casarnos muy pronto? ¿Pues no era mala la ocasión para estirar la pata?

—¿Pero qué se ha de hacer Ortuño?

—¿Qué hacer? Al menos yo, irme por de pronto á la cama, y dormirme soñando que dentro de un mes tendré una mujercita que vale los oros del mundo; y en cuanto á tí, si te hace cosquillas el miedo, puedes pasar la noche pidiendo á la Virgen que ya que antes te otorgó mi vida en obsequio del viejo, te la conceda ahora para mi felicidad y la tuya.

Diciendo así, y antes de que la jóven volviera de su abstracción, la dió un cordial abrazo, y se escapó riéndose del gesto de disgusto que hizo á su exabrupto.

Dominica al verse sola, se retiró á su habitación y se echó de rodillas á los pies de un crucifijo.

Allí permaneció más de dos horas, rezando y llorando á la vez, y expiando con mortal ansiedad el menor ruido, el más leve rumor que le anunciara la desgracia de Ortuño.

No pudiendo dominar por más tiempo su agitación, se puso en pié y se dirigió silenciosamente hácia el cuarto que ocupaba su primo, y aplicó el oído á la puerta.

Ortuño dormía, y muy sosegadamente, á juzgar por su acompasada y tranquila respiración.

Algo aliviada con esto, volvió á su cuarto y arrodillándose de nuevo, continuó rezando hasta que apuntó la primera luz de la aurora.

Entonces se levantó, y se dirigió como antes al dormitorio del jóven, y al aproximarse á la puerta se le figuró oír dentro un sordo murmullo, que podía tomarse por la fatiga anhelosa de la agonía.

La infeliz tuvo que apoyarse en la pared para no caer rendida al peso de su emoción. Sin embargo, reunió todas sus fuerzas para pronunciar débilmente el nombre de

—Ortuño!

—¿Quién es? preguntaron del cuarto.

—Soy yo! contestó con voz apagada ella.

—Pues entra hija; que no has de encontrarte con los malos! respondió con alegre acento Ortuño.

—¿Pero á qué te levantas tan temprano? dijo ella entrando, y añadió luego con inquietud: ¿Acaso te sientes mal primo mio?

—No hermosa prima, no, al contrario; mas sano y mas guapo que nunca. ¡Sino que como soy un buen cristiano, y un muchacho juicioso, á pesar de la mala opinión en que me teneis, he estado haciendo mi exámen: pues como te dije anoche, voy á celebrar este gran día con un buen lavatorio del alma!

Dominica se tranquilizó, y levantó los ojos al cielo con muestras de intensa satisfacción, diciendo en seguida:

—Muy bien Ortuño mio! ¡Oh! ¿Quién sabe si por ese buen pensamiento accederá Dios á mis ruegos?

Después de esto se despidió de él, y dirigiéndose apresuradamente á iziar, entró en el templo.

Poco mas tarde llegó Ortuño, y después de confesarse se presentó á comulgar en la grada.

Estaba solo; y en el momento en que recibía al Señor, Dominica creyó ver moverse las dos rosas cruzándose la una sobre la otra, y uniéndose estrechamente, formar un lazo las dos.

Ahogada casi en su vista, por una indescriptible sensación de placer, dobló la frente en tierra, y murmuró con acento trémulo de gratitud:

—¡Oh! ¡Gracias Santísima Virgen mia; porque has oído de nuevo á tu sierva!

Después de esto, aun permanecieron uno y otro largo tiempo en la iglesia.

Ortuño fué el primero que salió, y á los pocos momentos se le reunió su prima.

¡Su frente brillaba con la serenidad del contento, sus labios sonreían dulcemente, y resplandecían sus miradas con effluvios de inefable felicidad!

Ortuño quedó sorprendido al verla de aquel modo, y exclamó contemplándola con amoroso arrobamiento.

—¡Oh! ¡Qué hermosa estás Dominica! ¡Si los ángeles del cielo tienen figura como los hombres, deben parecerse á tí!

—Es que soy muy dichosa, Ortuño, respondió la doncella mirándole con ternura; y la dicha embellece! ¡Dios permite nuestra unión, ¡oh! qué bueno, qué bueno es Dios!

El rosal simbólico desapareció el mismo día; según Dominica llevado por el ángel del Señor, y según Ortuño, por el demonio de la sacristana, á quien clasificaba entre los de la otra banda, por su excesiva fealdad.

Como quiera que sea, dos meses después, casados ya los primos, eran todo lo felices que pueden ser dos criaturas en el mundo; pero si contentos se hallaban con su suerte, no lo estaba menos el venturoso y viejo Echejaun, que elevado á un nuevo grado de paternidad, todavía vivió lo bastante para celebrar otro *Gavon* con ellos, viendo con la baba en los labios y el contento en el alma, jugar en sus rodillas á un precioso retoño de los Auzárragas, de la misma catadura y del mismo nombre que él.

JUAN VENANCIO ARAQUISTAIN.

Deva 15 de Diciembre de 1867.

La *Gaceta* ha publicado un Real decreto autorizando al Ministro de Ultramar, para admitir en público concurso, proposiciones que tengan por objeto el servicio provisional de vapores-correos, entre la Península y las islas de Puerto-Rico y Cuba.

Creemos escusado decir á nuestros lectores, que ha sido rescindiendo el contrato anteriormente celebrado con una casa inglesa.

Con el mas profundo sentimiento de nuestro corazón, anunciamos el fallecimiento del Sr. D. Luis Garcia Luna, uno de nuestros mas asiduos colaboradores.

Literato tan distinguido como modesto, el malogrado Garcia Luna ha dedicado su existencia á ese trabajo incesante del periodismo, que seca, que consume, que aniquila, y en cuyo término solo se encuentra, la mayor parte de las veces, una muerte prematura y una familia huérfana y pobre.

¡Tal es el porvenir de la mayor parte de los hombres de letras en nuestro país!

¡Que el cielo premie la honradez, la laboriosidad, las virtudes de nuestro infortunado amigo; y envíe á su desolada viuda el consuelo que tanto ha menester.

Las últimas noticias de Santo Domingo son poco tranquilizadoras: los dominicanos y los haitianos se entregan á una lucha encarnizada, á cuyos horrores se unen los mas destructores huracanes.

La proposición de acusar al presidente Johnson, ha sido rechazada por el Congreso por 408 votos contra 53. De los 408 votos 96 son de diputados republicanos; es decir, pertenecientes al partido que mas guerra hacia al presidente.

La escuadra anglo-americana se compone en la actualidad de 248 buques de vapor que montan 4.869 cañones, y los tripulan 44.900 hombres.

Tan pronto como llegue á Trieste el cuerpo del emperador Maximiliano, se enviará con gran pompa á Viena, siendo enterrado en la iglesia del convento de Capuchinos, donde descansan desde el 22 de Julio de 1832 los restos del duque de Reichstadt.

Las últimas noticias de Chile dicen que el Congreso seguía reunido, y que existía mucho descontento contra el gobierno, porque ha dejado al país indefenso para el caso en que España trate de renovar la guerra.

El pabellon federal de la marina de Alemania del Norte ha sido reconocido hasta ahora por todas las potencias marítimas de Europa, por el Brasil y por los Estados-Unidos de América.

Las últimas noticias del Perú dicen que la anarquía es general en aquella República, y que los furios revolucionarios han tomado un carácter salvaje desconocido hasta ahora.

UNA CALAMIDAD PÚBLICA.

Filipinas y Puerto-Rico están de luto, y un profundo grito de dolor arrancado de lo mas hondo del pecho de sus habitantes, ha venido á aumentar las aflicciones que soportan todas las clases de la Península.

Tiempo hace que la Providencia, en sus juicios inexcrutables, azota con toda clase de desgracias á nuestros hermanos del otro lado del Océano atlántico, y á una calamidad la sigue otra, y una desgracia lleva en pos de sí otras desgracias, colmándose el vaso del dolor.

Un temporal de los llamados collas, acompañado de huracanes ó inundaciones, ha sumido en la miseria á multitud de familias en la primera de las islas, y lo que es mas aterrador y sensible el número considerable de cadáveres que han devuelto los rios á los pueblos y rancherías de las cabeceras de Ilocos, Sur, en Visayas, y en casi todas las partes pobladas del archipiélago. Los días 20 al 26 de Setiembre serán un recuerdo funesto para los que han sobrevivido á tanto desastre, no enjugándose las lágrimas de los infelices filipinos en mucho tiempo.

Las casas, las plantaciones, los ganados han desaparecido: las calzadas y los puentes no existen, buques perdidos; escombros y ruinas donde antes tenía segura planta la felicidad hija del trabajo, y de todas partes se levanta una voz implorando la caridad y el socorro.

Y este supremo clamor de los atribulados filipinos, cruzando como un eco los mares, y retumbando sordo y amenazador de ola en ola, ha venido á romper con siniestro augurio en las playas que sostienen nuestra Antilla de Puerto-Rico. Aquí los cadáveres no son tantos, las inundaciones menores, las pérdidas materiales exceden relativamente. A los huracanes del 29 de Octubre, han sucedido los terremotos del 18 de Noviembre y días siguientes, y para que nada falte á cuadro de tintas tan recargadas y sombrías, hasta los mares parecen haber violentado su nivel ordinario.

En la capital los edificios públicos y particulares, y con especialidad los primeros, están cuarteados, amenazando todos ellos ruinas; las dependencias del Estado, funcionan en barracas improvisadas en las plazas, y los habitantes acampan en deshabitado, temerosos de morir entre escombros. Las alcaldías municipales de Toabaya, de Naguabo, de Fajardo y otras, han experimentado grandes pérdidas en sus haciendas, fábricas y pulperías, y una calamidad ha proyectado otra tanto ó mas terrible; la del hambre.

Puerto-Rico, que por causas no estrañas, pasaba por una crisis mercantil desfavorable para sus intereses reproductores, está hoy en peor y mas sensible situación que Filipinas. No hay en aquella isla tanta savia, tanta vida propia como en esta. Ayudando á los habitantes de la última de nuestras posesiones, renacerán sus grandes plantíos de tabaco, y la edificación que allí no es costosa ni de tiempo, reemplazará los desastres del siniestro que ha puesto luto en sus corazones, y llanto en los ojos de sus hermanos peninsulares; pero la ciudad de San Juan Bautista, y los pueblos que constituyen sus nueve departamentos, (suponiendo se apiade Dios de ellos,) encontrarán un lenitivo bastante con el resultado de las suscripciones públicas, abiertas en todo el reino, y en nuestra hermosa isla de Cuba, por iniciativa del Gobierno?

Aplaudimos de todas veras cuantos socorros y consuelos se han prodigado, y no tenemos sino palabras de entusiasmo para el decreto declarando libre de derechos fiscales y arancelarios la introducción de cereales, caldos y máquinas agrícolas. Estas medidas honran al Ministro de Ultramar, y así lo decimos, porque nuestra Revista no tiene mas que un criterio tratándose de las Antillas; el de sancionar cuantas disposiciones se encaminen á llevar orden á la administración, y la suma de felicidad de que tan acreedoras son.

Nos asalta el temor, como dejamos expresado, de que las adoptadas en los primeros momentos no sean lo bastante reparadoras. La suscripción representa un laudable deseo, en ella tomarán parte todas las clases del Estado, refractándose una vez mas los nobles y caritativos sentimientos de los españoles, dispuestos siempre en favor de sus hermanos de Ultramar. ¡y sin embargo, la suscripción no bastará al alivio general de cuantas personas han sufrido en sus bienes los rigores de los baguios y de los terremotos! Los esfuerzos, el desinterés y hasta el sacrificio pecuniario de las individualidades, enjugarán no pocas lágrimas, corriendo con noble emulación á responder al llamamiento patriótico que el Gobierno les ha dirigido; pero el mal es demasiado profundo, deja raíces muy esparcidas en todo el cuerpo social de los habitantes de aquellas islas, y hay que considerar, no únicamente el presente sino de una manera mas decisiva el porvenir, que es la esencia de su alma, la emanación de sus sentimientos, el aire que han de respirar sus desfallecidos pulmones, relegando la atonía é impulsándolos á la satisfacción de una vida de afanoso trabajo, pero remuneratorio y vivificador.

No hay oposicion de ningun género, en la expresion de esta duda que asalta nuestra imaginación; no pretendemos, tampoco, inmiscuirnos en los secretos del Gobierno, que quizás escoge en estos momentos los medios de auxiliar mas eficazmente á los filipinos y puertos-riqueños; pero consagrados desde muchos años al estudio de sus necesidades y á la defensa de sus intereses, no podemos olvidar las cifras que representan sus presupuestos de gastos é ingresos, y al compulsarlas, las deducciones que de ellas se desprenden, con relacion á la situación por que atraviesan actualmente.

El de Puerto-Rico, en el año económico de 1865-66, presenta los resultados siguientes:

Ingresos.....	Pesos fuertes.....	3.371.752
Gastos.....	»	3.249.172
		SOBRANTE..... 122.580

P. ARGUELLES.

Por lo no firmado, el Secretario de la redaccion, Eugenio de Olavarría.

MADRID: 1867.-Imp. de Campuzano hermanos, Ave María, 17.

SECCION DE ANUNCIOS.

La Señora D. estaba flaca de un modo espantoso desde hacia diez años: experimentaba una repugnancia invencible por la carne y los cuerpos grasos; tenía un estreñimiento pertinaz y cefalalgia acompañada de vértigos, muchas veces de palpitaciones y de opresión luego que andaba un poco; tenía también una debilidad general muy grande y sufría dolores de estómago con pesadez, principalmente después de las comidas. La recetó el **carbon de Belloc** en cantidad de cuatro cucharadas por día, una antes y otra después de cada comida.—El apetito no tardó en manifestarse. Casi siempre he observado en casos semejantes la vuelta instantánea del apetito, después de la ingestión de las primeras porciones de carbon. El estreñimiento fué vencido muy pronto; la enferma pudo comer entonces con placer carne, por la cual tenía antes una profunda repugnancia. La enferma engordó y la salud no tardó en restablecerse completamente.
(Extraído del informe aprobado por la Academia de medicina de París.)

Medalla á la Sociedad de las Ciencias industriales de París.

NO MAS CANAS MELANOGENA

TINTURA SOBRE ALIENTE de DICQUEMARE aíné DE RUAN

Para teñir en un minuto, en todos los matices, los cabellos y la barba, sin peligro para la piel y sin ningun clor.

Esta tintura es superior á todas las usadas hasta el día de hoy.

Fábrica en Ruan, rue Saint-Nicolas, 39. Depósito en casa de los principales peluqueros y perfumadores del mundo. Casa en París, rue St-Honoré, 207.

CORS CALLOS

Juanetes, Callosidades, Ojos de Pollo, Uñeros, etc., en 30 minutos se desembaraza uno de ellos con las **LIMAS AMERICANAS** de P. Mourthé, con privilegio s. g. d. g., proveedor de los ejércitos, aprobadas por diversas academias y por 15 gobiernos. — 3,000 curas auténticas. — Medallas de primera y segunda clases. — Por invitación del señor Ministro de la guerra, 2,000 soldados han sido curados, y su curación se ha hecho constar con certificados oficiales. (Véase el prospecto.) Depósito general en **PARIS, 28, rue Geoffroy-Lasnier**, y en **Madrid, BORREL hermanos, 5, Puerta del Sol**, y en todas las farmacias.

PASTA Y JARABE DE NAFÉ de DELANGRENIER

Los únicos pectorales aprobados por los profesores de la Facultad de Medicina de Francia y por 50 médicos de los Hospitales de París, quienes han hecho constar su superioridad sobre todos los otros pectorales y su indudable eficacia contra los **Romadizos, Grippe, Irritaciones** y las **Afecciones del pecho** y de la garganta.

RACAHOUT DE LOS ARABES de DELANGRENIER

Único alimento aprobado por la Academia de Medicina de Francia. Restituye á las personas enfermas del **Estómago** ó de los **Intestinos**; fortifica á los niños y á las personas débiles, y por sus propiedades **análepticas**, preserva de las **Fiebres amarilla y tifoidea**.

Cada frasco y caja lleva, sobre la etiqueta, el nombre y rúbrica de **DELANGRENIER**, y las señas de su casa, calle de Richelieu, 26, en París. — Tener cuidado con las falsificaciones. Depósitos en las principales Farmacias de América.

POUDRE DE ROGE
Purgatif aussi sur qu'aéritable

Un frasco de **Polve de Rogé** disuelto en una botella de agua produce una limonada agradable al paladar, que purga pronto y de un modo seguro, sin causar irritación, lo que hacen la mayor parte de los purgantes, segun lo comprueba la Academia de medicina.

El polvo de Rogé se conserva infinitamente y puede llevarse fácilmente cuando se viaja

Depósito General en París, 19, rue Jacob, y en las boticas de todo el mundo.

PILULES DE VALLET

Las **píldoras de Vallet**, aprobadas por la Academia de medicina, se emplean con gran éxito para la curación de los colores pálidos y para fortificar á los temperamentos débiles y **Esténicos**.

Este ferruginoso no mancha la dentadura.

Para que sean legítimas es preciso que cada **píldora** lleve grabado el nombre del **inventor** de este modo.

Depósito General en París, 19, rue Jacob, y en las boticas de todo el mundo.

PASTILLES ET POUDRE DU D^r BELLOC

Un informe aprobado por la Academia de medicina comprueba que varias personas atacadas de enfermedades del estómago y de los intestinos han visto cesar en **pocos días** y completamente los dolores más agudos con el uso del **Carbon de Belloc** que se vende en polvo y en pastillas. Cura también el estreñimiento y en razón de sus calidades absorbentes, está recomendado como uno de los mejores remedios contra la **colerina**.

Depósito General en París, 19, rue Jacob, y en las boticas de todo el mundo.

VIN DE QUINIUM D'ALFRED LABARRAQUE

Este vino cuya composición se garantiza inalterable es sin contradicción alguna la mejor de las preparaciones de quina. Es de gran valor como tónico y reparador y previene ó cura las fiebres. Obra de una manera maravillosa en los convalecientes para reparar su perdida salud. Exijase como garantía de origen la firma de **Alfred Labarraque**.

Depósito General en París, 19, rue Jacob, y en las boticas de todo el mundo.

LINIMENTO GENEAU, PARA LOS CABALLOS

Solo este precioso **Tópico** reemplaza al **Cauterio**, y cura radicalmente y en pocos días, las **Cojeras**, las **Lisaduras**, **Esquines**, **Aleances**, **Moletas**, **Alifafes**, **Esparavanes**, **Sobrehucos**, **Flojedades**, etc., sin ocasionar **llaga** ni **caída de pelo**. — Los resultados en las afecciones de **Pecho**, los **Catarros**, **Bronquitis**, **Mal de Garganta**, **Optalmias**, etc., no admiten competencia. — La cura se hace á la mano en 3 minutos, **sin dolor**, y **sin cortar ni afeitar el pelo**. — Precio: 6 francos. — FARMACIA GENEAU, 275, rue Saint-Honoré, PARIS; — la **Habana**, en casa de los **SS. Sarra y C^{ia}**, y en las Farmacias del Estranjero. — **Madrid**, **GARRIDO**.

MEDICAMENTOS FRANCESES EN BOGA

De venta en **PARIS, 7, calle de La Feuillade**

EN CASA DE

MM. GRIMAULT y C^{ia}

Farmacéuticos de S. A. I. el principe Napoleon.

Depósitos en todas las buenas farmacias del mundo.

JACQUECAS, NEURALGIAS, DOLORES DE CABEZA, DIARREAS Y DISENTERIAS
CURACION INMEDIATA POR EL

INGA DE LA INDIA

Esta planta, recientemente importada á Francia, en donde ha obtenido la aprobación de la Academia de Medicina y de todos los cuerpos de sabios, goza de propiedades extraordinarias y ocupa hoy el primer rango en la materia médica. Detiene, sin peligro, las disenterias á las cuales se hallan sujetas las personas que viven en los países cálidos, y combate con el mejor éxito las **jaquecas**, dolores de cabeza y las **neuralgias**, todas las veces que tienen por causa una perturbación del estómago ó de los intestinos.

POLVO FERRO-MANGANICO DE BURIN DU BUISSON

Aprobado por la Academia de Medicina de París.

Basta con una pequeña cantidad de estos polvos, en un vaso de agua, para obtener instantáneamente una agua mineral ferruginosa, gaseosa, sumamente agradable, que en las comidas se bebe pura ó mezclada con vino. Es muy eficaz contra los **colores pálidos**, **dolores de estómago**, **fleres blancas**, **menstruaciones difíciles**, **empobrecimiento de la sangre**, y conviene sobre todo á las personas que comunmente no pueden digerir las preparaciones ordinarias de hierro. Tiene la inmensa ventaja sobre las demás de no provocar el estreñimiento y de contener la **manganesa** que los mas sabios facultativos franceses consideran indispensable al tratamiento ferruginoso.

PASTILLAS TOMAS DIGESTIVAS DE BURIN DU BUISSON
CON LACTATO DE SOSA Y MAGNESIA

Este excelente medicamento se prescribe por los mejores médicos de París contra todos los desarreglos de las funciones digestivas del estómago y de los intestinos ó sea gastritis, **gastralgias**, **digestiones pesadas** y **dolorosas**, los **eructos gaseosos** y la **hinchazón del estómago** y de los intestinos, los **vómitos** después de la comida, la **falta de apetito**, el **enflaquecimiento**, la **ictericia** y las enfermedades del **hígado** y de los **riñones**.

ZARZAPARRILLA CONCENTRADA EN EL VACIO Y PREPARADA POR EL VAPOR POR GRIMAULT Y C^{ia} FARMACÉUTICOS EN PARIS PARISIENSE

Con la zarza roja de Jamaica, y conocida ya como muy superior á todas las demás preparaciones de la clase que se han presentado hasta hoy. A su gran eficacia como **depurativo de la sangre** une la ventaja de no irritar, ni que su uso cause inconveniente alguno, y luego lo **equitativo de su precio**.

PASTILLAS PECTORALES DE JUGO DE LECHUGA Y DE LAUREL REAL

Este agradable confite contiene los dos principios mas calmantes y mas inofensivos de la materia médica, y su uso es muy comun en Francia para curar la **tos**, los **resfriados**, los **catarros**, **irritaciones del pecho**, **catarro pulmonar**, **coqueluche**, **males de garganta**, etc.

NO MAS ENFERMEDADES DE LA PIEL PILDORAS del Doctor CAZENAVE

Estas **Píldoras** curan los **empeines**, **comezon**, **liquenes**, **cezema**, asi como todas las enfermedades de este genero. El nombre del **S^r CAZENAVE**, médico en jefe del Hospital de San Luis de París, garantiza su eficacia.

PAPEL ELECTRO-MAGNETICO DE ROYER

Remedio infalible para la cura de los
REUMATISMOS, DOLORES NERVIOSOS, LUMBAGO, GOTA, NEURALGIA, PARÁLISIS, CATARROS, EPIDÉMICOS, ETC. ROMADIZOS, INFLAMACION DE LOS BRONQUIOS, PALPITACIONES DE CORAZON, CALAMBRES DE ESTÓMAGO, ETC.

POMADA ROYER CONTRA LAS HEMORRÓIDES

Las **Hemorroides**, **fisuras del ano**, **Rajas de los Pechos**, se curan inmediatamente con LA **POMADA ROYER**.

Depósito general en casa de **ROYER**, Farmacéutico, rue St-Martin, 225, Paris. — Y en las principales farmacias del mundo.

POLVOS DIGESTIVOS DE ROYER CON PEPSINA Y S/CARBONATO DE BISMUTH

Para curar prontamente los
DOLORES DE ESTÓMAGO, DISPEPSIA, ERUCTOS, VAPORES, VÓMITOS DE LOS NIÑOS, DIARREA, CALAMBRES, ETC. DIGESTIONES DIFICULTOSAS, CÓLICOS VENTOSOS, ENTERITIS CRÓNICAS, CALAMBRES, PEREZA DEL ESTÓMAGO, AGRITUDES, PITUITAS, ETC.

CREOSOTA ROYER CONTRA LOS DOLORES DE MUELAS

Este verdadero cloroformo dentario cura al punto los **dolores de muelas**, y previene la **caries**.

VERDADERO LE ROY

EN LIQUIDO ó PILDORAS
Del Doctor **SIGNORET**, único Sucesor, 51, rue de Seine, PARIS

Los médicos mas célebres reconocen hoy día la superioridad de los evacuativos sobre todos los demás medios que se han empleado para la

CURACION DE LAS ENFERMEDADES

ocasionadas por la alteración de los humores. Los evacuativos de **LE ROY** son los mas infalibles y mas eficaces: curan con toda seguridad sin producir jamas malas consecuencias. Se toman con la mayor facilidad, dosados generalmente para los adultos á una ó dos cucharadas ó á 2 ó 4 Pildoras durante cuatro ó cinco dias seguidos. Nuestros frascos van acompañados siempre de una instrucción indicando el tratamiento que debe seguirse. Recomendamos leerla con toda atención y que se exija el verdadero LE ROY. En los tapones de los frascos hay el sello imperial de Francia y la firma.

Signoret
DOCTEUR-MÉDECIN
ET PHARMACIEN

PHARMACIE GOTTFF

PURGATIF LE ROY
SELON L'ORDONNANCE
DU DOCTEUR SIGNORÉ

Avis Especial
Los individuos reconuñant nos por
tous supphs liquides, on est
Rue 7

3 francos ASMA 3 francos NEURALGIAS

SUFOCACIONES—OPRESIONES

Los doctores FABREZ, DESRUELLE, SERE, BACHELAT, LOU-MONGAZON, CAVORET y BONTemps, aconsejan los **Tubos Levasseur**, contra los accesos de asma, las opresiones y las sufocciones, y todos convienen en decir que estas afecciones cesan instantáneamente con su uso.

Farm. ROBIQUET, miembro de la Academia de Medicina, 49, r. de la Monnaie, Paris.

No hay práctico hoy que no encuentre cada día en su práctica civil cuando menos un caso de neuralgia y no haya empleado el sulfato de quina sin ningún resultado. — Las **Pildoras ANTI-NEURALGIICAS** de Crozier, por el contrario, obran siempre y calman las neuralgias mas rebeldes en menos de unahora.

JARABE y PASTA DE VAUQUELIN

BRONQUITIS AGUDAS O CRONICAS
ASMAS, OPRESIONES, CATARROS
REUMAS, TOSSES, CONTINUAS,
EXTINCION DE LA VOZ

son curados por el Jarabe y la Pasta preparados segun la fórmula del distinguido é ilustre profesor VAUQUELIN. — En Paris, botica Vauquelins-Deslauriers, 31, calle de Cléry y en todas las farmacias.

LAS PERSONAS QUE PADECEN NEURALGIAS,

ataques nerviosos, serán curados por la NEURALGINA LEHELLE, que cuesta tres francos. Los que padecen «gastralgias» enfermedades de estómago, de higado de intestinos, se curarán por el «digestivo» del célebre doctor HUFELAND. En Paris en el depósito Lechelle y en todos los demás países, 1 franco 50 céntimos.

VENDAJE ELECTRO MEDICAL

INVENCIÓN CON PRIVILEGIO DE 15 AÑOS, n. g. d. g.

De los hermanos MARIE, médicos-inventores, para la cura radical de las HERNIAS mas ó menos caracterizadas. — Hasta el día los vendajes no han sido mas que simples aparatos para contener las hernias. Los hermanos MARIE han resuelto el problema de contener y curar por medio del **VENDAJE ELECTRO-MEDICAL**, que contrae los nervios, los fortalece sin sacudidas ni dolores y asegura la cura radical en poco tiempo. — **VendaJe sencillo**: 25 frs.; **doble**, 45 frs.

ENFERMEDADES DE LA PIEL

RESULTA de los experimentos hechos en la India y Francia por los médicos mas acreditados, que los Granillos y el Jarabe de Hidrocotila de J. LÉRYE, son el mejor y el mas pronto remedio para curar todas las empeines y otras enfermedades de la piel, aun las mas rebeldes, como la lepra y el elefantiasis, las sífilis antiguas o constitucionales, las afecciones escrofulosas, los reumatismos crónicos, etc.

Depositorio general en Paris: M. E. Fournier, farmacéutico, rue d'Anjou-St-Honoré, 56. Para la venta por mayor, M. Labélonne y C^o, rue d'Aboukir, 99.

Depósitos: en **Habana**, Leriverend; **Reyes**; Fernandez y C^o; Sara y C^o; — en **Mejico**, E. van Wingaert y C^o; Santa Maria Da; — en **Panamá**, Kratochwill; — en **Caracas**, Sturup y C^o; — Braun y C^o; — en **Cartagena**, J. Velez; — en **Montevideo**, Ventura Garrácochea; **Lascazes**; — en **Buenos-Ayres**, Demarchi hermanos; — en **Santiago y Valparaíso**, Mongiardini; — en **Callao**, Botica central; — en **Lima**, Dupeyron, y C^o; — en **Guayaquil**, Gault; **Calvo y C^o**, y en las principales farmacias de la America y de las Filipinas.

INJECTION BROU

Higiénica, infalible y preservativa, la unica que cura sin añadirle nada. — Se halla de venta en las principales boticas del mundo: 20 años de éxito. (Exigir el metodo). — En Paris, en casa del inventor BROU, calle Lafayette, 33, y boulevard Magenta, 192.

PILDORAS DE BLANCARD

DE YODURO DE HIERRO INALTERABLE

APROBADAS POR LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS
Autorizadas por el Consejo médico de San Petersburgo

ESPERIMENTADAS EN LOS HOSPITALES DE FRANCIA, BELGICA, IRLANDA, TURQUIA, ETC.
Menciones honoríficas en las Exposiciones universales de Nueva-York 1853, y de Paris 1855.

Aprobadas ademas recientemente por la alta Comision médica que ha redactado el nuevo **Formulario farmacéutico francés**, estas Pildoras ocupan un lugar importante en la Terapéutica. Reuniendo las propiedades del **Yodo** y del **Hierro**, convienen especialmente para las afecciones escrofulosas (humores frios), la leucorrea (pérdidas blancas), así como en todos los casos en que es preciso determinar una reaccion en la sangre, bien sea para que recobre su riqueza y abundancia normales, bien para provocar y regularizar su curso periódico. Su eficacia es grande y real contra la sífilis constitucional, la tisis en sus principios, poseyendo al mismo tiempo la ventaja de estimular el organismo y por consiguiente de modificar poco á poco la constituciones débiles ó estenuadas.

N. B. — El yoduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel, irritante; por lo que como prueba de la pureza y autenticidad de las **Pildoras de Blancard**, deben exigirse nuestro sello de plata reactiva y nuestra firma estampada al pie del rótulo verde. — Desconfíese de las falsificaciones.

Blancard
Farmacéutico, r. Bonaparte, 40, Paris.

Véndense en las principales Farmacias.

NICASIO EZQUERRA.

ESTABLECIDO CON LIBRERIA, MERCERIA Y ÚTILES DE ESCRITORIO en Valparaíso, Santiago y Copiapó, los tres puntos mas importantes de la república de Chile,

admite toda clase de consignaciones, bien sea en los ramos arriba indicados ó en cualquiera otro que se le confie bajo condiciones equitativas para el remitente.

NOTA. La correspondencia debe dirigirse á Nicasio Ezquerra, Valparaíso (Chile).

PEPSINE BOUDAULT

Al Doctor CORVISART medico del EMPERADOR NAPOLEON III y al químico BOUDAULT se debe la introduccion de la Pepsina en la medicina. La Acojida favorable hecha a nuestro Producto por el cuerpo medico entero y su admision especial en los Hospitales de Paris, son pruebas de su maravillosa eficacia digestiva.—

Por Esto los medicos mas celebres la aconsejan cada dia con exito feliz, bajo el nombre de **Elixir Boudault** a la **Pepsina** en las Gastritis, Gastralgias, Agruras, Nauseas, Pituitas, Gases, Disenterias, Chloro-Anemia, y los vomitos de las mujeres Embarazadas.

En Paris, en casa de HOTTOT pupil y succr de BOUDAULT Qui mico rue des Lombards, 24, y en las Farmacias de America

LA VERDADERA PEPISNA BOUDAULT EXIGASE COMO GARANTIA LA FIRMA

GUANTE RICO. — Calle de Choiseul, 46, en Paris. — GUANTE FINO.

Francos.		Francos.	
De caballero, pulgar que no se rompe.	5 25	Cabritilla, (precio de fábrica) para señora y caballero.	4 50
De señora, 2 botones.	5 75	De Turin y Suecia, 2 botones.	2
De Suecia, 2 botones, caballero.	3 25		

BIBLIOTECA AMERICANA

CATÁLOGO RAZONADO de una colección de obras antiguas y modernas relativas á la historia y á los idiomas de la América, cuya venta se verificará el 15 de Enero de 1868 y los dias siguientes, **rue des Bons-Enfants**, núm. 28, en **PARIS**.—MM. MAISONNEUVE y C^o, 45, **quai Voltaire**. cumplirán las comisiones de las personas que no puedan asistir á esta venta.

EAU DES CORDILLERES

Receta India
EL MEJOR DE TODOS LOS DENTRIFICOS

Cura al instante los Dolores de Muelas mas violentos, destruye y previene los estragos de la caries, empleándola todos los dias. — **POLVOS DENTRIFICOS de las CORDILLERAS**. — Depósito en PARIS, 33, **rue de Rivoli**. — América: En la **Habana**, Sarra y C^o; **Vera-Cruz**, J. Carredano; **Méjico**, E. Maillefert; **Rio-Janeiro**, J. Gestas, rua Sao Pedro, 402; **Montevideo**, Ventura Caralcocha, W. Cranwell y C^o; **Buenos-Ayres**, A. Demarchi y hermanos; **Caracas**, G. Sturup; **Valparaíso**, Mongiardini y C^o; **Lima**, E. Larroque, Hague y Castagnini.

Medalla de Oro y premio de 16,600 francs.

QUINA LAROCHE

ELÍXIR RECONSTITUYENTE, TÓNICO Y FEBRÍFUGO

La Quina Laroche tiene concentrado, en pequeño volumen, el extracto completo ó la totalidad de los principios activos de las tres mejores clases de quina. Esto dice bastante su superioridad sobre los vinos ó jarabes mejor preparados que nunca contienen el conjunto de los principios de la quina sino en proporcion siempre variable y sobre todo muy restringida.

Tan agradable como eficaz, ni demasiado azucarado, ni demasiado vinoso, el Elixir Laroche representa tres veces la misma cantidad de vino ó de jarabe. (Frascos á 3 y 5 frs.) Depósito en Paris, **rue Drouot, 15**, y en todas las farmacias.

PILULES DEHAUT

PILDORAS DEHAUT

—Esta nueva combinacion, fundada sobre principios no conocidos por los medicos antiguos, llena, con una precision digna de atencion, todas las condiciones del problema del medicamento purgante. — Al reves de otros purgativos, este no obra bien sino cuando se toma con muy buenos alimentos y bebidas fortificantes. Su efecto es seguro, al paso que no lo es el agua de Sedlitz y otros purgativos. Es fácil arreglar la dosis, segun la edad y la fuerza de las personas. Los niños, los ancianos y los enfermos debilitados lo soportan sin dificultad. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mejor le convengan segun sus ocupaciones. La molestia que causa el purgante, estando completamente anulada por la buena alimentacion, no se halla reparo alguno en purgarse, cuando haya necesidad. — Los medicos que emplean este medio no encuentran enfermos que se nieguen á purgarse so pretexto de mal gusto ó por temor de debilitarse. Véase la Instruccion. En todas las buenas farmacias. Cajas de 20 rs., y de 10 rs.

DIGESTIONES DIFICILES

DOLORES DE ESTOMAGO

Su curacion es cierta, merced al vino de CHASSAING, con pepsina y diastasa: su gusto es muy agradable.

Paris, 2, avenue Victoria.
Depósitos en todas las buenas farmacias del mundo.

EXPRESO ISLA DE CUBA,

EL MAS ANTIGUO EN ESTA CAPITAL.

Remite á la **Pentínsula** por los vapores-correos toda clase de efectos y se hace cargo de agenciar en la corte cualquiera comision que se le confie.—Habana, Mercaderes, úm. 16.—E. RAMIREZ.

LÍNEA DEL MEDITERRÁNEO.

Servicio provisional para el mes de Agosto de 1867.

Salida de Barcelona, los dias 8 y 23 á las diez de la mañana.
Llegada á Valencia, y salida los dias 9 y 24 á las seis de la tarde.
Llegada á Alicante, y salida los dias 10 y 25 á las diez de la noche.
Llegada á Málaga, y salida los dias 12 y 27 á las dos de la tarde.
Llegada á Cádiz, los dias 13 y 28 por la mañana.

Salida de Cádiz, los dias 1 y 16 á las dos de la tarde.
Llegada á Málaga, y salida los dias 2 y 17 á las doce de la mañana.
Llegada á Alicante, los dias 3 y 18.
Salida de Alicante, los dias 4 y 19 á las seis de la tarde.
Llegada á Valencia, y salida los dias 5 y 20 á las cuatro de la tarde.
Llegada á Barcelona, los dias 6 y 21 por la mañana.

Darán mayores informes sus consignatarios:
En Madrid, D. Julian Moreno Alcalá, 28.—Alicante, Sres. A. Lopez y compañía, y agencia de don Gabriel Rabelo.—Valencia señores Barrie y compañía.

LA AMÉRICA.

Cuesta en España 24 rs. trimestre, 96 año adelantado con derecho á prima.
En el extranjero 8 pesos fuertes al año.
En Ultramar 12 idem, idem.

ANUNCIOS.

LA AMÉRICA, cuyo gran número de suscriptores pertenecen por la índole especial de la publicacion, á las clases mas acomodadas en sus respectivas poblaciones, no muere como acontece á los demas periódicos diarios el mismo día que sale, puesto que se guarda para su encuadernacion, y su extensa lectura ocupa la atencion de los lectores muchos dias; pueden considerarse los anuncios de LA AMÉRICA como carteles perpetuos, expuestos al público y corriendo de mano en mano lo menos quince dias que median desde la aparicion de un número á otro. Precio 2 rs. linea. Administracion, Baño, 1, y en la administracion de La Correspondencia de España.

TARIFA DE PASAJES.

	Primera cámara.	Segunda cámara.	Tercera ó entrepuente.
	Pesos.	Pesos.	Pesos.
Santa Cruz..	30	20	10
Puerto-Rico.	150	100	45
Habana.....	180	120	50
Sisal.....	220	150	80
Vera-Cruz..	231.	154	84

Camarotes reservados de primera cámara de solo dos literas, á Puerto-Rico, 170 pesos, á la Habana 200 id. cada litera.

El pasajero que quiera ocupar solo un camarote de dos literas, pagará un pasaje y medio solamente.

Se rebaja un 40 por 100 sobre dos pasajes, al que tome un billete de ida y vuelta.

Los niños de menos de dos años, gratis; de dos á siete años, medio pasaje.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Madrid. Librerías de Durán, Carrera de San Gerónimo; Lopez, Cármen, y Moya y Plaza, Carretas.
En Provincias. En las principales librerías, ó por medio de libranzas de la Tesoreria central, Giro Mútuo etc., ó sellos de correos, en carta certificada.